ALFAGUARA

Alma Delia Murillo

Raíz que no desaparece



Narrativa Hispánica

Raíz que no desaparece

Alma Delia Murillo

Raíz que no desaparece



A las familias buscadoras.

A la memoria de mi hermanito Martín.

Esto no es verdadero, pero es verdad.

Recuerda quién soy, dicen.
Recuerda dónde estuve, recuerda lo que me hicieron.

NONA FERNÁNDEZ, *La dimensión desconocida*

Cientos de árboles
contienen el aliento sobre tu cabeza.

ÁNGEL GONZÁLEZ

Los chopos del sur, con su fruta extraña, sangre en las hojas y sangre en la entraña.

ABEL MEEROPOL, «Frutos extraños»

Adiós a la palmera desgarbada

—Aquí van a sembrar un ahuehuete, pero se va a morir. Y luego nos vamos a morir todos, igual que el árbol.

Yo no sé por qué me metí en el infierno de documentar el delirio de este país.

Tal vez porque yo misma estoy un poco loca, o tal vez porque cuando el dolor duele tanto solo podemos refugiarnos en la locura. Pero cuando la señora Ada me dijo esa profecía ante la extinta palmera de la glorieta de Reforma, y luego se cumplió frente a los ojos de millones de personas, me convencí de que valía la pena arriesgar el prestigio, la cordura, la seguridad y casi todas mis relaciones para contar esta historia. Pero, sobre todo, para que a quienes voy a nombrar aquí nunca sean olvidados.

Todo empezó con una crónica nunca escrita sobre la icónica palmera del centro de la ciudad, esa giganta que la poeta Navagómez describe como «pajarraco de alas imperfectas», y que había sido condenada a desaparecer luego de cien años. Un día el gobierno anunció que la cercenarían. La palmera había sucumbido ante un hongo asesino y nos despediríamos de ella. Para mí, que soy habitante de la Ciudad de México y yonqui del amor tóxico que genera, imaginar aquello casi tenía el potencial de provocarme un ataque de pánico.

No importaba si había sido testiga de amores entre tranvías y bicicletas, si había respirado nuestras convulsiones sociales y había visto derrumbarse hoteles, hospitales y cientos de viviendas sacudidas desde el mismo pavimento que a ella la sostenía entre terremotos legendarios; no importaba si aparecía en las fotos generacionales de incontables familias o en el paisaje de millones de personas que circulamos a sus pies día y noche en esta ciudad humeante y volcánica. No importaba nada, había que cortarla.

Desde que lo anunciaron me dolió el pecho como si lo partieran en rebanadas, me asaltó la angustia infantil de cómo iban a hacer para que no sufriera, ¿anestesiarían a la giganta?, ¿alguien imaginaba todas las vidas que iban a exterminar? ¿los gusanos desovados, los insectos refugiados, los pájaros acunados, la memoria resistida, las raíces mutiladas?

Yo quería escribir sobre ella o, para ser precisa, escribirle a ella, a esa desgarbada madriguera tropical, una memoria y una despedida.

Me puse a buscar imágenes históricas de la palmera y toda la información posible sobre el universo vegetal y los árboles que pueblan este país…, y así sucedió, el algoritmo es un corral mental, lo sé, pero yo no daba crédito a lo que había encontrado. Ahora pienso que el algoritmo es también, acaso principalmente, una red de locura. De locuras afines destinadas a encontrarse.

O tal vez se trate de una lucidez hiriente a la que convoca la asociación de palabras, como quien se entera de sus demonios en el diván del terapeuta detonado por el recuerdo de una canción de la infancia. Porque decir *México* es decir un país de desaparecidos, y antes o después esas palabras clave para puntuar nuestra identidad refulgen en cualquier indagación y en cualquier página web.

A dos horas de la Ciudad de México, en un municipio de apenas 280 mil habitantes, un colectivo de mujeres buscando a sus hijos desaparecidos se empeñaba en entregar una prueba pericial inaudita a la Fiscalía General del Estado para avanzar en las investigaciones: querían integrar a los expedientes los sueños que ellas tenían noche a noche y donde sus hijos e hijas les daban señales precisas para encontrarles.

La señora Ada era una de las más insistentes. Tuvo un sueño peculiar y asumió con una certeza indestructible que era una pista inequívoca para encontrar a su hijo Marcos; vale decir que no era solo un delirio, cinco mujeres de su colectivo tal y como soñaron los detalles del hallazgo de sus hijos, los encontraron.

Si esos cinco casos no detonaban por lo menos cierta curiosidad lógica, para no decir científica, era que las autoridades estaban sordas o ciegas.

—Mi hijo me dijo que estaba enterrado en el árbol infectado por el hongo oscuro, yo no sé si sería la palmera esta, pero apenas lo vi en la televisión, supe que tenía que venir.

Eso declaró en su defensa cuando llegaron los policías de Seguridad Ciudadana para llevársela al Ministerio Público porque la señora pretendía escarbar con una pala el área que antes había sido de la palmera.

Eran las dos de la mañana, casi nadie circulaba por Reforma y la señora Ada, rodeada de pancartas donde se leía «El gran fracaso del Estado mexicano es no encontrar a nuestros desaparecidos», se apoyaba en la pala como si con ella de verdad pudiera remover la tierra y conquistar el inframundo.

Sentí ternura cuando llegué y la vi. Una Alonsa Quijano velando sus armas antes de ser nombrada caballera.

El policía me saludó con un gesto que quería ser prepotente pero ya estaba conmovido con esa mujer de mirada tristísima.

—¿Usted es su familiar?

Asentí porque qué otra cosa podía hacer.

—Aquí la señora alega que su hijo le dijo que a la mejor está enterrado en este suelo… que se lo dijo en sueños, ¿verdad, doña?

Ada lo miró consciente de la burla, no dijo nada. Yo me apresuré a zanjar el asunto.

—Ya nos vamos, poli, le prometo que no va a volver a suceder.

—Ándele pues, se la vamos a pasar, pero esto es desorden público, hay multa.

Llevé a Ada a casa de una prima suya en el Estado de México, todo el camino tarareó una canción: «Nada me importa lo que me digan, si yo te quiero, si yo te adoro…». No tenía ganas de hablarme. Y yo ya había aprendido que presionarla solo daría como resultado que se encerrara en un silencio de piedra. Desde el día que la contacté y me dijo firmemente que quería que contara su historia, también dejó claro que no iba a ser ella quien me dé todas las palabras, me las tengo que buscar yo.

Esperé a que su prima abriera la puerta y la vi entrar con la pala a cuestas, yo regresé a mi casa a no dormir, porque nunca duermo.

Menos ahora que recién me separé de L. Nadie te advierte que todas las batallas que dio tu cuerpo para adaptarse a dormir con otro cuerpo tarde o temprano se volverán contra ti cuando regreses a dormir sola. Así que vivo deshidratada de insomnio, no sé descansar, y ahora tampoco sé dormir.

Diez años adecuando las esquinas de brazos y rodillas, ahuecando el vientre para el abrazo nocturno, atemperando los pies enredados en otros pies, acompasando las respiraciones… y una noche hay que deshacer el camino. Me gustaría borrar con un trapo húmedo de cloro y vinagre la ergonomía de mis formas adaptadas a las de L como he visto hacer a algunas mujeres para borrar las manchas difíciles del colchón.

Y luego están todos los ruidos de este departamento nuevo al que me mudé sin pensarlo dos veces con mi montón de cajas de libros y mis cuatro platos. Preferí ser yo la que cambiara de espacio y dejarlo a él habitar aquellas paredes que nos contuvieron tanto.

Efectivamente, tiempo después de aquella madrugada insomne y tal como lo dijo Ada, hicieron una consulta pública para que los habitantes de la ciudad eligieran al árbol reemplazo y plantaron un ahuehuete en el lugar donde había estado la palmera. Pero eso sería solo el principio de este delirio.

Marcos:

Mi niño precioso, hoy me acordé de cuando eras chiquito y te ibas a la escuela, con tu mochila verde y tus pelos necios que no te gustaba que tratara de aplacarte, «no, amá, no quiero estar relamido», me dio risa acordarme de eso.

Yo creo que me estoy volviendo loca o no sé qué me pasa, pero luego de la risa me entra el llanto y me dan ganas de morirme en ese mismito momento, así nomás, parada en la cocina, que me cayera un rayo o se me detuviera el corazón de repente y dejara de dolerme todo lo que me duele.

Pero luego pienso que no puedo morirme sin encontrarte, y me pongo a cocinar, aunque sea solo para mí porque tu hermana ya no vive conmigo. Yo misma le pedí que se fuera, mi amor, aquí estamos rodeados de gente sanguinaria, los malos no se van a tentar el corazón ante nada. Y es mejor que tu hermana y su chiquillo se salven de esto, yo sé que tú me entiendes, a mí no me quitan el ojo de encima porque ando de escandalosa con las señoras del colectivo. Tu sobrino ha crecido mucho, casi once años tiene, ya pasaron cinco desde que no sabemos nada de ti, y lo veo bien rebelde al canijo.

Bueno, cociné para la venta y luego hice para mí una crema de calabacitas con lágrimas, me la pasé llore y llore porque con el olor se me imagina que estás por entrar por esa puerta y que vamos a comer juntos. Me tomé la sopa, se me imagina que si yo me alimento tú te alimentas, como cuando estaba embarazada de ti, por eso sigo comiendo, y para tener fuerzas para seguir buscando.

Yo no sé si soy muy burra o qué, pero por más que me dices en el sueño lo del árbol al que mató el hongo, no sé en cuál árbol buscarte. Hasta la ciudad me fui a parar donde estaba la palmera esa del Centro porque en todos lados estuve oyendo que la había matado un hongo, que un hongo asesino… ahora pienso que no tenía nada que hacer en la ciudad pero quién sabe, por allá fueron a tirar a la muchacha de doña Nora y podía ser. Luego te volví a soñar

y me dijiste lo del ahuehuete, y pues yo me aferré a que ahí era. Total que casi me llevan a la cárcel, ahorita me da risa pero sí me asusté, si me encierran a mí quién te va a seguir buscando. Tu hermana bastante tiene con cuidar a su chamaco.

Ando medio perdida, pues. Tienes que decirme algo más, mi amor.

Y estuve pensando hace rato que me acordé de ti, que siempre me dejabas una cartita en la mesa de la cocina antes de irte a la escuela, ¿te acuerdas?, y cuando regresabas y yo no te había respondido con otra carta te ponías bien enojado, qué corajudo eras de chico, luego de grande te volviste tranquilo, pero ah cómo me sacabas de mis casillas.

¿Y si volvemos a mandarnos cartas? Para que me entiendas, te voy a dejar cartas en los árboles, bien enterradas para que no las halle nadie, ni los animales, y tú me tienes que responder, ¿eh?

Si no me contestas te voy a hacer unos berrinchotes como los que me hacías tú.

Ándale pues, dime más señales del árbol donde tengo que buscar.

Tu mamá que te ama,

Ada

Transcribo las grabaciones de las conversaciones fragmentarias que he tenido con Ada intentando comprender todo desde el principio, pero pronto asimilo que es ingenuo de mi parte anhelar ese entendimiento ordenado. Escucho mi voz: «Marcos Rodríguez Flores. Desaparecido el 20 de abril del año 2017».

Y luego la voz de Ada que va y viene, se salta los tiempos.

—Yo era débil —me dice varias veces.

También se acusa de vanidosa.

Y un día, cuando le avisaron que a Marcos se lo habían llevado, se convirtió en otra persona, la Ada de antes se fracturó y se quedó detrás de sí misma, detrás de la mujer que es ahora, una madre que busca y que no llora.

En las primeras conversaciones me impresionó su fortaleza, la ausencia del llanto. Ahora entiendo que sí llora, pero de otras maneras, llora cuerpo adentro, con un rosario de enfermedades que le están destrozando el cuerpo y de las que nunca termina de contarme bien los detalles.

Así que yo, cuando la escucho, tampoco lloro. No sé cuánto tiempo más podré contenerme, pero hasta ahora lo he logrado. Si ella no se rompe, yo tampoco, aguanto.

Los primeros días Ada casi presentía el regreso de su hijo, podía olerlo acercarse a la puerta, incluso le dejaba el guiso cubierto en la mesa porque «lo sentía» y sabía que volvería.

Durante el primer año tenía la esperanza de que Marcos apareciera una noche como si no se lo hubieran llevado nunca, que llamara desde algún lugar lejano para decirle que se había ido a un jale con unos músicos extranjeros, que se había enamorado de alguna muchacha, o incluso que lo habían secuestrado, lo habían torturado y esclavizado, pero al final lo habían dejado volver.

Pero luego «me cambió la cabeza, y me empecé a volver esta de ahora, la otra se me murió por dentro, ya ni me acuerdo quién era

cuando creía que Marcos iba a regresar a la casa».

—Ya no —dice tajante en un momento de nuestra conversación —, ya no espero eso. Ahora no espero, ahora busco.

Los árboles están en un éxtasis floral y a mí me dan ganas de llorar cuando veo que esas copas cubiertas de colorines son la única sombra que resguarda a la fila de mujeres que esperan para entrar a la fiscalía.

Es un pasillo destechado a medio metro de un jardín. En el pasillo no hay ni bancas ni agua ni dónde cubrirse del sol que se lo come todo, que pareciera que también va a devorar nuestros cerebros liofilizados.

Hago contacto visual con una señora que está al final de la fila y que exuda desconsuelo. Con todo y su cansancio que desplaza de un pie al otro, al registrar mi mirada me sonríe, le sonrío.

Serán unas cuarenta mujeres esperando, todas llevan playeras con los rostros de sus hijos impresos sobre el pecho. Me acerco a la que me sonrió y le pregunto para qué es la fila, me dice que la fiscalía tiene que validarles un número de expediente para recibir una ayuda monetaria de la comisión.

—¿Tú también tienes un desaparecido? —me dice.

Se me descuaja el corazón por la naturalidad con la que me lo pregunta y por la forma en que me lo pregunta.

«Tú también», ese «también» es la más incluyente de las políticas sociales de este país porque sí, a estas alturas cualquiera podríamos tener un desaparecido.

Tú también.

Tienes un desaparecido.

Tener.

La magnitud de esa contradicción me sacude el pensamiento y todo lo que hasta ahora articulaba como lenguaje de posesión sale volando. Porque en este caso tener es no tener, tener un desaparecido es no tener un cuerpo, no tener una certeza, no tener un muerto.

Y tener un muerto sería mejor que esto.

La mujer me mira desde arriba de sus pómulos de hierro esperando mi respuesta, reparo en su cara broncínea y digna. Es como si la hubieran tallado, una pieza del desconsuelo, una sólida Piedad.

Respondo que no, le ofrezco un suero que guardaba en mi bolso para paliar los 37 grados de temperatura ambiente que amenazan con carbonizarlo todo.

Me recibe el suero y lo guarda en su bolsa, a cambio me da un dulce de coco.

Sin que yo le pida más detalles, me explica qué es la Comisión de Búsqueda de Personas Desaparecidas y el monto de ayuda —así dice, «ayuda»— que les dan si logran demostrar que son víctimas indirectas por la pérdida de un familiar en calidad de desaparecido.

Son cinco mil pesos mensuales, me pregunto qué haría yo con cinco mil pesos al mes.

¿Qué harías tú con cinco mil pesos al mes?, resuena en mi cabeza. Cinco mil pesos al mes para empujar todo un engranaje de indiferencia, corrupción, oficinas colapsadas, vacíos legales, terrores nocturnos, enfermedades, posibles desplazamientos forzados, manutención de tu familia… y seguir respirando con un cañonazo de dolor en el pecho.

La fila avanza poco a poco y yo me avergüenzo de no ser como ellas. Soy una impostora en la línea de espera porque no, yo no *tengo* un desaparecido.

Llevan carpetas amarillas, son los documentos con los que van a comprobar que buscan, en su mayoría, a un hijo desaparecido. Algunas buscan a un esposo, a un hermano. Todo sellado y legalizado en los folders amarillos. La burocracia del horror.

Qué distopía es esta.

Mujeres con los documentos de sus desaparecidos bajo el brazo hacen fila en una institución de gobierno en pleno 2024. Aquí y ahora la película del holocausto mexicano nunca imaginada por Spielberg o Polanski, el horror que nunca dará tregua, que nunca podremos realmente conjugar en tiempo pasado.

Miro a mis pies unas vainas rojo intenso caídas de los árboles, y me parece que desentonan con esta burocracia amarillenta.

Me pregunto cómo voy a convertir esto en el texto que le debo al periódico, no tengo idea de qué voy a encontrar aquí, me inquieta equivocarme y decir algo que pueda perjudicar a Ada. A buena hora se me ocurrió venir a meterme en esto, ni siquiera me sé el código postal de mi nuevo domicilio y ya vine a liarme frente a esta montaña de dificultades. Carajo. Por qué nunca supe refugiarme en las pequeñas cosas, en los detalles tranquilizantes de la rutina.

Tengo el impulso de llamarle a L para conversar mis dudas, es duro perder en la separación amorosa a quien también fue tu mejor amigo. Pero si le llamo vamos a volver a enredarnos con los «te extraño» y las declaraciones de amor que tan mal nos dejan. Nos prometimos sostener la separación y no seré yo quien agite esas aguas cuando los dos sabemos que llegamos al final porque no quedaba más.

Por fin aparece una joven que me va a llevar con el «licenciado». Bendita sea, dejo de rumiar mis pensamientos y camino tras la chica.

Se me sube el calor a la cara por la vergüenza frente a las mujeres de la fila, ellas van a seguir esperando y a mí me hicieron pasar porque cuando llamé dije que era escritora y quería documentarme para un libro nuevo, me dieron cita sin mayor trámite.

Sigo a la muchacha por un pasillo largo y bien iluminado, el personal usa camisas azules y porta gafetes con su nombre y cargo, son jovencísimos, hunden la nariz en una sobredosis de papeles amontonados sobre sus escritorios.

Llegamos a la oficina del «licenciado», que tiene más barriga que cara, y me pide que me siente con un gesto de comunión ecuménica.

—Adelante, licenciada.

Se yergue en su silla y pone los codos sobre la mesa como esperando a que yo le pregunte qué bebida o qué platillo va a

querer. Como no digo nada, empieza el tiroteo.

—Así que usted es escritora.

—Sí.

—O sea, periodista.

—No, no soy periodista, solo soy escritora.

—¿Pero no publica en los periódicos?

Se le escapa un gritillo agudo al final de la pregunta que puntea su autoritarismo y las nulas ganas que tiene de que yo esté ahí sentada.

—Sí, publico en los periódicos, pero soy más bien escritora de ficción, novelas, cuentos.

—Ah, ¿y qué ha escrito?, digo, perdón por no conocer su obra, pero ya ve cómo tenemos de trabajo.

—No se preocupe, entiendo. He publicado algunas novelas y…

—Bueno, en qué le puedo servir, licenciada.

Estoy a punto de explicarle que tampoco soy licenciada pero qué caso tendría. Está claro que aquí la pauta de comunicación y los títulos de la nobleza burocrática que preceden al nombre los dicta esa cara con papada senior detrás del escritorio.

—Encontré un par de notas sobre un colectivo de mamás buscadoras que trajeron a esta fiscalía sus sueños para integrarlos a los expedientes, por eso vine.

Suelta una risa escamada, como si le doliera cada exhalación de esa barriga desbordante.

—Ah, eso. Pues sí, fíjese. Entenderá que no podemos tomarlo en serio, aunque nosotros somos respetuosos de los derechos humanos, la ley no es literatura, licenciada.

—Claro.

—Y qué quiere exactamente.

—Me gustaría verlos, leerlos si es posible. Los sueños que trajeron las mamás, quiero decir.

—Y como qué tipo de libro quiere escribir usted.

—Pues no lo sé todavía, pero seguramente una novela...

—¿Ficción?, o sea que lo que usted quiere no es una publicación periodística.

—No, como le decía, yo no soy periodista, es un oficio muy serio y no me lo atribuyo, respeto mucho a los periodistas de verdad.

—¿Quiere una coquita fría?, está duro el solazo.

—Gracias…

Antes de terminar de decir que no tomo refresco, está pidiéndole dos cocacolas bien heladas a Verónica, ahora sé que así se llama la chica que me llevó hasta su oficina.

Las cocas aparecen a una velocidad antiburocrática y el «licenciado» retoma.

—Usted me cayó bien por la humildad de aceptar que no sabe de periodismo. Y también porque se ve tranquila, se me hace que es buena persona. Mire, la voy a mandar con Julián, él está encargado de ese tema. Ese muchacho tiene don de gentes y las mamás lo quieren mucho, a él le pasamos el asunto de los sueños de las señoras para que les dé seguimiento, hágame el favor…

—Se lo agradezco mucho, ¿dónde está la oficina de Julián?

—Aquí Verónica la va a llevar con él.

—Gracias, de verdad.

—Llévese su coquita, sin pena.

Levanto el vaso de cocacola que chilla de burbujas como si un cardumen de peces estuviera bajo tortura. Nunca bebo refresco, pero pienso que, si ese es el gesto de confirmación que tengo que darle al patriarca, me salió barato. Le doy dos tragos y exhibo una sonrisa fulgurante de chispa de la vida antes de salir de su oficina sintiendo que el gas me quema la garganta.

—Julián tuvo que irse temprano por una emergencia familiar —me dice Verónica—, pero hablé con él y puedes volver mañana por la mañana.

Le aseguro que volveré y me despido de la chica que parece tenerme miedo porque apenas roza mi mano.

El sol se movió y una tajada de sombra cae sobre el pasillo en el que ahora las mujeres esperan ancladas al piso con obstinada paciencia, me parecen soldados espejo de los árboles enraizados frente a ellas. Un ejército de madres y *Erythrina coralloides* en flor.

Por primera vez me cruza el pensamiento que habrá de obsesionarme: los árboles son aliados de estas mujeres.

Busco con la mirada a mi amiga del suero para despedirme, no doy con ella y algo me distrae, ¿son hongos negros eso que crece a los pies de uno de los árboles que deshojan los colorines? ¿Por qué no los vi antes si estuve parada exactamente ahí?

«En la brumosa frontera entre lo verosímil y lo verídico habitan criaturas vegetales de difícil catalogación como "el árbol que camina".

La lámina dibujada a tinta y coloreada con aguadas reproduce una hoja de palma, un racimo de frutos semejantes a dátiles pero más grandes y un fragmento del tronco, del que brotan unas raíces con formas parecidas a tentáculos que se hunden en la tierra.

No bastó la precisión taxonómica, ni la embaucadora belleza de la ilustración, para disipar las reticencias de los naturalistas de los siglos XVIII y XIX y lograr que estos suspendieran su incredulidad. La sola idea de que un árbol pudiera dar zancadas contradecía demasiado su visión del mundo vegetal y ponía a prueba sus más arraigadas convicciones.

Hasta bien entrado el siglo XX no se documentó la existencia de árboles nómadas, que se desplazan en busca de suelos más firmes, nutrientes o agua.

Actualmente es bien conocido por los botánicos el caso de la *Socratea exorrhiza*, una palmera que vive en las selvas tropicales de Centroamércia y Sudamérica, dotada de poderosas raíces aéreas con las que se ancla a modo de puntales en el suelo movedizo, sujeto a una permanente erosión debido a las torrenciales lluvias.

Gracias a este mecanismo adaptativo consigue sortear los corrimientos de las tierras y mantenerse erguida, a pesar de los aludes de barro que provocan las inundaciones. Habrá quien asegure que ese vigoroso árbol no desplaza su masa, sino que es la tierra la que se escurre bajo sus raíces, creando la ilusión de movimiento.

Sea como sea, cambia de emplazamiento y se traslada de su asiento original hasta veintitantos metros por año.

Otro ejemplar de fábula, que parece sacado de una realidad botánica paralela, es el *Rhizophora mucronata*, conocido popularmente como "el árbol que camina".

Este vive en zonas pantanosas de las costas de los trópicos formando una barrera natural entre el mar y la tierra que protege el litoral de la erosión producida por los temporales. Las ramas de este árbol anfibio desarrollan enormes raíces aéreas a fin de suministrarle nutrientes, permitirle respirar y dotarle de estabilidad frente a los vendavales. Estas acaban quebrándose por el peso, hundiéndose en el légamo del fondo y rebrotando unos metros más allá».

Santiago Beruete, *Verdolatría. La naturaleza nos enseña a ser humanos*

Esa imagen de los hongos negros que creí ver al salir de la fiscalía me carcome.

Siento terror de pensar en la noche que pasaré, el insomnio me revuelca como ola brava cuando no comprendo algo.

Necesito enfocarme, intento trabajar, lo que quiere decir que intento escribir, pero no puedo. Intentar escribir y no poder escribir es un abismo desastroso.

Comienzo a navegar entre buscadores para dilucidar qué explicación podrían tener los hongos negros y encuentro una nota que me hace erguir las orejas como perro asustado.

Aquí está el algoritmo delirante, la red tejiendo su locura.

Al poner en el buscador las palabras «árbol», «negro», «hongo», «enfermedad», «México», y navegar en siete u ocho sitios, soy derivada a una nota periodística sobre los árboles con el tronco negro por efecto del ahumado y que las búsquedas forenses han aprendido a leer como una señal para la localización de fosas clandestinas, pues los pastos quemados, el tronco negro, son distintivos de que ahí hubo una ejecución.

Yo quería encontrar algo sobre botánica, no esto. Pero ya no logro sustraerme de la asociación siniestra.

¿Será eso lo que busca Ada?, ¿un árbol con el tronco ennegrecido? ¿Y cómo va a encontrarlo en un país con seis mil fosas clandestinas entre bosques, montes y descampados?

Me detengo.

De nada voy a servir si empiezo con mis desvaríos.

O quizá sea todo lo contrario, tal vez estoy siendo invitada a comprender un lenguaje que solo tiene su lógica dentro del delirio.

Lo cierto es que me aterra cruzar el umbral, así que agrego la palabra «bibliografía» a mi búsqueda y doy con varios libros sobre botánica y fisiología vegetal, descargo algunos. Comienzo a leer y, vaya cosa, resulta que también son una invitación a romper la

rigidez mental y uno tras otro me sorprenden como han sorprendido a los estudiosos del tema con comportamientos que rayan en lo mágico, como el árbol que camina.

Leo sin parar unas horas. Piedad química, me digo, si no tomo una pastilla voy a pasar la noche en vela.

La bendita cápsula me hace efecto bien entrada la madrugada.

Sueño que Ada me llama para contarme un sueño.

Le van a dar una pista de dónde está Marcos, pero tengo que salir yo a esperar una llamada a un teléfono público para recibirla. Corro por las calles del pueblo de Ada buscando ese teléfono, por fin llego.

La cabina está negra, hay humo, el cable cortado y una gorra vieja a medio quemar, cuando la levanto hay un pájaro carbonizado debajo, está muerto, tieso, pero aún pía.

A mis pies veo un charco de queroseno y escucho la voz de Ada que me dice que corra, las piernas no me responden y el piso está resbaloso, el pajarito muerto sigue piando; apenas logro alejarme, la cabina explota.

Despierto con la nuca empapada de sudor, la playera pegada al cuerpo.

Me siento en la cama, me pego las sábanas a la nariz para constatar que huelen a hotel de cadena y no a combustible. Hundo la cabeza entre las rodillas y siento que voy a colapsar de tristeza.

De tristeza por Ada, por Marcos, por mí y porque no está L para abrazarme, pero lo cierto es que tampoco quiero que esté.

Me saco la playera empapada y entro a la ducha, dejo que el agua fría golpee mi cabeza con toda su fuerza. Ya está. Ya estoy aquí psique adentro y no podré dar marcha atrás en mi acompañamiento a Ada.

Siento que anoche dormí un minuto y que hoy esperé diez mil años a los pies del colorín que no tiene hongos negros como me pareció ayer. Ya no intento naufragar en mi chifladura, debí confundirme con alguna sombra o basura o qué sé yo.

Son las 9:30 de la mañana y Verónica viene por mí, me pide que la siga, Julián va a recibirme.

Vuelvo a pasar junto a los funcionarios hundidos en papeles, pero ahora Verónica toma otro pasillo claustral, todo se va poniendo oscuro y estrecho, bajamos uno, dos, tres niveles. Ya me da mala espina que el tal Julián tenga su oficina en las mazmorras, pero sigo caminando detrás de la chica que no dice nada. Me muerdo la lengua para no forzarla a una conversación y evitar que termine odiándome si dependeré de ella para entrar cada vez que venga a este lugar.

Nos detenemos frente a una puerta que revela del todo el rango institucional que ocupa Julián: es gris donde la grisura no podría ser más anodina, la chapa metálica está descompuesta, hay un agujero donde debería haber una cerradura y el cristal arriba de esta tiene una fractura en perfecta diagonal que hace que —desde afuera— el interior de la oficina parezca desfasado, una ilusión de estar dividido en dos por una lente tramposa.

—Aquí es —apunta Verónica. Y se da la vuelta dándome tiempo apenas para decir gracias.

Temo tocar con fuerza esa puerta que parece que podría venirse encima y herirme, pero Julián no levanta la cabeza de la pantalla de su teléfono. Llamo despacio hasta que el hombre me indica que entre, me espera de pie detrás de su escritorio.

Apenas estoy delante de él, levanta el celular con la mano izquierda y lo señala con el índice derecho, luego se pone el dedo sobre los labios, indicando silencio, lo apaga y lo pone bocabajo sobre su escritorio. Entiendo, apago también el mío.

Una inquietud me recorre el cuerpo cuando le doy la mano, en un destello interior veo imágenes de mi sueño y aquella cabina de teléfono explotando.

—Buenos días, soy Julián Gómez, siéntate.

—Mucho gusto, soy…

—¿Un café?

Aquí vamos de nuevo con las cortesías solemnes y el ritual de las malas bebidas.

—Bueno, gracias.

Me lo sirve él mismo de una cafetera de filtro tan ruidosa que podría competir con el canto de vapor de una tintorería.

—Ayer me dijeron quién eres y que el licenciado te mandó conmigo.

—Supongo que también te dijeron por qué vine.

—Claro, quieres ver esto, ¿no?

En la esquina de su escritorio se apilan unos veinte legajos que arrastra hacia mí.

—¿Son tantos?, pensé que serían cuatro o cinco casos.

—Pues son todos estos… y a la mejor hay más.

—¿Puedo leerlos?

Antes de que jale los folders hacia mí, Julián pone su mano encima de la mía y los atrae hacia él.

—¿Cómo supiste de esto?

—Leí una nota.

—¿De qué medio?

—*El Neutral del Sur*.

—¿Y luego?

—Una colega me pasó el teléfono de la señora Ada.

—¿Y por qué te interesa tanto?

—Porque debería interesarnos a todos, ¿no?

—Ey, pero ¿tú también buscas a alguien o qué?

—No…, ¿por qué siento que me estás tratando como sospechosa?

—Aquí todos somos sospechosos, amiga, estás en una fiscalía.

Mientras dice eso señala el teléfono apagado sobre su escritorio. No sé qué decir, qué hacer, me siento estúpida. No me gusta cómo

me habla, debo llevarle unos quince años —tal vez más— y me enoja que me imponga un código que no acabo de entender, tengo que dominarme para no desbarrancar porque empiezo a sentir ácido en el pecho.

Pero no me voy a poner en plan de señora que regaña al muchachito, eso no.

Me contengo, quiero leer esos expedientes, ya vine hasta aquí y necesito entender qué está pasando.

Miro una pila de libros en una mesita lateral donde también están un par de topers con lo que imagino será el almuerzo de Julián. Pestañeo cuando entre los libros distingo *El vagabundo de las estrellas,* de Jack London, quiero estar segura de que leí bien. Sí.

Aquí hay un lector o un rebelde, pienso.

Vamos a averiguarlo.

Me viene el recuerdo de la novela de Kadaré sobre el régimen totalitario que obligaba a los ciudadanos a declarar sus sueños para descartar cualquier atentado contra el gran Soberano, sonrío y suelto:

—Como en *El palacio de los sueños*.

Se opera un cambio notable en su rostro, levanta las cejas, me parece que todavía tiene cara de niño.

—¿Un palacio de los sueños?

—Sí, es una novela tremenda casi basada en la realidad.

—¿Cómo?…

Ajá, ahora yo te tengo a ti, no puedo evitar sentir cierto orgullo.

Le agradezco en lo profundo de mi alma a Ismaíl Kadaré el milagro que acaba de obrar para mí.

Julián es otro, como si hubiera sido tocado con una varita mágica su disposición hacia mí cambia, muestra esa sonrisa de dientes enormes y un poquito desalineados, lo encuentro aún más niño. La varita mágica me alcanza también a mí y ahora me cae bien.

Le cuento el argumento esencial: en un país bajo régimen totalitario hay una especie de Secretaría de los Sueños donde trabajan miles de funcionarios seleccionando, archivando, leyendo e interpretando los sueños de un país entero. Es por decreto. Nadie puede atentar contra el Estado, ni siquiera en sueños. Ocurre en

Albania, donde, en efecto, Kadaré vivió y publicó la novela, pero tuvo que huir de la dictadura de Enver Hoxha que duró cuarenta años.

Julián saca uno de los expedientes y me lo entrega.

—Este está cabrón, se cumplió al pie de la letra. Ahí lo puedes leer.

Me señala con el gesto un sillón igual de destartalado que el resto del mobiliario. Supongo que nunca visitaré un organismo público cuyos muebles tengan dignidad.

Me siento, abro la carpeta, tengo el corazón acelerado, las manos frías. Creo que estoy a punto de descubrir algo, o tal vez solo es una sobredosis de cafeína.

Cuando termino de leer miro a Julián, siento la lengua seca.

—Te pusiste pálida.

—Tomé mucho café.

Vuelve a señalar el teléfono en su escritorio.

—Puedes anotar el número de expediente y consultar en la Plataforma de Transparencia, sin problema.

—Lo sé, pero ahí no está el sueño de esta señora, Bertha. ¿Ella te contó esto exactamente así?, ¿lo de las caballerizas, el muro rojo?

—Sí, pero estaba canijo organizar una búsqueda solo porque la señora soñó que ahí era.

—¡Pero tenía razón!

—Igual fue una casualidad.

—¿Una casualidad con ese nivel de detalle?

Mientras copio el número de expediente en mi libreta, Julián me extiende la mano.

—Bueno, otro día podemos conversar más, cuando gustes puedes volver, la cosa es que ahorita tengo un par de reuniones.

Ahora es un niño asustado, le percibo un temblor en la barbilla cuando me entrega un pequeño papel doblado junto con el apretón de manos.

—Ya sabes, cuando quieras eres bienvenida.

—De verdad, gracias por tu tiempo, Julián, entonces me pongo de acuerdo con Verónica para volver mañana.

Niega con la cabeza.

Entiendo, ahora entiendo lo que quería decirme desde el principio. Qué tonta. Guardo la notita en mi bolso y salgo. Un pitido agudo revienta en mi oído izquierdo como si registrara un cambio de presión repentino. Quién me manda desayunar ese atracón de café malo.

Pero yo estoy segura que el árbol se estremece si le pasas la mano.
JULIETA DOBLES YZAGUIRRE

La mujer se acerca y solo los árboles son testigos anclados a ese espacio.

El olor ácido del llanto es conocido. Del llanto de esa presencia.

Los pies descalzos de Ada buscan hundirse en la raíz.

Ella no es peligro, es tristeza. Los árboles saben.

Rasca la tierra y habla. Rasca y habla.

Rasca la tierra y habla. Rasca y habla.

Ha cavado suficiente.

Pide perdón al árbol, perdón, perdón.

No quiere lastimarlo, quiere que le responda, que le diga dónde está Marcos.

Se arrodilla, deposita una carta. Le habla al hueco de tierra con amor, habla como acunando a un crío recién nacido. Habla como en un rezo, depositando un lamento a la raíz, conjurando una respuesta.

La tierra va cayendo para cubrir el hueco con el papel. Un ritmo sincopado se acompasa entre la tierra y la vibración de las hojas del árbol.

Un ritmo marcado de luz y verde y llanto.

Hay luz.

Hay verde.

Y llanto.

Hay un bosque que sabe milenios y una mujer que pregunta ahora.

Buscadora de sol, de luz, de tierra, buscadora de huesos. Buscadora del ritual que le debe el mundo a cualquiera que se llame humano.

Besa la raíz antes de levantarse, se inclina ante el tronco con reverencia y camina con pasos hacia atrás, para no darle la espalda.

Buscadora de almas, buscadora de huesos.

Se atisba un renovado temblor de la copa del árbol. Tal vez el saludo devuelto, tal vez la liturgia de un oficio sagrado.

Estoy en el Mustang, esperando a Julián. No parece ser el bar más poblado de este municipio.

Me citó a las seis de la tarde, pero yo llegué veinticinco minutos antes porque estoy nerviosa, porque me daba miedo tomar un taxi desde el hotel donde me hospedo con la noche en ciernes.

Es un barecito que si descubriera la estampida de gringos que viven al ritmo del *booking* y el *Visit Mexico* ya lo habrían convertido en un carísimo remedo de sí mismo.

«Mustang, bar y botanero», se lee a la entrada, arriba del marco de la puerta de madera mal barnizada. El letrero nominativo viene ilustrado con un caballo que relincha crines al viento y un sombrero tejano junto a una botella de cerveza. Lo rodea una luz neón que es violeta, o verde, o azul de Prusia o morado mexicano. Este país tiene vocación de inclasificable.

Por qué se llama «Mustang», me pregunto, y busco el lugar en alguna red social, lo encuentro, leo la reseña de un visitante neoyorkino: «*Nothing too fancy but crazy atmosphere… the botana situation, wow*».

Así que estoy en otro sitio bookeado próximo a perderse en la gentrificación, aunque no sé, este lugar no tiene fama de pacífico pueblito de veraneo, y se nota que el sitio vio mejores tiempos.

Intento descifrar los perfiles de la gente que me rodea: una pareja joven en una mesa cercana, otra pareja mayor en el fondo, dos amigos en la barra. Quiero parecerme a ellos, a todos, quizá me parezco.

Levanto la mano para pedir una cerveza, se acerca una mesera de ojos inteligentes, es rápida y chispeante. Pido una oscura.

—Ya te la traigo, amiga.

El novio de la mesa de junto se levanta, es de piel morena con los ojillos achinados. Pone una canción en la rockola. «Banda balada romántica», reza en la clasificación que selecciona en la pantalla.

«Déjame ser tu compañero en este largo viaje que se llama vida, quiero saber qué se siente llegar juntos hasta la orilla».

Él y su novia se hacen arrumacos mientras suena la tuba de fondo. Son jovencísimos, no es que tengan cara de niños, es que son unos niños, ahora que ella perdió el rojo del lápiz labial después de los besos puedo ver una cara de ¿dieciséis años?, ¿diecisiete?

Suspiro. ¿Si supiéramos todo lo que va a doler después el amor entraríamos en él como corderos voluntarios para el sacrificio?

El grito de «Ói nomás, échale, K-Paz de la Sierra» me saca de cualquier reflexión, cómo evitarlo, me dan ganas de bailar.

Justo cuando Julián está entrando, la mesera deja una cubeta de cervezas en mi mesa, le aclaro que pedí una.

—Por eso, una cubeta, amiga, aquí nomás vendemos cubetas.

Empiezo a entender aquello de *«crazy atmosphere».*

—Ya estás bien servida —bromea Julián cuando ve el arsenal de cervezas.

—No sabía, tenías que advertirme.

—No, mija, aquí no hay advertencia que valga.

Nos reímos.

Julián es otro, la rigidez que mostró en la mañana parece haberse esfumado, casi diría que está eufórico.

Se ríe de mí a carcajada batiente cuando la botana que acompaña la cubeta de cervezas llega a nuestra mesa: tostilocos, una bolsa de 500 gramos de totopos de maíz cubiertos con cacahuates, trozos de queso enchilado, chicharrón espolvoreado, aguacate y jícama en cubitos.

«The botana situation, wow». Doy fe.

—Y todavía no has visto lo mejor.

—Estoy preparada.

Brindamos con la primera cerveza, la conversación se siente ligera y cercana.

Le agradezco el tiempo, no quiero presionar, pero sí quiero presionar para ir al grano, no pienso repetir encuentros en un bar como este porque soy miedosa, porque —fui honesta cuando se lo dije al «licenciado»— no tengo temple de periodista.

Aquí la vida puede desbordar al espíritu más desganado, pero también se habita en un escalofrío de peligro constante. Y yo llevo más de veinte años domesticada en la comodidad de la clase media urbana. Casi me duele admitirlo. Miro a todos a mi alrededor en este bar y tienen un arrojo que incluso me parece altivo, tal vez me equivoco y sea resignación, pero lo cierto es que no se ven asustados.

Julián me cuenta de su vida, recién casado y muy enamorado, él y su esposa están buscando su primer bebé, me enseña fotografías de ella en el teléfono, una morena deslumbrante.

Aprovecho el momento.

—Este teléfono no es el que tenías en la mañana…

—Pues no. Aquí está muy pinche feo todo, muy jodido. Hay que buscarle para que no te devore esta mierda.

—Cuéntame más.

—Mira, voy a confiar en ti porque no puedo tragarme esto yo solo y porque Marcos era mi amigo.

—¿El hijo de Ada?

—Ey.

«Uuuun lobo domesticado, un loco enamorado, tu mascota fiel» suena ahora desde la rockola. Los novios cantan siguiendo la voz de Valentín Elizalde en su mesa, se ríen atragantándose en el aullido. Qué universo precioso en medio de todo esto, pienso. Ellos dos aquí y ahora.

Julián saca dos carpetas de su mochila y me pide que las guarde en mi bolso. Obedezco.

—Ahí está lo de la señora Ada, y lo de la señora Bertha que leíste en la mañana, te saqué copias para que compares.

—¿Por qué crees que está pasando esto? ¿Tú qué piensas?

—Ojalá lo supiera, pero ya he visto muchos casos y, si quieres que te diga la verdad, les creo totalmente a las señoras. Yo no sé qué chingaos será ni por qué pasa eso, pero estas doñas vienen a la fiscalía con información exacta, o son brujas o alguien de la maña les está pasando el dato.

—¿La maña?

—La maña, los malos, los mafiosos, los maloras…, así les decimos acá.

—Mejor eso que ponerles nombre exacto.

—Ey, hasta pareces nueva, amiguita, ¿te tomas un mezcalito?

—Bueno… Cuéntame de qué conocías a Marcos.

—Pues desde chiquillos, él era más chico, pero íbamos a la misma escuela, siempre fue bien chispa, todo mundo lo quería, se aparecía y en un minuto ya te estabas riendo con él porque era bien ocurrente… La señora Ada era un cascabel con su chamaco y ahora pues ya la viste.

—¿Qué crees que pasó con Marcos?

—Ahí lee lo que te di, luego, cuando estés tú sola.

«El día que yo me muera, no voy a llevarme nada, hay que darle gusto al gusto, la vida pronto se acaba» canta ahora Ramón Ayala. Apenas me percato de que la mesa de la parejita joven se llenó de amigos, llegaron otros tres, se divierten y van vaciando sus cubetones de cerveza. «Lo que pasó en este mundo, nomás el recuerdo queda, ya muerto voy a llevarme nomás un puño de tierra» rematan cantando a coro los muchachos.

La mesera se acerca con dos vasos de tubo largos y los pone frente a nosotros.

—Sus mezcales.

—¡Pero son gigantes!, si no pedimos limonada, pensé que serían caballitos.

—Aquí son caballos salvajes, amiga.

Otra vez se ríen de mí. Brindo con Julián y doy apenas un trago a la bebida que hace ver monstruos y prodigios, no quiero perder la cordura.

—¿Por eso se llama «Mustang», porque son caballos salvajes?

—Ándale, si no eres tan tonta. Por eso mero, antes eran de tequila, pero ahora se puso de moda el mezcal.

—Ya en serio, Julián, ¿qué quieres que yo haga con esta información?

—Ahora sí que tú sabrás, pero yo creo que no está bien que nomás la tengamos en la fiscalía ahí archivada…

—¿Pero no te vas a meter en problemas?

—Ya estará de Dios. El licenciado no se mosqueó contigo porque le dijiste que no eres periodista, la verdad se me hizo raro, pero hay que aprovechar que anda bien volado con los cambios que vienen por las elecciones, y yo pienso que esto tiene que analizarse en serio. Estoy cagado de ser el único que sabe, nomás estoy piense y piense. Al lado de mi oficina hay todo un cuarto con archivos como ese.

—Anarchivismo, te estás rebelando…

—¿Qué es eso de anarchivismo?

—En realidad nada, o todo, la idea de que hay que rebelarnos contra el sistema para que no tengan toda nuestra información: contraseñas, perfil bancario, rastreo de nuestra ubicación, registro de nuestras compras, de nuestras comunicaciones…, y encima ahora tienen los sueños de estas mujeres.

—Sí está muy loco pensarlo, el libro ese del que me hablaste en la mañana, me gustaría leerlo.

—*El palacio de los sueños*, puedo conseguírtelo, te lo descargo en un PDF.

—Órale, y yo te voy pasando otros expedientes, pero igual no dejes de ir a la oficina porque va a ser raro si ya no vas y luego tienes los datos para escribir tu libro. Puedes volver a caer la próxima semana.

—Venga, trato hecho.

—Oye, ¿pero eso realmente pasó?

—¿Lo de *El palacio de los sueños*?

—Ey.

—Bueno, casi, sí. Los regímenes totalitarios han hecho lo que no te imaginas para preservar su sistema de represión. Desde espiar a sus ciudadanos hasta robar bebés, establecer centros de tortura, desaparecer a miles de personas…

—Yo me cae que no entiendo cómo en México llegamos hasta aquí… Mejor por hoy ya no hablemos de cosas tristes, ¡salud!

Antes de despedirnos, chocamos nuestros caballos salvajes de mezcal, pero yo ya no doy el último trago, una inoportuna taquicardia me explota en el pecho.

Ahora suena la misma canción que cantaba Ada en mi auto: «Nada me importa lo que me digan, si yo te quiero, si yo te adoro, por eso grito a todo el mundo que tú eres mi tesoro».

«*Crazy, crazy atmosphere*».

Y yo a punto de tener un episodio de ansiedad.

Tengo una manía al escribir, no sé cuándo ni cómo nació. Una manía que me condena y me salva.

Durante dos minutos, como quien se reta a contener el aire bajo el agua, me permito habitar la tragedia dantesca en la que estamos y que intento relatar. Que caiga sobre mí con todo su peso. Que no me deje respirar.

Lo inhumano de esta distopía que somos aquí y ahora me hace cerrar los ojos frente al expediente de la señora Bertha que vuelvo a leer y que esta vez golpea diferente.

Cierro los ojos. Dos minutos.

Esto no tiene salida. Este país no tiene remedio.

El problema de Auschwitz y sus múltiples repeticiones contemporáneas, como dice el poeta chileno Raúl Zurita, es lo que me ahoga dos minutos en la desesperanza.

La señora Bertha escribió dos semanas antes del hallazgo, de su puño y letra, con una caligrafía perfectamente legible: «En el sueño me dijo mi hijo que están en las caballerizas, que son muchos. Y yo distinguí su carita, me miró como pidiéndome que me escondiera para que no viera lo que les estaban haciendo. Y atrás había muchos muchachos así, todos lastimaditos, todos maltratados y mi hijo se agarraba las piernas muy fuerte, como que le dolía, como que no quería que se las quitaran. Y luego ya no lo vi, pero vi el muro cubierto de charanda, pintado de rojo, y al lado un letrero que decía La Paloma».

Ciento diez bolsas con restos humanos encontraron en ese predio llamado La Paloma.

Ciento diez bolsas con cabezas, torsos, piernas y brazos cercenados.

Ciento diez bolsas negras de basura acumuladas en un pozo profundo.

Pudieron ensamblar cincuenta cuerpos, uno de ellos era el hijo de la señora Bertha.

Luego del hallazgo, la fiscalía dio orden de tirar los muros y tomar el predio como propiedad federal, cerraron el pozo.

Me levanto y camino. Hay que salir de los dos minutos. Respirar.

Busco la nota periodística sobre el caso y encuentro que en su día estuvo publicada en varios medios. Ninguno dice nada del sueño premonitorio de la señora Bertha, claro, en ese momento nadie lo sabía más allá del «licenciado» y Julián.

No sabemos nada. Las fosas clandestinas son la parte visible de la fosa de desinformación en la que vive este país, el ocultamiento es insondable. Siento cómo se tensan mis músculos al pensar que quizá nadie sepa nunca verdad alguna sobre este exterminio mexicano.

Entro al sitio web del Registro Nacional de Personas Desaparecidas, es una página oficial del gobierno. Quiero navegar en el archivismo autorizado.

Doy clic en la consulta de personas desaparecidas las últimas 72 horas, son diez fichas. Hay personas de Nayarit, Chiapas, Sinaloa, Estado de México, Ciudad de México, Hidalgo y Querétaro.

Un niño de doce años, una niña de trece, otra de dieciséis, uno de dieciocho. El resto tendrán en promedio veinticinco años.

Casi la mitad son niños. Leo que en México hay diecisiete mil menores de edad desaparecidos.

¿Qué diferencia hay entre estos niños y los que mueren ahogados en el mar Mediterráneo tratando de migrar hacia un mejor destino? ¿Por qué en nuestro país no podemos pensar también en esto como una emergencia humanitaria?

¿Cuántos cuerpos infantiles tirados bocabajo en la playa podrían representar esto que pasa en México?

La visualización me golpea contundente, siento un martillazo en el estómago.

¿Por qué me metí aquí? ¿Con qué legitimidad estoy haciendo este relato?

Zurita vuelve a rescatarme con sus palabras cuando dice que no se trata de que tanto dolor, muerte y asesinatos en todas partes del mundo nos obliguen a sentirnos permanentemente culpables por ello, pero sí de comprender que, desde el momento en que haya un solo desaparecido en Sudamérica o un solo torturado en el mundo, todos los demás somos sobrevivientes (de un sistema que no dudaría en desaparecernos) y solo por eso hablamos. Y que cada relato, cada gesto de memoria no son sino la lucha de millones de seres humanos por convertirnos en seres humanos y por el derecho a continuar siéndolo.

Respiro una bocanada grande, exhalo con fuerza como para sacarme de dentro todas las imágenes registradas.

Vuelvo a pactar, aunque sea un guiño con la esperanza, vuelvo a creer porque los vínculos nos salvan, por eso Julián quiere ayudar («Marcos era mi amigo») y se está jugando el pellejo para que esto no permanezca en el silencio.

Por eso escribo esta historia, por el derecho de todos a seguir siendo humanos.

Salgo a tomar algo en el lobby de este hotel fantasma, después leeré el otro expediente. Con un abismo en el pecho por ahora es suficiente.

No puede ser.

Es lunes y aquí están los hongos negros en el árbol de colorín, tomo una foto antes de que vuelva a ocurrir lo mismo que la otra vez.

No entiendo nada, pero ya tengo la imagen en mi teléfono. Estaré medio maniaca, pero a las alucinaciones todavía no llego: ahí están los hongos, me da cierta paz comprobarlo.

Amplío la imagen para verla a detalle cuando llega Verónica por mí.

—Verónica, tú también ves estos hongos en el árbol, ¿verdad?

—Sí.

—Uf, gracias, no sabes qué tranquilidad.

Hago ademán de caminar pasillo adentro, pero Verónica me detiene.

—En la esquina de la gasolinería hay un Oxxo, te veo ahí en quince minutos.

Es la primera vez que esta mujer me habla para decir algo de verdad, no está jugando. Asiento.

Regreso por donde entré con la respiración acelerada y busco en la calle el logo amarillo y rojo de la tienda, ahí está.

En el Oxxo compro una botella de agua, unos chicles de canela, un cable para cargar la batería de mi teléfono, aunque no lo necesito. El tiempo de espera se me hace eterno hasta que aparece Verónica con dos empaques muy grandes de unicel como si trajera dos órdenes de hamburguesas con papas y ensaladas.

No comprendo qué está pasando. ¿Por qué Verónica me trae eso que parece comida para llevar?

—Aquí te mandan —me dice.

Veo su cara tensa y no hace falta más, entiendo. Recibo los empaques de unicel que desde luego no contienen comida.

Le agradezco y la veo regresar apresurada.

Estoy pidiendo un taxi para volver al hotel cuando reparo en la canastilla metálica con los periódicos del Oxxo, *Al día* se llama el diario que exhiben al frente.

Me confunde lo que leo. Bajo el encabezado «Balacera», hay una imagen con los rostros de una pareja. Me parece que son los muchachos del bar de hace tres noches, creo reconocer la carita redonda de ella, los ojos rasgados de él y tal vez a uno o dos de sus amigos.

Siento la boca seca, tomo dos tragos largos de agua, no me doy cuenta del ruido que hago hasta que reparo en la cara de asco con la que me mira la dependienta detrás de la caja. Parezco perro deshidratado.

No, no son ellos. ¿O sí? Creo que no. Igual me rompe el corazón ver esos rostros y cuerpos baleados.

Me aferro a los paquetes de unicel y evito hiperventilar durante el trayecto.

Apenas entro a mi habitación, los abro.

Son copias de otros dos expedientes y una nota de Julián:

«Amiguita, aquí las cosas se van a poner feas, mejor regrésate a tu ciudad unos días. Yo te aviso cuando haya chance otra vez. Y me debes mi libro, ¿eh?».

Jael Monserrat Uribe Palmeros

Tenía veintiún años cuando desapareció en la Ciudad de México el 24 de julio de 2020. Dejó dos niños pequeños que hoy cuida su abuela Jaqueline Palmeros, que nunca dejó de buscar a su hija Monse y a quien siempre se refirió como una chica amable, confiada y llena de amor. Finalmente, el 20 de enero de 2025 Jaqueline y su colectivo de búsqueda encontraron el cuerpo de Monserrat en el Ajusco, al sur de la Ciudad de México, en una zona que ha sido señalada por albergar fosas clandestinas.

Jaime Arroyo Quezada

Desapareció en 2011 en Huatusco, Veracruz, tenía 34 años. Era muy solidario, donador altruista de sangre y trabajador en plantaciones de café. Su hermana Araceli lo sigue buscando, lo extraña todos los días de su vida.

Damián Pineda

Desapareció en 2013 en Xalapa, Veracruz, tenía 46 años. Dejó dos hijos, uno de ellos con autismo severo. Su esposa Blanca lo sigue buscando, ha sido muy duro terminar de criar y ver crecer a sus hijos sola.

Alfredo Román Arroyo

Desapareció en 2011 en Xalapa, Veracruz, tenía 33 años y acababa de recibirse como Contador Público. Su hermana Lilia lo sigue buscando. Lo busca ella porque su madre, que estuvo en la labor de búsqueda durante algunos años, ahora tiene diabetes, artritis y episodios de pérdida de memoria.

Rafael Ernesto Valencia

Desapareció en 2012 en Piedras Negras, Coahuila, tenía diecinueve años. Su mamá Ana Ruth lo sigue buscando desde El Salvador, país del que Rafael vino a México con la ilusión de llegar a la frontera y cruzar a EUA. Es muy difícil buscar desde allá, y aunque Ana Ruth ha logrado venir de El Salvador a México un par de veces, la búsqueda ha sido infructuosa.

Daryl Gómez Martínez

Desapareció el 1 de mayo de 2018 en Villagrán, Guanajuato, tenía veintisiete años. Su mamá Alma Lilia lo sigue buscando junto con otras madres que forman parte de su colectivo. En casa de Alma Lilia hay un pequeño altar para Daryl lleno de

fotografías suyas; ahí también hay una imagen de Lorenza Cano, otra madre buscadora y amiga de Alma Lilia. Lorenza está desaparecida desde enero del año 2024, ella buscaba a su hermano José Francisco desaparecido en 2018. Fue desaparecida por buscar a un desaparecido.

Como un acto de memoria, el colectivo de Alma Lilia y Lorenza ha colgado del árbol frente a la presidencia municipal de Salamanca imágenes con los rostros de las personas que buscan. Más de cuarenta fotografías se mecen en las ramas de ese árbol.

Esas plantas se están defendiendo de algo

Estoy de regreso en la Ciudad de México, escucho otra de mis grabaciones con las entrevistas a Ada.

Su voz tiene una inflexión final como un cantito que, sin darme cuenta, empiezo a imitar mientras voy repitiendo las frases en voz alta para transcribir:

> El primer año fue el más difícil, me sentía sola, sola como perro. Al principio estaba mi hija Maricela, pero luego la mandé a casa de su suegra porque mi nieto estaba chiquillo y ya de ahí se quedó a vivir en ese pueblo. Yo no quise que regresaran, imagínate, me la desaparecen también y ahora sí me muero de un infarto instantáneo.
>
> Dejé de comer, el primer año no podía comer nada de nada. Pero de veras nada.
>
> Me la pasaba con chicles, café y cocacola, no sé cómo no me morí de diabetes.
>
> Yo sola iba al Palacio Municipal y no me recibían los cabrones.
>
> A veces me veía reflejada en los ventanales mientras esperaba ahí afuera en la banqueta y me parecía el reflejo de una loquita, una de esas teporochitas que andan locas por las calles, así de perdida me sentía, te lo juro… Pérame tantito que le tengo que contestar a esta señora…

La oigo dar indicaciones a doña Chelita para llenar su formulario y llevarlo a la Comisión de Víctimas. Escucho las risas al teléfono, algo que comenta con la señora de su colectivo la hace reír brevemente.

Es difícil recuperar el hilo de la conversación, Ada pica un tema y otro. De repente vuelve a sonar su teléfono, contesta, y tiene un desliz que me descoloca: me dice Maricela.

Pongo pausa al audio y lo regreso unos segundos, tal vez no entendí bien.

Entendí bien, me ha llamado Maricela a mí, no se corrige, sigue hablando. «Estoy aquí con Maricela, al ratito te marco», le dice a su interlocutora al teléfono.

> Lo que peor se me descompuso fue la panza. Y luego la cabeza. Pero lo de la panza es horrible, primero sin comer un año y luego me atragantaba de comida, luego pues ya te imaginarás: gastritis, colitis, acidez, todo tengo. El otro día me andaba riendo solita porque oí en el radio que dicen que cuando pierdes a alguien te duele el corazón, pero no es verdad, te duele la panza, te duele la panza para siempre.

Lo que más echa en falta es la rutina de cada día, la vida que tenía antes de que esto pasara, anhela que sus días consistan en levantarse y preparar el desayuno para ella y Marcos, empacar la comida de la venta y salir corriendo junto con él, cada uno a su trabajo.

En mí resuenan sus palabras: «Cuando pierdes a alguien te duele la panza para siempre».

Hijito, mi corajudo hermoso:

Gracias por contestar, ya se me andaba rompiendo el alma si no me dabas otra señal. Anduve piense y piense luego que te dejé la carta, a ratos sintiendo como que de veras me iba a reventar el cerebro porque cómo te voy a buscar entre tantísimo árbol.

Me fui a ver a tu hermana y al chamaco unos días, a mí no me gusta andar lejos por si se sabe algo de ti, también porque acá me organizo con las otras señoras y como quiera nos ayudamos, aunque luego nos enojamos unas con otras. Bertha tuvo que irse al pueblo de unos parientes suyos porque luego de que en la fiscalía recibieron lo del reporte de su sueño y todo se cumplió clarito al pie de la letra, los mañosos la amenazaron. Ahí le echamos montón como pudimos para malvender sus cosas, la pobre se fue con una mano adelante y otra atrás, y se llevó a las dos niñas que dejó su hijo. Está volviendo a ser mamá de sus nietas, y yo la veo muy cansada. Pero sabes qué, al menos ya enterró a su muchacho como se debe y sabe dónde descansa y dónde ir a llorar. Yo no sé por qué Dios le da ese privilegio a unas madres y a otras no.

Bueno, pues me pasé unos días con tu hermana y tu sobrino.

Ella insistió mucho que fuera, está preocupada por mí, dice que si sigo así un día me van a llevar al manicomio. Muchacha grosera, imagínate.

Acá andamos tristes porque Bertha tuvo que irse al pueblo de unos parientes, creo no te había dicho.

Fue el cumpleaños del chiquillo, once años cumplió. Le hicieron su pastel en forma de balón y se cortó el pelo como el futbolista ese, todo para arriba y pintado de güero, hazme el favor. Se veía contento y la mera verdad sí está guapo, no es porque sea mi nieto. Y bien altote, así como tú te estiraste a esa edad, que tiene piernas de zancudo le digo y nomás le da risa.

Le pregunté si se acordaba de su tío, dice que sí. Quién sabe, estaba muy chiquillo.

Estuvo bonito pero triste.

Ya me regresé para la casa y te juro que se me salía el corazón cuando metí la llave para abrir la puerta, no sé, se me imaginaba de a tiro que me iba a encontrar tu carta ahí puesta en la mesa.

Por un momento como que se me olvidó que ya no estás aquí, que han pasado todos estos años, que no sé dónde estás. El otro día en la mañana también me levanté y pasé junto a tu cuartito y toqué la puerta para que te levantaras.

Pero pues no. No estabas tú ni la carta.

Me puse a regar las plantas y a desenraizar la hierba seca que se junta afuera de la cocina, terminé empapada en sudor y mejor agarré camino a la plaza. Me estaba sofocando aquí sola.

Total, que me quedé dormida ahí afuera en la banquita de la iglesia, es que con este calor no se puede ni abrir bien los ojos, mi amor, que me gana el sueño.

Y ahí en ese sueño viniste a enseñarme lo de los animales con su tembladera. Uno tenía el hongo negro en el hocico.

Yo no sé por qué está pasando eso de los hongos si no es temporada de lluvias, está todo tan seco que hasta los pájaros caen muertos del cielo, una cosa muy fea. Lo publican en los periódicos con fotos y todo.

Pero sí, los hongos están ahí y yo creo que los ganados se los están comiendo, ya también empezaron a publicar noticias de eso del ganado enfermo. Pobrecillos animales, si estamos en el mero estiaje yo no sé ni cómo los sacan a pastar, les habían de dar rastrojo.

Pues ahí mero es donde voy a buscarte, mi amor, en los pastizales y los potreros donde pastan, uno de los árboles de por ahí tiene que ser, ¿verdad?

Tu mamá que te ama y no pierde la fe de encontrarte,

Ada

Julián se comunica conmigo enviando mensajes de voz, es muy simpático.

Vaya etnografía auditiva que resulta esta forma de conversación, me va explicando la tipología de los expedientes, cómo se conforman, pero también me habla de los datos que encontró sobre Kadaré, yo le contesto que no pude evitar ver *El vagabundo de las estrellas* en la mesita de su oficina y entonces nos ponemos a hablar de Jack London con devoción, van y vienen las bromas; me mata de risa cuando me dice que él y su esposa quieren tener un hijo «nomás para convertirlo en fanático lector y para que le vaya al Cruz Azul».

Julián es atento, uno de sus mensajes llega cuando yo estoy en un ataque de llanto eliminando fotos con L y cuando le respondo pregunta, como no queriendo, si estoy resfriada o estoy en la lloradera.

Resfriada, claro, no me voy a poner a echarle el cuento de mi separación.

Me sugiere que me hidrate, que tome un caldito caliente, aunque sea época de calor. Algo en él se siente fraterno, genuino.

Tengo un nuevo expediente frente a mí. Doy vueltas por la casa antes de abrirlo.

Me incomoda este pudor de asomarme por el cerrojo imprudente a un dolor ajeno.

Voy a saber los sueños de una mujer, su universo onírico, su intuición de sibila, lo más íntimo de su herida escrita en una página.

Me dan ganas, yo que siempre he sido una hereje redomada, de pedirle permiso a algún dios, el que sea, para hacer esto. De persignarme frente a las hojas que esperan a ser leídas. No puedo, todavía no.

Abro la puerta del balcón, miro el caos de luces exterior que es la Ciudad de México, particularmente en esta zona.

Ahí está la victoria alada, el Ángel referencial de nuestros triunfos y desgracias. Ya no está la palmera, pienso en Ada, en su fe inextinguible que desde fuera pudiera parecer un autoengaño candoroso, pero con qué argumentos cuestionar la coincidencia exacta de los otros casos, cómo pretender que alguien pudiera saber lo que está pasando mejor que Ada, cuyas células son el cuerpo de su hijo, carne de su carne, uno mismo.

Creo que Ada ha empezado a confiar en mí, hoy me envió un par de fotos sobre los casos del ganado con micotoxinas, luego un audio: «Tú pensarás que estoy loca, pero Marcos me dijo en sueños que por ahí tengo que buscar, me mostró a los animales con el hongo negro en el hocico».

Y con qué ganas habría respondido que ella también podría creer que estoy loca, pero que yo vi aparecer, desaparecer y reaparecer unos hongos negros en los árboles de colorines de afuera de la fiscalía. No le dije. No sé, hay un recato, un dique racional con el que intento contenerme.

Le prometí averiguar a fondo y compartirle lo que crea que puede ser útil.

Regreso al expediente, escucho que bajo mi balcón pasa un grupo de amigos, cierro los ojos y me invade la rabia al recordar las caras de esos muchachos que hace una semana se besaban en la mesa de junto y que creí reconocer en el periódico del Oxxo. ¿Cuál será su destino si es que aún están vivos? Cómo podemos llamarnos civilización perpetuando un sistema que condena a unos y favorece a otros prácticamente desde el nacimiento.

Me pongo a leer.

La hija de la señora Nora fue desaparecida con apenas trece años, salía de la escuela con un par de amigas cuando unos hombres las interceptaron, las subieron a una camioneta a plena luz del día y se las llevaron sin que nadie interviniera para evitarlo.

Nora buscó a su hija durante siete años, al principio con su marido, luego sola cuando él murió a consecuencia de un infarto fulminante.

Anduvo por todas las calles pegando la fotografía de su hija, junto con las otras madres que buscaban a sus niñas desaparecidas el mismo día.

Aquí y allá tapizaron paredes, tiendas, restaurantes con sus imágenes. Como una perito dibujante, Nora aprendió a proyectar el paso del tiempo sobre el rostro de su hija adolescente.

Cómo se vería con quince, con diecisiete, con veinte años.

Al principio lo hacía ella misma, dibujando a mano, luego aparecieron las aplicaciones digitales para transformar rostros y cuando la mayoría jugábamos al *facial aging* con nuestros teléfonos por el puro impulso curioso, para que la tecnología nos dijera que cuando lleguemos a viejos no seremos un desastre anatómico, Nora esbozaba una vida alterna, barnizaba de esperanza una existencia con su hija crecida junto a ella, transformada en una muchacha de cuerpo presente, y así se aferraba a esa posibilidad que la mantenía buscando en vida.

Nunca dejó de soñarla viva.

La soñaba siendo víctima de explotación sexual, veía cómo a su hija le dolía el vientre, y a Nora misma le dolía el sexo cuando despertaba con la imagen de la muchacha con las manos entre las piernas protegiéndose, pidiendo tregua, diciendo que por favor ya no.

Pero una noche su sueño cambió. Y Nora supo que ahora tendría que buscar un cuerpo:

> Vi a mi niña, acostada, como bocabajo, yo le gritaba fuerte para que se levantara, me daba angustia que se iba a ahogar así en esa posición, pero ella no me respondió. Entonces le puse la mano en la espalda, como en los pulmones, y ya no respiraba. Tenía un vestido cortito, con estampado de mariposas y no traía zapatos. Le levanté el pelo y entonces vi las marcas en el cuello y vi que ya no estaba viva. Tres noches después volví a soñarla y tenía un vestido blanco precioso y me decía que no llorara, que ella estaba bien, que ya era libre de ese infierno del hotel azul.

El Hotel Azul, al sur de la Ciudad de México, fue denunciado como centro de esclavitud y explotación sexual. Cuando las autoridades llegaron, ya estaba vacío, pero 48 horas después encontraron los cuerpos de cinco chicas enterrados en un predio abandonado, cubierto de vegetación, apenas a unos metros del hotel.

Ahí estaba el cuerpo de la hija de Nora, se determinó muerte por asfixia mecánica. La muchacha llevaba un vestido de mariposas.

Con el tiempo y gracias a llamadas anónimas, hallaron otros veinte cuerpos de mujeres jóvenes en los alrededores.

Siento la lengua pegada al paladar. Navego las noticias de entonces y contemplo las imágenes, recuerdo el caso, me sorprende que tenga solo diez meses cuando en mi memoria sonaba tan lejano.

Es la capacidad instalada para los horrores que instintivamente se acorta, es el anhelo de olvidar pronto porque no se puede almacenar tanta violencia, tanta barbarie.

Y, sin embargo, la única posibilidad de que esto cambie está en no olvidar.

No olvidar y nombrar.

«Los muertos solo están verdaderamente muertos si dejamos de darles conversación, es decir conservación», dice aquel libro de Vinciane Despret sobre la salud de los muertos. Me aferro a ello. Conversación y conservación.

Pienso en esa chica con vestido de mariposas, y en esa otra, la novia de mejillas redondas del bar. Y me sirvo un mezcal, a la salud de ellas. Por lo menos aquí y ahora, viven en este ínfimo acto de memoria.

En sincronía perfecta con el primer trago llega un mensaje de Julián: «Amiguita, te escribí por Signal».

Chateamos brevemente, quedamos para una videollamada mañana. Se pone feliz cuando le envío el PDF con *El palacio de los sueños*.

Pareciera que el insomnio es condición *sine qua non* de este oficio. Y no lo digo por adornar con falsas sofisticaciones lo que hago, me refiero a escribir.

Constantemente pienso en el cerebro como una caldera de la más pedestre de las fábricas, por ejemplo, una fábrica de cemento. Hay un importante calor residual ahí, lo mismo que en el horno de una pizzería, luego de diez o doce horas de producción, ¿cuánto tiempo tiene que transcurrir una vez apagado para que el calor vuelva a emparejarse con la temperatura ambiente?

Pues acá lo mismo, después de horas y horas de pensar, dudar, escribir, borrar, juntar ideas y palabras, volver a dudar, borrarlo todo y empezar de nuevo, es difícil que se apague la caldera, o el hornito, para no pecar de vanidades.

Que, al menos para mí, no es un asunto de misterios creativos o personalidades extravagantes, sino una cuestión más bien metabólica.

Por eso, entre otras cosas, está bien vivir sola, por eso viene bien reinar sin negociaciones sobre los horarios a contracorriente de la cotidianidad y no someter a persona alguna a estos destiempos. Después de todo no está tan mal recuperar mis propios ritmos y desandar los que tenía con L.

Así que me fui a dormir a las dos de la mañana, pero el milagro del sueño llegó a las cuatro.

Y luego de tres horas desperté en el más absoluto de los desasosiegos por otro sueño inquietante. En mi propia casa se manifestaba un hallazgo arqueológico, pequeños trozos del altar del tzompantli en los muros de la estancia se revelaban frente a mí.

Una hilera con cuatro o cinco cráneos. Luego otra. Y yo ahí delante, sin testigos, desesperada por no poder compartir con alguien lo que mis ojos veían.

Desperté con ganas de salir corriendo a otro mundo, no sé cuál, no sé si existió alguno en el que mi país no fuera esta acumulación de muerte sobre muerte.

Lo más lejos que pude correr fue al bosque de Chapultepec a ver si, en ese sitio que es mi personal catedral de peregrina apesadumbrada, encontraba la calma.

Y sí.

Encontré la calma y algo más en este bosque que me gusta llamar mío porque no puedo evitar sentirme una misma con su tierra. Acompasar mi ansioso corazón trotando junto a sus árboles sabios de más de seiscientos años me pone delante el horizonte y me tranquiliza.

No hace falta abrazar un árbol porque están ya todos abrazándome, hay una inefable sensación de colectividad, aquí están todos los Méxicos de todos los tiempos en un mismo espacio que es tan vestigio arqueológico como vida efervescente.

Y, quién lo diría, este pedazo inmenso de México sigue vivo y precioso, soberano y espléndido.

Cuánto me gustaría que tiraran mis cenizas aquí, a los pies de uno de estos gigantes verdes que me han visto sudar todos mis horrores, mis amores, mis obsesiones y mis alegrías.

Antes de darme cuenta estoy trotando delante del Mictlán, o lo que se supone que es la Cueva de Cincalco, el paso de los vivos para llegar a la muerte, según nuestros antepasados mexicas. Es increíble que el Mictlán se hospede en este mismo bosque, pero es así, este país es cuna de lo inaudito enraizado con lo más cotidiano.

Ahí está el jardinero octogenario que se encarga de dar mantenimiento a la vegetación de la entrada de la cueva.

Llevamos al menos una década saludándonos, me conoce bien de mis carreras matutinas. Hace falta apenas un gesto, levantar la mano o incluso la cabeza, para reconocernos.

Hoy rompo el ritual de la distancia y me acerco a conversar con él, no es fácil porque no habla mucho y nunca para de moverse, no suelta la manguera jamás, va y viene a su paso de elefante viejo entre la llave del agua y las plantas exuberantes que riega delante

de la gruta. No para. Pero me deja acompañarlo mientras hablo con la mayor celeridad de la que soy capaz.

Le digo que hay unos árboles que están echando un hongo negro a dos horas de la ciudad. Gira su jorobado cuerpo y me mira.

Se lo repito. Entonces afirma discretamente con la cabeza y recupera su andar rengo. Yo lo sigo, suplicando que no se harte de mí y que no me pida que me vaya.

Vuelvo a aventurarme.

—Yo los vi a los pies de unos colorines.

Ahora sí se detiene. Me pregunta si hablo de los colorines de vaina roja, quiere constatar que conozco bien el árbol. Sí, digo con firmeza, y le muestro la foto que tomé afuera de la fiscalía.

—¿Y los animales están enfermos? —pregunta.

—El ganado se está intoxicando —respondo.

—Van a dejar de respirar —afirma lapidario—, la semilla del zompantle tiene ese veneno.

—¿Dijo tzompantli o zompantle? —necesito precisar.

—Zompantle, pero es lo mismo. Esas plantas se están defendiendo de algo.

Es lo último que dice y reanuda su caminar desnivelado a un ritmo que me indica claramente que la conversación terminó.

Mi cordura empieza a evaporarse. Las sincronías siempre me han puesto nerviosa y aunque reconozco que el inconsciente puede fácilmente conectar con aquello que le significa, no sé cómo interpretar mi sueño del tzompantli y la coincidencia con el nombre de la semilla del colorín, ahora sé que también así se le llamaba originalmente a la vaina roja: zompantle.

El vocablo es parecido porque las dos palabras remiten a la muerte.

Y, en efecto, es altamente tóxica, puede provocar parálisis muscular y respiratoria.

No comprendo cómo hemos crecido todos estos años junto al árbol sin saber que corríamos ese riesgo. ¿Y qué tendrá que ver la semilla del colorín con el hongo negro?

Lo único que quiero es seguir investigando, pero ya es hora de la videollamada con Julián. Así que pospongo mi obsesión y me preparo para hablar con él.

El fondo de pantalla de Julián es un tapiz de sopas maruchan, le señalo la gracia que me hace el tapiz y procede a relatarme, con notables dotes histriónicas, que él es hijo de esa sopa.

De su mamá y de la sopa maruchan porque su papá se fue y no volvió. Qué raro, viva México.

Crecieron él y su hermano al cuidado de una madre que trabajaba dos jornadas al día, así que en cuanto tuvieron la edad mínima, aprendieron a resolver solos el asunto de la comida, y básicamente se alimentaron de fideos instantáneos y zanahorias ralladas con chile y limón que comían cada día al regresar de la escuela.

Le digo que no me parece tan mal, el valor alimentario de su dieta infantil podría ser peor. Le cuento que yo también (eco infinito de este país) soy hija de un padre ausente y que mis hermanas y yo comíamos cacahuates, mandarinas y cucharadas de leche en polvo

hasta antes de entrar a un internado donde supimos lo que era tener tres comidas al día.

—Entonces eres carnalita —me dice.

Carnalita.

A partir de ese momento extendemos nuestra secuencia de cine trascendental: somos huérfanos de padre y por lo tanto somos hermanos, a través de la pantalla ocurre el milagro de que nuestros rostros empiecen a ser increíblemente parecidos, claro que sí.

Nos ponemos a contar anécdotas que compartimos como si hubiéramos crecido en la misma casa, al cuidado de la misma jefa todopoderosa que es la figura de la madre sola para los que son como nosotros.

Cuando llegamos al punto en que él me cuenta que trabajó limpiando baños siendo un adolescente para pagarse la carrera de Derecho, y yo le cuento que vendía muebles en abonos por las calles de la mano de mi hermano mayor, somos soldados hermanados en la misma trinchera de guerra: la pobreza potenciada por un padre desentendido.

Ahora mismo me siento la hermana grande de Julián y no hace nada pensaba que era otro funcionario de mierda, insensible y ventajoso. Qué torbellino va a ser mi relación con este muchacho.

Le pregunto por su esposa, me gustaría conocerla, responde que Mónica está de turno, es enfermera. Quieren cambiar los horarios para que a su cuerpo le baje el estrés y ella pueda embarazarse, pero todavía no lo consiguen.

—Quiero ser un padre de verdad, carnalita, no un chapucero. Quiero ver crecer a mis hijos.

Me conmueven sus palabras y, por sinsentido que parezca, me siento depositaria de esa promesa, como si Julián la hiciera en voz alta para no traicionar un código de honor.

Los dos sabemos, con sintonizada intuición, que estamos disfrutando la parte vital de la conversación porque lo que viene es oscuro y antes o después tendremos que arribar ahí.

Julián propone un mezcal por el hallazgo de que somos carnalitos, por suerte en mi casa puedo servir un caballito de tamaño estándar y tontear dando tragos mínimos, así que acepto

segura y confiada de que el alcohol no hará de esto una desastrosa ceremonia de borrachos.

Hablamos de *El palacio de los sueños*, Julián está deslumbrado, se lo leyó en dos sentadas. Vamos asimilando que hay un relato paralelo entre la novela de Kadaré y los expedientes de búsqueda con los sueños de esas mujeres que intentamos, más que descifrar, sacar a la luz y arrancar del abismo del ocultamiento donde se cataloga toda la brutalidad y la corrupción de las autoridades mexicanas.

Durante la conversación, mi miedo a estar metida en este tema va entrando en un vértice de disolución y le pregunto frontalmente a Julián por qué hace esto a escondidas, pasarme los expedientes. Si no teme perder su trabajo, o algo peor.

—¿Perder mi trabajo?, pero si nada me gustaría más. Es como Mark-Alem, el personaje de la novela de Kadaré —me dice—, aquí lo más podrido es ir ascendiendo en el organigrama, mientras más alto el cargo, más hasta el cuello estás de la peor mierda del sistema y de ti mismo.

Entonces me cuenta que el «licenciado» se va a postular para fiscal regional, se lo van a llevar a la grande ahora con las elecciones, lo de la postulación ya sabemos que es una farsa y que la cosa está decidida.

—Ese güey sí perdió el alma —afirma Julián—. Yo la mera verdad no imagino qué podría detenerlo de tirar a un basurero el cadáver de su propia madre.

Me sacude la afirmación y el miedo regresa.

Doy un sorbito a mi mezcal.

—¿Por qué dices eso? —me atrevo a preguntar y casi de inmediato quiero tragarme mis palabras.

—Mejor que no sepas, carnalita, pero ese cabrón coordinó y autorizó masacres que le van a doler a este país toda la vida.

—…

—Bueno, qué piensas de lo que leíste —pregunta en seco.

—Es difícil —respondo—, pero aquí hay evidencia.

Julián se pone serio.

—Ya sé que «evidencia» no es el término jurídico que se aceptaría para los sueños premonitorios, pero entonces qué, ni modo de negar que esto está pasando solo porque en los expedientes no pasan lista los sueños ni las intuiciones, ni el alma reventada de esas mujeres que buscan a sus hijos.

Julián me mira serio desde su pantalla y yo, seducida con la idea de explorar lo inexplicable, sigo con mi emocionada elaboración.

—Hay formas de conocimiento que no son reconocidas por la ciencia ni por la academia ni por las leyes pero que existen, pese a todo y contra todo.

»Existe una ciencia incipiente, la epigenética, que ha demostrado que hay una memoria molecular y una celular que son hereditarias… ¿Cómo no van a saber, intuir, doler, o lo que sea, estas mujeres lo que está pasando con el cuerpo de sus hijos si son sus propias células?

»Tal vez convocando a un equipo interdisciplinario que esté dispuesto a tomarse esto en serio: psicoanalistas, neurólogos, terapeutas alternativos y gente que trabaja con sueños lúcidos podrían convertir esto en un camino para hacer algo, no digo que ciencia forense, pero si los de la CIA se aventuraron con el proyecto Stargate para crear inteligencia a partir de visiones remotas y otras habilidades psíquicas, no sé…

Me veo interrumpida por la carcajada de Julián.

—Ay, carnalita, cómo se ve que lo tuyo es la imaginación.

Me quedo callada, luego me gana la risa también a mí. Sé que lo que dije es un disparate.

—Entonces para qué me preguntaste —reclamo airada cuando se nos pasa la risa.

—Pues para escucharte. Pero, carnalita, lo que yo quiero saber es si te diste cuenta de las fechas.

Claro, las fechas.

Hojeo la integración de los expedientes y veo que, en todos los casos, antes de que las mamás se presentaran con la relatoría de los sueños, en la fiscalía ya tenían indicios precisos de las zonas rojas, la dinámica local es un conocimiento obvio que se evita por infinitas

razones, pero las fosas clandestinas son, sin duda, del conocimiento de las autoridades.

—Ya —digo despacio—, que en la fiscalía saben, que siempre han sabido dónde buscar.

—Exacto —responde Julián.

—Entonces tú sabes dónde está Marcos.

Guardamos silencio un momento. Ahora entiendo por qué me dio los expedientes, él quiere que se hable de eso, denunciar eso. Lo de los sueños no es tema importante para él.

Por supuesto que comprendo, pero no dejo de sentir cierto desencanto, quizá vergüenza por el enganche mío con esa parte que nadie quiere tomarse en serio.

Cuando estoy por abrir la boca para decir alguna palabra al filo de la desesperanza, Julián me dice que se tiene que ir, promete hacerme llegar más expedientes, me pide que esté atenta al chat de Signal y yo me quedo preguntándome si, a estas alturas, cualquier medida para garantizar privacidad en nuestra comunicación sirve de algo.

Nos despedimos amables y rápidos, extrañamente cercanos.

Qué fortuna la existencia de Julián, no es ningún ignorante y le incomoda la conciencia.

Hay algo de verdad en su discurso, o eso me parece, tal vez solo me desborda la identificación de origen y esa declaración exagerada de que podemos ser hermanitos hipotéticos, pero qué le vamos a hacer, dejaríamos de ser mexicanos.

Con todo, me quedo en el desasosiego otra vez. ¿Estoy condenada a ser la única loca que valida sueños e intuiciones?

Me levanto a abrir mi balcón para ver si sale este aire espeso.

Siento la punzada del hambre, voy a bajar por una sopa maruchan que jamás consumo, pero ahora mismo quiero una porque yo qué sé, porque tengo ganas de ser menos yo y más otra persona, porque siento la fragilidad que ha empezado a filtrar mis estructuras habituales. La configuración del túnel interior que precede a los malditos ataques de pánico.

«Por lo común, las plantas y vegetales emplean armas de tipo químico y son capaces de producir sustancias especiales que hacen que la hoja sea poco apetitosa, indigerible o incluso venenosa[…]. Para no derrochar energía, la producción de estas sustancias "disuasorias" tiene lugar exclusivamente en el interior de la hoja atacada y las adyacentes, con la esperanza de que ese primer movimiento de disuasión sea suficiente para hacer desistir al atacante. ¿Para qué derrochar energías movilizando todos los recursos de la planta si se puede encontrar una solución local?

Todas las decisiones de los vegetales se basan en un cálculo del siguiente tipo: ¿cuál es la cantidad mínima, pero suficiente, de recursos que debe emplearse para resolver este problema? Y, efectivamente, el cálculo y la estrategia vinculada a este suelen tener éxito […]. Pero si el insecto siguiera alimentándose de las hojas aun a pesar de su mal sabor, o si llegara acompañado, la planta se vería obligada a emplear estrategias más eficaces: en algunos casos empezará a producir sustancias químicas "disuasorias" en todas las hojas, lo que —mediante señales químicas volátiles liberadas a la atmósfera— pondrá en alerta a las plantas circundantes para que hagan lo mismo».

Stefano Mancuso y Alessandra Viola, *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal*

Profesor de sollozo —he dicho a un árbol— Técnico en gritos, árbol consciente, fuerte,
CÉSAR VALLEJO

No hay luz ni aire ni cantos de ave que consuelen el alarido de los cuerpos cuando reciben la crueldad que les arrebata aquello que los hacía humanos.

No hay hojarascas que cubran años de palabras.

No hay ráfagas de viento que hagan viajar los rezos de esta madre que intenta omitir el pasado en que le arrancaron a su niño para sostener un ahora y darle con la voz cuerpo a ese hijo que ya se desintegra en algún suelo cercano.

Pero ahí está ella, junto a los árboles aliados.

Y ahí están esas raíces tiznadas, pardas, sucias del sucio que tiene ennegrecida toda la tierra en la que otras madres igual que ella han buscado.

Los hongos como bañados de hollín la rodean.

La mujer sabe que debe tener cuidado, olfatea el riesgo como animal herido, ensancha las narices como venado asustado. Pero se ha asomado ya a todos los peligros y está segura de que nada le hará daño después de todo lo que dentro de ella vive en pedazos.

Jamás la tierra ni los árboles le darán la espalda a una mujer que los ha honrado.

Y ahí está la cadencia de nuevo. El paisaje es un caleidoscopio de lenguaje reinventado.

Esta vez la melodía tiene verde, luz, negro y llanto.

Verde.

Luz.

Negro.

Llanto.

Frente a sus ojos sucede, los hongos se han cerrado, se han retraído como si le dieran el paso.

El ritual se repite entonces con un toque de gracia lúgubre, una mujer que ha perdido a uno de sus hijos se inclina con reverencia frente al tronco elegido.

Un hueco cavado para depositar palabras de amor, trazos sencillos que una vez más preguntan dónde estás, Marcos, dime a dónde te llevaron.

El error es no tomarse las intuiciones en serio. Lo sé, siempre lo he sabido.

Ignoro cómo voy a navegar esta ola que me arrastra para llegar a alguna orilla del entendimiento, pero sé que esto está relacionado, intuyo las piezas, los componentes, aunque no logro ver el todo que lo explica.

A caballo entre mi obsesión que suele encontrar lo que busca y guardar silencio para que llegue lo que tenga que llegar, paso horas en un estado maniaco. Sé que quizá debería retomar los ansiolíticos, pero no quiero, si me calmo no sé cómo escribir, vaya ironía.

Reviso los mensajes que mandó Ada sobre las zonas donde están apareciendo brotes de ganado muerto por micotoxinas. Ha proliferado y lo que al principio eran dos puntos locales ahora son cinco, leo y navego buscando datos hasta que me arden los ojos.

Necesito dejar de pensar para entender.

Pongo la búsqueda en imágenes, no quiero palabras.

Quiero mirar fotografías a ver si ocurre algo. Y veo a los pobres animales con un *rigor mortis* inclasificable, se me ocurre que esa es la imagen del espanto. Intento imaginar la sensación de esas ovejas que pastaban tranquilas, sin esperar la muerte (como sí la esperarían sus congéneres que viajan entre las rejas de un remolque rumbo al matadero), y al momento verse intoxicadas, repentinamente envenenadas y paralizadas a medio digerir aquellos pastos.

Veo también las fotografías de bosques verdísimos. Me impresiona la vitalidad de ese verde si no estamos en época de lluvias.

Y sigo sin entender.

Me levanto de la mesa y salgo de mi departamento rumbo a la terraza a la que ningún vecino sube más que yo.

Esa terraza es mi sustituto de bosque a esta hora que el acceso a Chapultepec está cerrado.

En la terraza cuya propiedad comparto con canadienses, gringos y españoles que solo están en la ciudad de cuando en cuando, me refugio a la vera de una jacaranda inmensa que con su altura rebasa la del edificio.

Aquí estoy, descalza, con el pelo en total desorden y poniendo el cuerpo al abrigo de mi jacaranda.

Es buena hora para regarla y voy hasta la llave del agua, desenrosco la manguera y me pongo a la labor pensando en mi jardinero octogenario.

«Esas plantas se están defendiendo de algo».

Recupero las imágenes de los predios con ese verdor desmesurado y me pregunto a qué se deberá mientras mi jacaranda se ve seca y casi despoblada.

Me acerco al tronco que se ha curvado sobre el techo del edificio y lo miro con calma.

Tiene en la corteza una formación de laberinto en óvalo como si fuera la puerta hacia algún mundo alterno, un acceso secreto, un portal en resguardo.

Aquí la oscuridad persistente empieza a disiparse de mi pecho. Y aquí empieza también, recordando a Borges, mi desesperación de escritora.

Describo como explica él, en palabras con un orden sucesivo porque solo son palabras. Pero las imágenes no llegan en secuencia, llegan simultáneas, como tormenta inesperada todas al mismo tiempo que los entendimientos. Creo que he comprendido algo. Mi momento Aleph, me digo.

Sonrío. No está tan mal estar sola si voy a vivir estos arrebatos a mis anchas.

Recuerdo también un pasaje de Rosa Montero sobre el ojo de la ballena, ese ojo inmenso y sobrecogedor que la miró mientras Rosa buceaba.

Imagino que algo así me pasa ahora, el óvalo que mi jacaranda tiene en la piel del tronco es un ojo, y me ha mirado.

El verde de esos bosques comparado con esta sequía es producto de algo. Esos árboles con hongos negros que ve Ada en sueños y el hongo que yo también he visto con mis propios ojos son producto de algo.

Nitrógeno.

Cuerpos en descomposición y nitrógeno.

Le doy las gracias en voz alta a mi jacaranda —bendita soledad que me permite hacer estas chifladuras a mi aire, afirmo— y bajo corriendo, a punto de romperme la crisma en las escaleras porque he olvidado que estoy descalza.

Comprender es tan hermoso y agotador a un tiempo que siento cómo me voy quedando sin energía, como si mi fuerza se exprimiera mientras van encajando las piezas.

Un cuerpo en descomposición enterrado libera nutrientes al suelo, sobre todo nitrógeno, que se relaciona directamente con la cantidad de clorofila concentrada en las hojas de los árboles y la vegetación en general. En concordancia, por eso los bosques reconocidos como zonas críticas donde se ubican fosas clandestinas están tan verdes.

Pero hay algo más.

La vegetación puede reaccionar de forma negativa tanto al exceso de nitrógeno como a otros componentes bióticos de los cadáveres que se desintegran en la tierra.

Leo todos los artículos científicos que encuentro sobre la química *post mortem* del cuerpo humano y encuentro que los cuerpos asesinados con violencia tienen procesos de descomposición distintos. Torturar un cuerpo antes de asesinarlo deja una huella química palpable.

Me interrumpo.

Es enloquecedor.

La brutalidad a la que se ha entregado este país lo está dinamitando todo.

¿Sobre qué cicatrices perturbadoras estamos caminando?

Más que palabras me hacen falta rezos. ¿Por qué nunca aprendí las oraciones de mi madre? Algo en mí necesita lo espiritual cuando dimensiono el bosque de sangre sobre el que respiramos.

Mi teléfono vibra, agradezco que me saque de esta ansia oscura. «Anuncian árbol ganador de consulta: plantarán ahuehuete en Reforma por voto de la mayoría».

Ay, Ada, tú lo sabías desde antes. Y ahora quién va a creernos.

Paso del desasosiego a la rabia. Acá hay un festival del pueblo manda; del pásele, presidente, y pásele, general; una pasarela de frivolidades; una kermés con un país en estado de emergencia. Y la lujuria del poder lubricándose en aplausos.

Me resigno a volver a donde estaba: los cuerpos violentados entran en autólisis con procesos fermentativos diferenciados, la necrosis celular se acelera liberando compuestos azufrados de tono verde oscuro que pueden llegar a parecer negros.

Sigo leyendo y comprendo que la formación de los hongos es, como dijo mi jardinero, una reacción de defensa, una señal a los árboles circundantes, un aviso de muerte. Y debe ser un saber antiquísimo, prehispánico, por eso los vocablos *tzompantli* y *zompantle* están relacionados.

Me inunda una tristeza infinita. No hemos aprendido nada.

Recuerdo un verso de Jorge Teillier: «¿Por qué te olvidaste que el bosque es tu amigo?».

Yo lo único que sé es que, si el bosque hablara, lo haría con alaridos de dolor. No solo lo estamos profanando, lo estamos envenenando con violencia.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Repiten el mensaje del canal de noticias con la definición de la consulta ciudadana para plantar el nuevo árbol. «… plantarán ahuehuete en Reforma».

Lanzo el teléfono al piso. Estoy harta.

Un chispazo me alarma: ¿y si parte del ganado que se intoxicó fue a parar de cualquier manera al rastro y van a comercializarlo?

¿Y quién nos asegura que no nos hemos estado alimentando de agricultura cultivada y ganadería alimentada sobre fosas clandestinas?

Nos estamos comiendo la violencia.

Nos estamos comiendo la violencia. Y aquí seguimos, votando.

Para variar, no pegué ojo en toda la noche, pero siento que por fin colonicé este espacio nuevo, creo que este departamento empieza a ser mío y a entender mis horarios. Sé que tengo que escribir un texto con todo esto, publicarlo en el periódico, pero es tanto… ¿por dónde empiezo?, ¿cómo explico mis conjeturas sin parecer una demente?, ¿de dónde saco expertos botánicos para hablarles de mis conclusiones y pedir su asesoría sin que se burlen de mí?, ¿cómo menciono a Ada y a sus compañeras sin exponerlas?

Con un café bien cargado para contrarrestar la palidez de mi cerebro insomne, desayuno frente al expediente de Marcos.

Ada está huérfana de hijo, ese terror que parece que solo puede tener casa en la palabra *locura*.

Me impresiona su fe onírica, su entrega sin cuestionamientos al lenguaje de los sueños. La naturalidad con la que lo acepta como algo que está ocurriendo y no como una adivinación del futuro con todas las dudas que cabría sostener.

Pero cómo podría ser diferente si para ella su hijo es real y la comunicación con él es tan verdadera como el aire que respira.

Me siento en falta con ella, porque Julián no me ha dicho nada de Marcos, cuando sale a la conversación me evade o hace comentarios inciertos. Y yo quiero servir de algo, pero me siento inútil, mi «ayuda» no es sólida, es apenas una baratija que consiste en buscar contacto con la fiscalía desde un lugar que esperamos abriría más puertas. Y sí, quizá Julián ya me está diciendo por dónde buscar, pero yo no he logrado ver el camino.

Entro al portal de la fiscalía, miro el organigrama, intento relacionar variables, personajes.

Vuelvo a entrar al Registro Nacional de Personas Desaparecidas. Lecturas y lecturas: cien mil desaparecidos, 120 mil desaparecidos podrían ser solo la punta del iceberg si únicamente dos de cada ocho familias denuncian la desaparición.

Imagino a cien mil madres, a 120 mil madres en una exhumación masiva buscando a sus hijos. A un millón de familias buscando.

Pienso repentinamente en *El general del ejército muerto*, también de Kadaré.

Tengo que mandárselo a Julián. Pocas cosas en la vida disfruto tanto como contagiar la pasión por un libro. Ese general que, veinte años después, salió a recuperar la osamenta de los soldados italianos cuando entraron en guerra con Albania y se sintió orgulloso con su encomienda, troyano y homérico, honorable porque iba a arrebatarles a las montañas los restos de sus compatriotas.

Pero en esta guerra ni siquiera hay códigos heroicos, no hay honores por resistir al ejército invasor, lo que aquí ocurre es una masacre vergonzosa y delirante. No me cabe en la cabeza que los gobiernos de México, administración tras administración, sexenio tras sexenio, masacre tras masacre, pueblo perdido tras pueblo perdido, insistan en que no estamos en algo parecido a una guerra civil.

Qué clase de necropolítica es esta.

El Estado mexicano se limita a administrar la violencia, relativizar los números, inventar comisiones con frases sexenales, pagar «ayudas» miserables.

Necesito salir de la ira y encontrar un camino para decir algo valioso con este relato, aunque no sé cómo. Prometí a Ada contar esta historia y Julián también espera que lo haga, así que no puedo distraerme, aunque la verdad es que a veces vuelvo a pensar en renunciar a la encomienda.

Reviso el expediente de Ada, veo las fechas y cómo se fue integrando desde el día del reporte de la desaparición. Marcos había salido con dos amigos a buscar un equipo de sonido para una fiesta que preparaban los vecinos, nunca más volvieron y esa noche se volvió la noche incesante para sus familias.

Por más que leo con buena voluntad para ver si detecto alguna pieza clave, una pista, lo único que logro es constatar los avances nulos en años, aquí y allá los sellos de «No localizado». Llego a la última página con el sueño de Ada ahora incorporado al expediente:

«Mi hijo me dijo que estaba enterrado en el árbol infectado por el hongo…».

Leo y mastico esa declaración, la pronuncio en voz alta.

Ada sabe que su hijo pasó a otro plano, por eso lo busca enterrado en un árbol y no hace búsquedas en vida. Y, sin embargo, hasta ahora nunca hemos dicho esa palabra, la asumimos tácita igual que decimos los malos, o los mañosos, para no nombrar cárteles ni funcionarios.

Marcos se dedicaba a rentar equipos de sonido, equipos de karaoke, a amenizar cantando en fiestas infantiles, reuniones familiares, bautizos, bodas.

No me hace falta elaborar por qué Ada necesita recuperar los restos de su hijo. Lo entiendo.

También entiendo que estamos cosechando la violencia que este país lleva décadas sembrando sobre los jóvenes, entiendo los contextos, la asfixia generacional, las comunidades secuestradas por el narco, la impunidad, la corrupción sistémica y partidista. Lo que no entiendo es cómo permitimos que llegara hasta acá.

Cómo seguimos sumando miles de números y cómo este país se habituó al conteo.

Cómo están llegando los suelos de los bosques a poner un alto antes que nosotros.

Pienso en Deméter, que condenó al mundo a un invierno reseco mientras su hija Perséfone permanecía secuestrada en el inframundo, y la tregua de luz y primavera cuando podía desenterrarla y traerla de vuelta junto a ella.

La humanidad ha sido siempre el relato de la misma historia.

La vida contra la muerte. La vida buscando aliados.

Y aquí el sistema se asoció con lo funesto, con la brutalidad, no solo pactó con la muerte, sino con el permiso para matar.

Mi teléfono vibra: «Ada llamando...».

Lo levanto de inmediato:

—Ada, ¿cómo estás?

—Pues aquí, ya sabes… Quería contarte, tuve otros sueños con pistas de dónde podría estar Marcos.

—¡Qué bueno! —me siento inapropiada, ¿está bien manifestar entusiasmo en estos casos?—. ¿Qué hacemos, necesitas algo?

—Estaría bueno que vinieras.

—Claro que sí.

—Pero pasó otra cosa.

Siento un agujero en el estómago, un aire frío me acaricia la cara.

—¿Qué pasó?

—Mataron a Julián.

Georgina Ivonne Ramírez Mora
Fui desaparecida en el Estado de México y asesinada en Hidalgo el 31 de mayo del 2011 cuando tenía veintidós años. Mi familia me buscó durante dos años hasta que me encontró. Fui una hija muy deseada, mis papás esperaron con mucha ilusión hasta que llegué a sus vidas. De niña fui muy traviesa, una adolescente con muchas locuras... Conocí el amor y tuve la dicha de dar a luz a mis dos lindas hijitas, tenía tantos sueños.

Gustavo Trujillo Herrera
Me desaparecieron en Poza Rica, Veracruz, el 22 de septiembre de 2010 a la edad de veintisiete años. Cuando me desaparecieron estaba con mi hermano y mis primos, íbamos a trabajar cuando policías del estado de Veracruz nos detuvieron para revisión, ellos mismos nos entregaron a la delincuencia organizada. Sé que mi esposa, mis hermanos y mi mamá María Herrera me buscarán hasta encontrarme.

Luis Armando Trujillo Herrera
Me desaparecieron en Poza Rica, Veracruz, el 22 de septiembre de 2010 a la edad de veinticinco años. Cuando me desaparecieron estaba con mi hermano y mis primos, íbamos a

trabajar cuando policías del estado de Veracruz nos detuvieron para revisión, ellos mismos nos entregaron a la delincuencia organizada. Sé que mi esposa, mis hermanos y mi mamá María Herrera me buscarán hasta encontrarme.

SALVADOR TRUJILLO HERRERA

Me desaparecieron en Atoyac de Álvarez, Guerrero, el 28 de agosto de 2008, a la edad de veinticuatro años. Mi alegría ha sido estar con mi esposa y mi hijo. Cuando me desaparecieron mi hija aún estaba en el vientre de su madre, no nos hemos visto pero sé que me espera con amor. Mi hermano, mis compañeros y yo veníamos de trabajar en Oaxaca, cruzamos Guerrero para llegar a Michoacán y un grupo delictivo que peleaba en la zona de Guerrero nos desapareció. Sé que mi esposa, mis hermanos y mi mamá María Herrera me buscarán hasta encontrarme.

RAÚL TRUJILLO HERRERA

Soy inteligente, alegre, obediente, me encanta el futbol y regresé de EE. UU. para ver a mi abuela. De niño fui monaguillo en la iglesia de mi pueblo, el cura Adán Olloqui me cuidó como si fuera mi padre. Mi hermano Jesús Salvador, mis compañeros Joel, Flavio, José Luis, Luis Carlos y Rafael, veníamos de trabajar de Oaxaca, cruzamos Guerrero para llegar a nuestra casa en Michoacán, cuando un grupo delictivo que peleaba en la zona nos desapareció. A mi regreso voy a cuidar a mi mami, Mari Herrera, para que nada le falte, soy el báculo de su vejez. Ella no ha parado de buscarme, y el peso de la pena y el dolor es mucho porque ahora mi mamá busca a cuatro de sus hijos, dos desaparecimos en 2008 en Guerrero y otros dos en 2010 en Veracruz. Miles de madres y padres buscan a sus hijos, somos

miles de personas desaparecidas, se deben unir todos para buscarnos y encontrarnos. ¡Ayúdanos a regresar a casa!

LUCÍA JOSELÍN ROBLES SÁNCHEZ

Estoy desaparecida desde el 5 de febrero de 2013 en Ecatepec, Estado de México. Tengo diecisiete años. Tengo muchos sueños, uno de ellos es estudiar medicina forense en la UNAM. Tú que estás leyendo mis palabras y escuchando mi voz, puedes ayudar exigiendo al gobierno que investigue hasta llegar a la verdad, hacer justicia y prevenir para que no te pase a ti.

¿Tú crees que los árboles nos hablan?

Insomne y deshidratada, como siempre, entro trotando al bosque.

Me sabe a metal el paladar cuando me acerco a otro jardinero y pregunto por mi amigo. Me informa que no ha venido a trabajar, está enfermo.

Necesito hablar con él porque quiero hallar sentido, quiero que me enseñe a leer a los árboles, a entender el mensaje.

Lo de Julián me arroja a una desesperación por encajar las piezas ya mismo, una prisa insensata que, bien sé, no me va a llevar a nada. Pero no puedo tranquilizarme, me consume la prisa, tal vez es mi miedo aburguesado el que desde el privilegio me pide sacar conclusiones y echar cuentas.

¿Cuánto tiempo falta para que mi alcaldía sea una fosa clandestina?, ¿cuánto tiempo para que algunos de los motociclistas que circulan en bandada sobre la Ciudad de México revelen su oficio de sicarios?, ¿cuánto para que la mitad de mis vecinos anden armados?

Sé que debo moderarme y ponderar las exageraciones, pero hace siete años hablábamos de treinta mil desaparecidos y hoy son más de cien mil, hace menos de veinte años se podía circular con relativa confianza por las carreteras de este país y hoy ubicamos como zonas rojas más de quince estados de la república, los tres o cuatro cárteles que había se convirtieron en quince o más con presencia y operaciones en absolutamente todo México. Hay personas desaparecidas en el setenta y cinco por ciento del territorio mexicano. A este ritmo, ¿cuánto tiempo falta para que la crisis de desaparecidos deje de ser considerada marginal y se instale en el centro de la existencia de todos nosotros?

Es horrible decirlo, pero de pronto me alegro por los hijos que no nacieron de mi vientre para ver esto.

Me digo que quiero ir a ver a Ada para estar con ella y documentar lo que sea que pase, para escribir lo que sea capaz de escribir, pero a quién engaño, quiero estar con Ada para que me dé un abrazo.

Soy yo la que está buscando contención. Julián era apenas un conocido, pero ya era mi pariente hipotético, quiero abrazar a alguien por este duelo de mi hermanito de sopas maruchan, de carga calórica sin calidad nutricia, mi hermanito de fanear a Kadaré, de recordar que en la más atroz de las distopías siempre quedará la humanidad en el corazón de muchos, aunque tengan que esconderla entre silencios, teléfonos alternativos y chats temporales.

No puedo escribirle a nadie de mi círculo para contarle esto, mejor que no se enteren.

Además, llevo rato en mi etapa de aislamiento para no entrar en infinitas conversaciones sobre mi separación y prefiero no romper el silencio. Luego la gente se preocupa demasiado.

Y mejor no tener que explicar que estoy rota de tristeza por un «desconocido» con el que tenía trato hace apenas semanas.

Así que nadie más lo sabe, solo Ada y yo. Y necesito ese abrazo.

También lo necesito porque estoy asustada de verdad. He tocado un límite del peligro.

Estoy en un viaje mental extraño, el miedo es psicotrópico. Me parece que el bosque me reconoce, que los árboles se han acercado un poco para recordarme que no estoy sola.

Que mientras pueda ir a ellos y levantar la cabeza para mirarlos no conoceré por completo el vacío vertical que ya había dejado mi renuncia a cualquier idea de dios. Los árboles son Dios, tenía razón Fernando Pessoa.

Salgo del bosque de Chapultepec por la puerta de los leones herida de lo inexplicable.

Y miro al suelo, una estampida de zapatos de colores que avanzan y se detienen, escucho un zumbido de voces en idiomas que no son el mío mientras un papel grasiento cae sobre la explanada gris, basura arrojada a la puerta del bosque sin reparo.

Me agacho para levantar el papel y entonces los veo por primera vez.

Mi propia conciencia se vuelve sombría, aquí anduve yo también, incontables veces, devorada por la indiferencia.

Cómo es que no los había visto antes, no lo sé. Pero ahí, uno a uno, leo más de treinta nombres de personas desaparecidas durante los últimos años en este país. Son placas metálicas con nombres, fechas, breves relatos de esas vidas que estrujan el corazón.

Los leo con calma, veo que varios colectivos, Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, Red de Madres Buscando a Sus Hijos, Eslabones por la Paz y Comité de Familiares de Víctimas de Desaparición «Los Otros Desaparecidos», se han encargado de hacer de este espacio un pequeño memorial para su gente.

> GEORGINA IVONNE RAMÍREZ MORA
> Fui desaparecida en el Estado de México y asesinada en Hidalgo el 31 de mayo del 2011 cuando tenía veintidós años…

Con cada nombre y cada historia me abandono a la emoción y lloro en cuclillas mientras los transeúntes pasan junto a mí sin notarme. Cuando alguien se detiene, tengo la esperanza de que haya visto las placas y se interese en leerlas, pero no, ninguno se entera. No ven.

No me ven a mí. No ven los nombres.

Cuando detienen su marcha es porque están tecleando algo en su teléfono, tomando *selfies* o preguntando —la mitad lo hace en inglés y la otra en español— cómo llegar a algún sitio atractivo del bosque.

Siento que los odio. Nos odio.

Así que esto era el grado más alto de la civilización. Poder viajar a cualquier lugar del mundo solo para comunicarlo al universo digital. Visitar cualquier ciudad del mundo para no mirarla. Para clavar un pin, una banderita pixelada de conquista que indique que

estuvimos ahí, transmitir un video de espaldas a aquello que se supone nos movió a viajar.

Si la memoria es una capacidad psíquica, una habilidad mental, ¿cuánto se ha alterado —igual que el resto de nuestras posibilidades cognitivas— a partir de la relación inseparable con los dispositivos electrónicos y la demasiada información en la nube?

Quiero fotografiar las placas con los nombres de personas desaparecidas, pero empiezan a llegar los entusiastas del patinaje urbano con sus tablas de *skate* que van a rodar sobre esas placas y básicamente me echan del espacio.

Me resguardo a la sombra de un león negro falso, ¿será de concreto?, uno de los dos que flanquean la entrada del bosque y que con su rugido mudo mira al horizonte también mudo y, además, ciego.

No me abandona el malestar, me parece todo tan superficial, tan entregado al imperio de la rapidez y la indiferencia: los turistas van y vienen con su desparpajo, los vendedores de frutas, elotes y artesanías cobran hasta cuatro veces el valor real de sus productos trajinados de acá para allá y decolorados por el sol.

Extiendo mi mirada y diviso el Ángel de la Independencia. Hasta hace semanas, justo detrás del monumento (que en realidad es una victoria alada), podía verse la icónica palmera que me trajo hasta este punto del relato y que hoy no existe.

El lugar donde estaba la palmera también se ha ido poblando de fichas de búsqueda de personas desaparecidas que colocan espontáneamente los colectivos de familias buscadoras en duelo suspendido.

Quién me iba a decir que ahora yo misma me sentiría en duelo por Julián. Tengo terror de averiguar quién y por qué lo mató, pero sabiendo lo que sabía, es difícil no especular que su asesinato está relacionado con eso. Sé que Mónica recibió un cuerpo, sé que no será un rostro más con la leyenda de «Desaparecido» en las inmediaciones del Paseo de la Reforma. Al menos eso.

Imagino cómo sería el paisaje de México si existiera un memorial en cada poblado, en cada municipio, en cada alcaldía, en cada carretera, en cada paraje en que ha habido desapariciones. Pocos

kilómetros podríamos andar antes de toparnos una y otra vez con los nombres de los desaparecidos frente a nosotros. Y si sumáramos a las mujeres que han sido víctimas de feminicidio y si sumáramos a quienes han sido víctimas de asesinato no alcanzarían las plazas públicas.

En Medellín los colombianos crearon el Parque Inflexión como una constancia de memoria para las víctimas de las masacres cometidas por el cártel de Pablo Escobar, demolieron el edificio Mónaco que alguna vez fue propiedad del narcotraficante y levantaron una escultura con más de 46 mil diminutos orificios que representan a cada una de las víctimas de los atentados con bombas que dinamitaron tantas vidas.

Estuve ahí no hace mucho, caminé desde donde me hospedaba al Parque Inflexión en una zona residencial y me senté frente a la escultura que serpentea con sus setenta metros de un extremo al otro.

Una mujer llegó minutos después y se sentó a unos metros de mí, se quitó el sombrero que la protegía del sol y lloró en silencio mientras un grupo de extranjeros guiados por un local recibía una explicación de la carga simbólica del memorial. «*This is not like the TV show… this is for the victims»,* alcancé a escuchar y atisbé algo de respeto en los rostros de los extranjeros porque bajaron el tono de esa voz con la que suelen hablar a gritos. El guía siguió narrando sobre los atentados entre los años ochenta y noventa que tantas vidas cobraron en Colombia.

Pensé que el grupo vería a la mujer, pero no la registraron.

¿Cuánto tiempo tiene que transcurrir para que una sociedad confiera el peso de la memoria ante una masacre?, ¿es el pasado digno de un memorial luego de treinta años?, ¿y las víctimas de hace diez, doce, las de hace cinco años, qué son sin tener siquiera un cuerpo que proporcione certeza sobre cuál fue su destino?

El grupo turístico abandonó el parque.

Yo me quedé pensando en los 46 mil orificios en representación de cada una de las víctimas del cártel de Medellín y me sentí tan desolada que me costó respirar el aire caliente de ese valle,

¿cuántos parques como aquel necesitaría México para construir un memorial para sus víctimas? Me dio pudor hacer necroestadística pero fue inevitable.

Un impulso me hizo acercarme a la mujer que lloraba, me senté a su lado, me quité el sombrero yo también y, con la taquicardia de quien se atreve a algo que nunca ha hecho, puse mi mano sobre la suya, para mi sorpresa, no la quitó; le ofrecí un pañuelo. Me miró con una expresión que no voy a olvidar nunca, los ojos sorprendidos al descubrir que no eres invisible, que alguien te ve.

Permanecí junto a ella un par de minutos.

Yo te veo.

Junto al león petrificado de Chapultepec suena potente la música de una bocina inalámbrica, los *skaters* ruedan a ritmo de *house* sobre los nombres de los desaparecidos sin mirarlos.

No sé qué sentir, vislumbro apenas una formulación: larga vida al contraste atronador en el que se sostiene México. Porque aquí solo se sobrevive a tantos duelos con muchísima fiesta.

Vibra mi teléfono, es Ada.

—¿Vas a venir al funeral de Julián?

Pocas cosas he aprendido en la vida, pero una es guardar silencio ante el dolor de otros, cerrar la boca. Eso hago cuando estoy frente a Mónica que me permite abrazarla y permanecer así un momento que, aunque no nos conocemos, se siente cercano. Me sorprende lo bajita que es para que yo, que apenas llego al metro sesenta, tenga que inclinarme al abrazarla.

De todo lo que puede resultar increíble en este país ya nada lo resulta, aquí lo inverosímil es verosímil sin remedio.

Así que no me extraña que en cuestión de horas le hayan entregado el cuerpo de Julián determinando la causa de muerte por asalto a mano armada. Mónica lo agradeció, ella sabe que no fue así, que a Julián nadie quería robarle nada, que querían silenciarlo, que lo que sucedió es otra cosa; pero ella no tiene ese fuego para pelear, me dirá más adelante, ella solo quiere paz y enterrar el cuerpo de su marido.

Luego de un rato Ada se acerca y se sienta junto a mí, me ofrece un vaso de café. Con el primer trago me doy cuenta de que no es café, Ada me enseña discreta una lata de cocacola y una botellita de tequila en el interior de su bolsa.

Me duele brindar por Julián así, cuando hace nada sonreía frente a mí con su caballito de mezcal en el Mustang.

Me siento incómoda para dar muestras de emocionalidad, si yo ni lo conocía, miro torpemente la pantalla de mi teléfono para distraer las ganas de llorar que me contagian los miembros de su familia. Entonces Ada pone su mano sobre la mía.

Nos quedamos quietas hasta que el alarido de Mónica nos eriza la piel, ha llegado la que supongo es su madre y con ella Mónica se derrumba.

Me levanto de la silla y salgo, hay una falta de pudor en atestiguar esto siendo apenas una conocida entre la gente de Julián.

Espero afuera hasta que aparece Ada.

—¿Tienes hambre?

Y sí que estoy hambrienta, apenas he comido desde la mañana.

Ada me da las indicaciones para llegar a su casa, en el camino me advierte:

—Yo vivo muy humilde, y además hay un tiradero porque está lo del negocio.

Es verdad y no, la casa sí es humilde, pero de tiradero nada, todo está organizado e impecable.

Sobre un tablón de madera que hace de mesa veo topers alineados por colores con la materia prima de su negocio. Ada vende tacos de guisos variados que transporta en unas cazuelas liadas con servilletas, organizadas por tamaño de grande a pequeña y que coloca una sobre la otra para poderlas cargar en la cabeza o la espalda. Veo una foto donde camina de espaldas con su cargamento y me parece una virgen, Virgen de las Cazuelas, le digo.

Y le causa tanta gracia que se ríe hasta que tiene que limpiarse las lágrimas.

—¿La que está en la foto contigo es tu hija?

—Sí, Maricela, acabo de pasar unos días con ella, pero ya no vive aquí, mejor.

—Me habías contado, sí.

—¿Tú no tienes hijos?

—No, no quise tener hijos.

—¿Ni marido?

—Ni marido.

—Con razón te ves tan livianita.

—No te creas, tengo un carácter del carajo, soy muy neurótica. Y, bueno, me acabo de separar.

—¿Estabas casada?

—No, pero vivimos juntos diez años.

—Es duro estar sola, pero a veces es mejor… ¿Te gusta el chicharrón en salsa verde?

—Es mi mero mole.

—Pues le vas a rezar a esta virgen del chicharrón.

Volvemos a reír, me siento como si estuviera ebria de no sé qué, de estar con ella compartiendo el duelo, supongo. Con cada

parpadeo veo la cara de Julián ya rígida en ese cajón rodeado de flores, qué consuelo estar con Ada ahora mismo.

Empezamos a comer con ganas, pero ella abandona pronto el plato. Me cuenta que hace tiempo no comía acompañada en su casa, que no le gusta estar ahí y por eso se la pasa en la calle, por allá come cuando el cuerpo se lo pide y regresa a lavar todo y a cocinar para el día siguiente hasta que el agotamiento la tira en la cama y duerme con las manos punzando de tanto picar, cortar, mover cucharas en las ollas al fuego:

—Me voy a dormir siempre con la columna rechinando de cansancio —remata.

Observo las huellas del trabajo en su cuerpo, sus manos diligentes y desgastadas, nudosas, enrojecidas, llenas de manchas. Bajo la nuca una protuberancia, esa joroba que algunos llaman «de búfalo» debe indicar una lesión cervical crónica. Y las pantorrillas llenas de várices que alcanzo a distinguir bajo la falda.

En una mesita pequeña junto a la estufa acumula cajas y cajas de medicamentos.

—Ya de por sí me dolía todo, pero desde que Marcos no está, todo me duele más, hasta los dientes, así que tú perdonarás si me ves que como como abuelita.

—¿Cuántos años tienes, Ada?

—Cuántos me echas…

Dudo en responder porque no quiero ofenderla, se ve tan desgastada que podría tener doscientos.

—Tengo sesenta.

—Y cómo te sientes.

—Del cuerpo bien… Bueno, desde que se llevaron a Marcos he bajado diez kilos, ¿tú crees?

—Me doy cuenta, en las fotos de antes estás más llenita.

—Cuál llenita, estaba gorda pero ahora por más que coma no subo ni un gramo.

—Tampoco te veo que comas mucho.

—Se me olvida, eso es lo que me apura, la verdad. Últimamente se me olvida todo, pero cosas así que no entiendo cómo pude olvidarlas.

—Cómo qué.

—No sé, cosas de la casa… Ven, quiero enseñarte algo.

La sigo a la recámara, que está igualmente impecable, pero como no tiene clóset, acumula la ropa en unos cestos de mimbre que estorban el paso.

Trepa para pasar del otro lado de la cama y de abajo del colchón saca un atadito de papeles que me extiende, pero antes separa una hoja que resguarda ella.

Nos sentamos a la mesa y me acerca una botella bien fría de caribe cooler, vino con refresco de durazno, ella bebe la suya con calma. Empiezo a entender cuál es el verdadero ansiolítico de Ada, no la juzgo, cómo podría.

—Este es mi vicio, pero nunca me tomo más de dos, a veces tres.

Pone frente a mí un álbum de fotos de Marcos, desde muy pequeño aparece cantando y tocando la guitarra. En una sostiene un diploma de ganador de un concurso, Ada editorializa la fotografía para mí en voz baja, como quien quiere tranquilizar a un bebé:

—Aquí ganó esa estufa con la que sigo cocinando, ¿tú crees? Yo le decía mi jilguerito, su abuelo le enseñó desde chiquillo la canción esa de Ramón Ayala, «nada me importa lo que me digan, si yo te quiero, si yo te adoro, por eso grito a todo el mundo que tú eres mi tesoro…». A la gente le hacía gracia que la cantara tan chamaquito porque le ponía mucho sentimiento como si de veras entendiera de amores… Siempre le gustó cantar, ya de grande lo contrataban para las fiestas con el karaoke, brillaba mi niño. Y ahora él es mi tesoro, como dice la canción, eso ando buscando yo, un tesoro.

Y ella también brilla.

Se entrega al relato con una gracia y un amor que me hacen arrepentirme de aquello que pensé días atrás, ya no sé si me alegro de no tener hijos del todo, sí sé que nunca amaré a un ser humano como me doy cuenta de que esta mujer ama a Marcos; por otro lado, es verdad que tampoco conoceré dolor semejante. Caigo en cuenta de que no tengo herramientas para navegar este mar, no tengo palabras para este lenguaje.

—¿Me regalas agua?

Ada me sirve un vaso que bebo de un tirón.

—Mira, yo sé que mi hijo está muerto. Ya peregriné por hospitales, cárceles y volví al SEMEFO tantas veces que perdí la cuenta, dejé de ir al forense porque me enfermé de ver cuerpos amontonados peor que reses en el rastro, ese calvario no se lo deseo a nadie. Mi hijo está muerto, simplemente lo sé. Y también sé que su pecado fue cantar bonito y que por eso se lo llevaron esos desgraciados, para que cantara en una de sus fiestas, a él y a un muchacho guatemalteco se los llevó un dizque amigo suyo, el Mili, un chavo que nunca me dio buena espina, había estado en el Ejército y decía que ya se había dado de baja pero siempre andaba bien forrado de billete, ¿de dónde lo sacaba si era desempleado?, ese Mili se lo llevaba a buenos jales, según él, puros fiestones de aquellos, pero a Marcos no le gustaban y muchas veces le inventaba que tenía una chamba en otro lado… Algo debió pasar en una de esas fiestas y por eso lo mataron. Tú vas a pensar que soy muy dura o muy mala por decirlo así pero no, soy una madre y tengo que hacer mi trabajo, el trabajo no se hace bien con mentiras. Y no me puedo ir de esta bendita tierra sin encontrarlo.

—Entiendo.

—Necesito que me ayudes a buscarlo.

—Pero ¿cómo podemos buscar así nada más tú y yo, Ada…?, ¿en el colectivo has pedido apoyo?

—Ayúdame a encontrar el árbol, nomás con eso, son pastizales y bosques que tardo mucho en recorrer yo sola. Con el colectivo toca esperar a las búsquedas programadas y yo no tengo tiempo para eso. No ando muy bien.

—¿Qué tienes?

—Mejor ahorita ni hablar de eso, ¿me ayudas?

—Ada, yo tengo el expediente de Marcos… Julián me dio una copia.

—Pero ahí no dice nada.

—Pues no dice mucho, pero yo estoy segura de que en la fiscalía deben tener más información que Julián ya no alcanzó a darnos.

—Esos culeros no nos van a ayudar nunca, de ahí no vamos a sacar una chingada, siempre se la están sacando con que ya nos

tomaron las muestras biológicas para su banco forense pero luego no hacen nada, es nomás para taparnos la boca.

—Y cómo quieres que hagamos para encontrar tu árbol.

—Marcos me dijo otra cosa, en sueños.

—Cuéntame.

—El hongo que contaminó los pastizales y las raíces se va a extender a los troncos, son brotes negros y grandotes, le llaman negrilla, tenemos que buscar árboles que tengan esa cosa.

—Yo nunca he visto un árbol así.

—Yo tampoco, nomás en el sueño.

Guardo silencio, la miro fijo. La sangre me rebota en las sienes.

No sé si decirle lo que yo vi, lo que soñé, lo que me dijo el jardinero. Zompantle. ¿Sirve de algo? ¿Levantaré una expectativa para luego romperle el corazón si no encontramos nada? ¿Nos volveremos de plano locas sin remedio invocando sueños y símbolos?

—Ya te me pusiste pálida, a ver, deja eso.

Me quita el caribe cooler y me acerca un platito con chongos zamoranos.

—Ay, amo este postre, mi mamá lo hacía cuando la leche se echaba a perder para no desperdiciarla.

—Señora sabia tu mamá.

—Sabia y con hambre, en esa dieta no se desperdicia nada.

—Tienes razón. ¿Qué, pues?, ¿me ayudas?

—No sé cuántos días puedo quedarme aquí…

—¿Te da miedo acompañarme?

(Di que sí te da miedo, que prefieres ayudar desde afuera, lo que tú puedes hacer es escribir y no te vas a hacer la heroica ofreciendo más que eso. Di que sí te da miedo).

—No me da miedo, yo te acompaño…

—Bueno, pues mañana quiero ir a dejar esto.

Ada me muestra la hojita doblada que reservó hace un momento, la sacude en su mano y yo intento agarrarla, pero ella la retira de inmediato.

—Perdón, pensé que podía.

—Es una carta para Marcos, mañana se la vamos a llevar.

—¿A dónde?

—Al árbol pues, te estoy diciendo.

—Ah, no había entendido.

—Le estoy dejando recados en los árboles hasta dar con el que toca.

—Ok.

Intento poner cara de póquer ante la revelación, que no crea que me parece extraño que le está dejando cartas en los árboles a su hijo muerto, pero mi racionalidad me traiciona (queda poca, aunque persistente) y se trasluce mi cara de desconcierto.

—¿Están buenos los chongos?, come más, te ves pálida de veras.

—Buenísimos, muy dulces y frescos.

—¿Dónde te estás hospedando?

—En un hotel de esos de cadena, sobre la carretera.

—Muy bien, de todos modos, ya vete para que no se haga más noche.

—Ada, ¿cómo es el árbol que buscamos?

—Pues el hongo está en el tronco, ¿cómo te diré?, los hongos son como unos salchichones negros, como si le hubieran explotado al tronco encima unas bolas negras y brillantes.

—¿Eso es la negrilla?

—Sí.

Hago una búsqueda rápida de imágenes en mi teléfono y le muestro un par de fotografías a Ada.

—Ándale, así, pero más grandotes.

—Ay, se ven muy feos.

—Ya sé, ni me digas.

Este hotel es tan apacible que me inquieta. Las pocas personas con las que me cruzo tienen pinta de ejecutivos exhaustos y apenas susurran «buenas noches» para responder a mi saludo.

Todo tiene la fealdad estándar de los hoteles de cadena, y desde el piso séptimo donde está mi habitación me veo rodeada de la nada.

Estamos a orillas de la carretera y alrededor se extienden predios vacíos, como si fueran a construir un centro comercial o un gran estacionamiento, tal vez un hotel gemelo a este, pero no sé qué sentido tendría si aquí está semivacío, fantasmal.

No escucho ni perros que ladren ni murmullos bisbiseantes como en los cuentos de Rulfo, solo la dureza de las llantas de los tráileres circulando por la carretera, un incesante rugido desolador.

Qué podrá conmocionar a este país, me pregunto, donde la violencia es un ruido conocido que recorre los caminos a alta velocidad, ¿qué será lo que llevan esos contenedores con permiso de circulación?, ¿mercancía legal, drogas empacadas meticulosamente, cuerpos apilados sin identificar que no caben en los refrigeradores del sistema forense?

Me sobresalta de tal modo el llamado a la puerta de mi habitación que me siento tontísima cuando una voz femenina anuncia que es la cena que ordené.

Apenas cerrar la puerta, escucho golpear en la ventana unas violentas gotas de lluvia repentina. Una tromba atípica y furiosa.

Reviso los mensajes en mi teléfono mientras mastico un sándwich de pollo desabrido que rápido abandono y me alegro de haber comido antes el chicharrón de Ada. Prefiero darme un baño tibio a seguir alimentándome con esa calamidad.

¿Qué voy a hacer con Ada?: ¿contarle lo que dijo el jardinero, hablarle de mis propios sueños? ¿O cerrar la boca y limitarme a

acompañarla en lo que ella me pida a pesar del peligro que entraña lo que pasó con Julián?

Siento una agitación al recordar mis mensajes con él, sin pensar demasiado hago impresión de pantalla de nuestras conversaciones y luego borro el chat y elimino mi cuenta de Signal.

Qué torpeza la mía, como si fuera a servir de algo esta tontería de eliminar mi cuenta. Como si hubiera refugio posible en este imperio de violencia.

Me entra un remordimiento insoportable, yo aquí en mi habitación familiar de hotel de cadena y Julián muerto.

Me revuelvo en las dudas y percibo en mi cuerpo un temblor bajo la ducha que me asusta, por fin me rindo al llanto sin pudor, hecha un ovillo bajo el agua tibia. Lo siento tanto, carnalito.

No quiero perder la cordura, entrar en un periodo agudo de ataques de pánico ahora que me necesito lúcida. Respiro hondo, envuelvo mi cuerpo en la toalla y me quedo un rato contemplando la tupida tormenta desde la ventana.

En el refrigerador hay un pequeño tetrabrik de leche con chocolate, rompo el popote y me lo bebo de un tirón.

No debería, pero no puedo evitar el hábito de sintonizar el canal de noticias en la televisión mientras me pongo el pijama. Fui niña en los años ochenta, las cenas en mi casa siempre estuvieron acompañadas del noticiero nocturno y, por extravagante que parezca, eso me calma.

Me quedo pasmada frente a la pantalla cuando la titular del noticiero local relata que la carne del ganado infectado por las micotoxinas se empacó y exportó a Canadá y ahora hay un brote de casos de personas con colitis hemorrágica en una comunidad de Ontario.

Las autoridades sanitarias lo tienen claro, la carne provenía de México, del mismísimo pueblo de Ada que, entre otras cosas, es uno de los principales productores ganaderos de este país.

Busco alguna publicación en línea, cómo pudo llegar esa carne a Ontario, pero no comercializarse en México… ¿habrá casos aquí?

No es difícil atar cabos, la ruta de distribución de esos cárnicos es la misma que sigue la cocaína que se vende en aquel país y que a su

vez redistribuye a otros.

De nuevo esta desesperación, todo está relacionado, pero cómo hacer encajar las piezas exactamente una con otra, los hongos en los árboles y pastizales, el ganado enfermo, los sueños de Ada, el infinitamente poderoso crimen organizado cuyas operaciones atraviesan México de una punta a la otra dejando una estela de muertos y desaparecidos.

Le mando un mensaje a Ada contándole lo que acabo de ver en la televisión. Su respuesta no puede ser más lapidaria.

«Esos cabrones van a terminar por envenenar el mundo entero».

Frente a la imagen impresa en ese rótulo de búsqueda, durante un par de segundos, Ada siente un extrañamiento. ¿Quién es?

El rostro del muchacho se superpone al de su marido, muerto quince años atrás.

Desaparecido.

Repite la palabra en voz alta.

Desaparecido.

Y luego esa cara que vuelve a reconectar corazón adentro. Es mi hijo.

Marcos Rodríguez Flores.

Desaparecido desde el 20 del 04 del 2017.

—Es mi hijo —repite—. Es Marcos, es mi hijo.

Dobla el rótulo con la ficha de búsqueda y lo guarda bajo la almohada.

Quiere soñar con él, quiere hablar con él, que suceda un toque de ánimas. Pero también quiere que esa memoria que empieza desbarrancar resista, que no se rompa, que la sostenga un poquito más, hasta encontrarlo.

Ada sueña con miles de rótulos de rostros que cuelgan en calles infinitas y mal iluminadas susurrando desaparecido, desaparecida, desaparecido, desaparecido, desaparecida, desaparecido, desaparecido.

Quedamos de vernos en el sitio de taxis junto a la iglesia, convenimos que era lo más seguro para llegar al predio donde quiere buscar.

Como es sábado, no hay mucha gente en las calles y aún es temprano. Por primera vez aprecio la belleza herrumbrosa de este lugar con sus esquinas de historia desgastada, percibo el olor acre de efluvios metálicos que las horas de lluvia nocturna liberaron y que hoy mi nariz registra con agudeza. A esto huele el abandono, pienso. Así olían las calles a medio pavimentar donde yo crecí entre charcos, lodazales y fábricas ruinosas de Xalostoc.

Buqué de abandono con acento metálico, eructos de esa enfermedad llamada *progreso* que no tiene reparo en desechar a los pobres para que vivan a la orilla de todo, arañando la existencia sin pisos pavimentados.

Me rodea un silencio cerrado cuando Ada aparece.

Llega recién bañada y, tengo que decirlo, reluciente, como si el fardo del cansancio liberara su cuerpo la noche anterior, hoy es otra.

Apenas saludarme me mira los pies.

—Uy, no, mija, con esos tenis no la vas a armar, menos después del tormentón de anoche. A ver, pruébate estas botas.

Me extiende una bolsa de plástico con un par de botas que me vienen un poco grandes, pero funcionan.

Resuena el aire caliente a través de la ventanilla del taxi al que Ada solo dio la indicación de que nos llevara a los pastizales del Mirador y en veinte minutos estamos ahí.

Ada no me deja pagarle al conductor, lo hace ella y casi me empuja para que baje del vehículo. El hombre arranca sin pestañear.

—Ponte bien la gorra y bájate las mangas de la camisa. Al rato el sol te va a arder en la cara, no tomes mucha agua porque luego está difícil ir al baño, a menos que no te importe hacer pipí junto a un arbusto. A ver, ayúdame con esto.

Siento un placer peculiar al descubrir que Ada es mandona, me da instrucciones sin mediar un solo «por favor» y eso me gusta.

Saca de su mochila dos palas de mango corto como para deshierbar y me las da, luego desdobla un mapa que me deja boquiabierta.

Es meticuloso, tan artístico como naif, y lo ha hecho ella misma. En ese mapa está la cartografía de una búsqueda delirante.

Los árboles a los que ya les habló, me explica, y sí le respondieron, están marcados con un círculo. Los que le hablaron más fuerte tienen un corazón, en esos enterró las cartas para su hijo.

Los que no respondieron nada tienen una letra equis.

Y en aquellos donde no se ve ninguna marca, no ha buscado, para eso vine, para ayudarle a recorrerlos, son muchos.

Buscar quiere decir esa cosa psíquica, para mí nunca vista, que es su diálogo de alma a alma con los árboles, ¿cómo hablarán los árboles?, ¿cómo les hablará ella?, ¿todo transcurre en silencio?, ¿hay un sonido gutural?

Se me erizan los vellos de la cara cuando levanto la cabeza al cielo y comprendo que nuestra soledad no es total, ahí están esos troncos leales y serenos, las copas verdes y densas que parecen cuchichear unas con otras sobre nuestra presencia. Siento lo mismo que hace unos días en el bosque de Chapultepec, mientras los árboles estén en su sitio no conoceremos el vacío vertical.

Un vientecillo se suelta repentino y el cuchicheo de las copas de los árboles se convierte en un bisbiseo rítmico que casi canta. Ada se pone la mano en la oreja para captar mejor la resonancia y sonríe, me guiña un ojo.

Yo, que solo sé refugiarme en las palabras, le hablo del poema de Octavio Paz. Hay un poema, le digo, sobre un árbol que llevamos dentro y nos habla. Lo recito a medias, recuperando de mi memoria algunos versos.

> Creció en mi frente un árbol.
> Creció hacia dentro.
> Sus raíces son venas,

nervios sus ramas [...]
Amanece
en la noche del cuerpo.
Allá adentro, en mi frente,
el árbol habla.

—Qué bonito, me gusta. ¿Tú crees que los árboles nos hablan?

Levanto los hombros y vuelvo a enfocarme en el mapa.

—¿Y este que marcaste con un puntito negro junto al corazón?

—Ah, en ese estaba el hongo en la raíz, pero sí me respondió.

—Ok.

—¿Vas a creer que en ese árbol los hongos como que se cerraron mientras yo dejaba la carta?... Entonces, mira, le pones marca a los que yo te diga. Y también tenemos que ir viendo si tienen hongo, pero acuérdate que ahora lo buscamos en el tronco. Apuntas todo, es que si no lo anoto se me olvida cuáles árboles ya repasé, y luego me cuesta un trabajo acordarme…

—Oye, estuve buscando información y leí que hay un nombre náhuatl para la negrilla.

—¿Cuál es?

—Zompantle.

—¿Y qué quiere decir?

—Algo como calaveras.

Ada me mira por un momento, no advierto ningún entrever de lo que está pensando, no dice nada. Yo me quedo inmóvil, no me atrevo a contarle de mi sueño, tampoco que vi el hongo en un árbol de la fiscalía y no quiero confesar que sí, que yo creo que los árboles nos hablan, o por lo menos le hablan a ella.

No me atrevo porque no quiero dejar el rol de elemento lúcido. Recuerdo las risas de Julián cuando manifesté mi entusiasmo por analizar el valor potencial de los sueños premonitorios en los expedientes de búsqueda.

Y aunque mi lucidez sea más bien opaca, intento salvaguardarme en esta trincherita racional porque, según yo, es lo que aporta valor a esto. Pero, sobre todo, porque me da terror propiciar el naufragio de mi imagen y convertirme en una loca a la que se le hizo líquida la

sesera, que me corran del periódico, que ya ninguna editorial me quiera publicar. Y en eso soy como cualquiera, parte de una sociedad con ínfulas de templanza que se asegura de mantenerse del lado aséptico y no bailar el tango de las madres locas, como dice la canción de Carlos Cano dedicada a las mujeres argentinas de la Plaza de Mayo.

Aunque no me guste, vivo una dinámica incapaz de moverse de los lindes de la hiperracionalidad.

—Bueno, a lo que te traje, tú arranca desde aquella orilla y yo me quedo en esta, así peinamos más rápido el área, llévate el mapa para que vayas apuntando.

—¿Segura?, son tus notas, Ada, qué tal si yo lo hago mal.

—Oh, pues, llévatelo, te estoy diciendo que me cuesta trabajo acordarme de todo y anotar. Buscas el hongo en el tronco, acuérdate.

Ada me da la espalda y echa a andar hacia su lado, yo avanzo hacia el otro extremo con mi pala y el mapa bajo el brazo.

No camino ni quinientos metros cuando veo algo que me hiela la sangre.

Me sorprende la potencia de mi voz de bestia aterrada gritándole a Ada que viene hacia acá tan rápido como puede, transmutada de palidez.

Nos damos la mano sin decir nada.

Estamos perplejas por lo asombroso del parecido de la negrilla en los troncos de los árboles con miembros humanos necrosados.

Se me revuelve el estómago frente a esos brotes oscuros y brillantes como carne hinchada y amoratada hasta la negritud. La semejanza es impresionante. Algo espeso y lúgubre se proyecta en mi cabeza.

Son hongos, sí, pero cualquiera que los mirara en este territorio de fosas clandestinas sentiría un arañazo en el pecho.

«Cuando se habla de capacidades miméticas, generalmente se citan ejemplos que todos conocemos y que proceden en exclusiva del mundo animal: el camaleón, el insecto palo, la mantis, ciertas mariposas, orugas y peces, el pulpo… Sin embargo, algunas plantas son capaces de rivalizar en igualdad de condiciones con las más extravagantes mímesis de tipo animal, y en muchos casos, de alcanzar niveles de refinamiento desconocidos para estas.

Existen numerosas formas de mimetismo en la naturaleza. En el habla común, los fenómenos miméticos a los que solemos referirnos son esencialmente dos: el mimetismo aposemático, en el que un organismo imita el comportamiento, forma y color de otro, y el mimetismo críptico, en el que un organismo se vuelve invisible al imitar el entorno que lo rodea […]. El arte de la mímesis alcanza en el mundo vegetal unos niveles de virtuosismo tan sofisticados que no tienen parangón entre los animales en lo que respecta a habilidad y eficacia. Entender el grado de refinamiento al que pueden llegar las capacidades miméticas de las plantas resulta interesante también por otros motivos, ya que el estudio de estos fenómenos podría ser la vía que nos permita comprender algunas de las insospechadas capacidades sensoriales que poseen las plantas.

En 2013, durante un paseo por los bosques de Chile, el botánico Ernesto Gianoli se encontró con la *Boquila trifoliata*. Mientras observaba con atención un arbusto muy común en aquellas regiones, cayó en cuenta de que las hojas que tenía delante eran distintas a las que había esperado encontrar. Al acercarse vio que no pertenecían al arbusto en cuestión, sino a una trepadora que crecía alrededor. Parecía una *Boquila trifoliata,* pero las hojas, en vez de ser como las recordaba, guardaban un sorprendente parecido con las del arbusto al que se había encaramado.

Lo que vio lo dejó sin palabras: en todos los árboles y arbustos donde crecían plantas de *Boquila*, estas imitaban con gran habilidad

a la especie huésped.

La capacidad mimética debe reportar algún tipo de ventaja al mimo, pero ¿qué beneficio puede obtener una planta que modifica su propia apariencia para imitar la de su huésped?

Y la pregunta más importante es cómo sabe *qué* es lo que debe imitar.

Puede parecer una hipótesis increíble o incluso algo propio de la ciencia ficción, pero es la que tiene más posibilidades de ser cierta:

En 1905, el botánico Gottlieb Haberlandt propuso, en un escrito que en su momento levantó ampollas entre la comunidad científica, que las plantas eran capaces de percibir imágenes y que, por tanto, poseían cierta capacidad visual gracias a unas células presentes en la epidermis y que funcionan como los ocelos (una suerte de ojos simples primitivos) de muchos invertebrados. La teoría de Haberlandt cayó en el olvido; hasta que, en los últimos cinco años, una serie de descubrimientos demostraron con argumentos sólidos la presencia de la capacidad visual en ciertos organismos unicelulares, y se volvió a poner sobre la mesa la posibilidad de que las plantas estén dotadas de una forma rudimentaria de visión y es eso lo que explicaría el mudable comportamiento mimético».

Stefano Mancuso, *El futuro es vegetal*

Intento entender qué pasa cuando llego a la fiscalía y me encuentro con el personal saliendo en desbandada, algunos usan cubrebocas.

Hace un par de años que dejamos la pandemia de covid-19 atrás, así que no comprendo qué está sucediendo.

Vine porque quiero hablar con Verónica, sondear si hay alguna posibilidad de que comparta la información que supongo Julián tenía y que podría ayudarnos a dar con el paradero de Marcos.

Y también vine porque necesito enterarme si es que hay más datos de los que deberían sobre lo que Julián compartió conmigo y que me pongan en riesgo.

Junto al personal de la fiscalía veo salir a un grupo de madres buscadoras, llevan playeras impresas con los rostros de sus hijos igual que la primera vez que estuve aquí. Me acerco a una y le pregunto qué está pasando.

No contesta, se apresura a cubrirse la boca jalando el cuello de la playera y me señala el cielo.

Cuando levanto la cara veo algo que en principio me parece una humareda negra, pero pronto distingo un enjambre de moscas. El zumbido rompe las ondas sonoras y se clava como alfileres en mis oídos. ¿Qué es esto?

Busco en mi bolso y encuentro un fular que uso para cubrirme la nariz y la boca, camino alejándome hacia el Oxxo aquel de la esquina para comprar un cubrebocas, pero está cerrado.

Afuera está Verónica con la cara lavada y un cigarro a medio fumar, parece una adolescente de secundaria en la más absoluta de las orfandades.

—Verónica, ¿qué está pasando?

Amusga los ojos a través del humo del cigarro y me ve, creo que por primera vez, con franco detenimiento.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, eres la escritora.

—¿Cómo estás?, siento mucho lo de Julián.

—Ya me dijeron que fuiste al velorio.

—Sí, esperaba verte ahí.

—No me gustan los velorios.

—¿Y quién te dijo que yo fui?

—Aquí todo se sabe.

—Me imagino. ¿Qué está pasando?

Señalo el tornado de moscas que velozmente adelgaza su trazo negro en el cielo.

—Ya están fumigando.

—Ya veo, pero ¿qué pasó?

—¿Traes tu carro?

—Sí.

—¿Me das un aventón a mi casa?, vivo cerca.

—Claro.

Apenas cerrar las puertas del automóvil, Verónica cambia de parecer.

—Mejor vamos al Mustang.

—¿Tan temprano?, ¿ya estará abierto?

—Ya es medio día.

Pensé que lo encontraríamos vacío, pero en este país no hay parroquia ni cantina sin feligreses de tiempo completo, la mesera avispada de la otra vez se acerca y saluda a Verónica con familiaridad.

—Una de claras —ordena sin preguntarme.

Antes de sentarse pone en la rockola una canción y luego va al baño, cuando regresa, todavía suena Intocable, cantando: «Y he llorado tu amor maldito, que me mata y sigo vivo, porque ha muerto toda mi ilusión que había en mi corazón».

Se sienta frente a mí, distingo las señales del llanto en su cara enrojecida.

—¿Cómo estás, Verónica?

—De la chingada, ¿cómo quieres que esté?

—¿Me quieres contar?

—¡Salud!

Sacamos las primeras cervezas de la cubeta. En esta humedad vaporosa luego de la lluvia, los tragos fríos sientan como un bálsamo.

—¿Te acuerdas del hongo que viste aquella mañana en la fiscalía, que me preguntaste?

—Me acuerdo.

—Pues se honguearon todos los árboles del patio, pero también los del predio de atrás y esos fueron los que hicieron el problema más grande.

—¿Cuál predio de atrás?

—Atrás hay un terreno grande, muchas hectáreas, una parte es un vivero, pero se llega del otro lado de la carretera…

—¿Y qué pasó en ese terreno?

—Los árboles de ahí se infectaron del hongo y empezaron a llegar las moscas, nadie hizo caso hasta que la lluvia los pudrió y las moscas se multiplicaron.

—Pero ¿cómo llegaron tantas? Eso es una plaga.

—Pues por los árboles, dijeron que por la tormenta y la pudrición de las raíces, que son moscas de humedad igual que el hongo, no sé bien… Hace rato se fueron los de la tele, ahí les dieron información.

Llega la botana faraónica que ninguna de las dos tocamos.

—¿Y ya saben quién se va a quedar en el lugar de Julián?

—No se sabe, por lo pronto nombraron temporalmente a uno de los lambiscones del licenciado que nomás está esperando el cambio de sexenio para irse a la grande.

—Verónica, ¿tú tenías buena relación con Julián?

Su rostro pasa de un color a otro, le tiembla la barbilla, resopla en un último esfuerzo por contenerse, pero finalmente se echa a llorar. Nos quedamos así un rato, hasta que se limpia las lágrimas y vuelve a mirarme.

Es toda vulnerabilidad y desamparo. Conozco esa cara, he estado ahí. Ah, el amor.

Así que Verónica estaba enamorada de Julián.

Con la segunda cerveza me muestra las fotos en su teléfono, dice que lo hace porque de todos modos va a borrarlas. Coincido con ella

en que es lo mejor, que no haya evidencia de que su relación con Julián era personal.

—¿Y alguien más sabe?

—No, mi hermanita está muy chiquilla y si le cuento a mi mamá se infarta porque él estaba casado.

—Sí, entiendo.

—Julián no era malo, de hecho, se pasaba de buena gente, te lo juro, por eso lo mataron, por confiado. Y por pendejo.

—¿En quién confió?

—No sé.

—Verónica, ¿Julián sabía dónde está el hijo de Ada?, ¿lo escuchaste hablar de Marcos?

—Yo creo que él sabía tantas cosas que no hallaba cómo hacer para vivir con eso.

—¿Como qué?

—No puedo decirte porque son puras suposiciones mías y yo tampoco sé bien.

—¿Puedes decirnos algo del expediente de Marcos que no sepamos? ¿Hay más información en la fiscalía?

—En la fiscalía hay todo, datos y más cosas, pero nunca te van a dar esa información.

—¿Y tú me la puedes dar?

—De veras no tengo más que suposiciones. Yo nomás te digo que ahí está todo, la fiscalía solo existe por la fachada, pero ese lugar es una mierda, hasta las moscas lo saben, ya viste. Yo voy a presentar mi renuncia en cuanto pase esto de la fumigación, no pienso trabajar con el cerdo ese que trajeron.

—¿El lambiscón?

—Sí.

—Quién es.

—Se llama Gerardo Gutiérrez.

—¿Gerry Gutiérrez, el que está casado con…?

—Exacto, el que está casado con la hija de la maña, con eso te digo todo.

El fenómeno de las moscas apenas trascendió en un periódico nacional, se habló de él como un asunto local y en un tono anecdótico.

A mí me perturbó tanto esa imagen de ecos bíblicos que necesito averiguar la causa y escribir sobre ello. Encuentro pocos datos: «La Rhizoctonia es un hongo transmitido por el suelo que infecta el tejido vegetal de las plantas jóvenes, las condiciones de humedad y altas temperaturas favorecen su desarrollo […], también puede ser transmitida por moscas y mosquitos».

No sé, no entiendo cómo algo así pudo derivar en una plaga como la que yo vi en la fiscalía.

Necesitaba regresar a la Ciudad de México para hablar con mi jardinero y, si quería revivir mi lejano proyecto del texto de la palmera para el periódico, cubrir el magno evento (con solemne foto de autoridades y besamanos de turno) de la siembra del ahuehuete ganador de Reforma cuyo esqueje, quién lo diría, salió del vivero del pueblo de Ada.

Me costó despedirme de ella, pero quedé de regresar apenas le confirmaran una búsqueda del colectivo a la que voy a acompañarla.

Por ahora recorrimos dos terceras partes de los pastizales del Mirador y actualizamos su mapa, me dejó tomar fotografías de todo para digitalizarlo y al final me regaló una fotografía de Marcos. Le prometí hacer un diseño bonito con el mapa y la foto. Le hizo ilusión.

Miro con atención la imagen de Marcos en mi escritorio, tiene los ojos de un negro encendido y unas pestañas largas y tupidas, la piel morena y tirante de una juventud imposible, el pelo es una mata abundante como la de Ada. En esta foto lleva sombrero y le cuelga del cuello la correa con la que sujeta su guitarra acústica. Rezuma alegría por todos lados. Entiendo por qué Julián me dijo que Ada y su hijo eran un cascabel.

Me resuena en la memoria la energía con la que Ada cavó y enterró la carta en el árbol con negrilla: directa, decidida, cargada de significado, ceremoniosa de verdad, desde la más auténtica fe.

Su rostro avivado cuando se levantó y dio por terminada la tarea me remitió a las veces que mi madre me ha contado cómo desenterró el cordón umbilical de mi hermano mayor cuando el niño murió y ella necesitaba desesperadamente volver a sentir su contacto. «Ya estuvo bueno de estar loca», le dijo una tarde una tía cuando descubrió a mi madre en su ritual de llorar junto al cordón umbilical del bebé muerto. Mi madre respondía que en esa tripita estaban las células de su hijo.

Tal vez la maternidad es eso, una locura total y celular que quienes no somos madres no conocemos.

Escucho a Carlos Cano con su «Tango de las madres locas»:

> Que de pronto te esfumaste,
> que te borraron del mapa,
> que ni siquiera naciste,
> que medio loca mamá te inventó.
>
> Con Malvinas o sin Malvinas
> grito tu nombre por las esquinas
> mientras que los generales
> se dan al tango por los portales.
>
> Tango de las madres locas.
> Coplas de amor y silencio.
> Con vida se los llevaron y con vida los queremos.
> Con Malvinas o sin Malvinas.
> ¿Dónde está Pedro? ¿Dónde está Lydia?

Los sistemas de violencia nos evangelizan en el miedo.

Cada acto de brutalidad, cada confirmación de que no podemos hacer nada contra la máquina de matar y desaparecer personas en este país terminan introyectándonos una creencia bien honda: esto es así y no hay nada que hacer. Como palabra del Señor. Como voluntad de Dios.

Como que así es la vida.

Y ahí nos acomodamos todos, pero no para todos es igual. Unos estamos en este credo sádico desde la indignación a distancia: críticos y analistas ofendidos, pero cómodos, furibundos cuestionadores de redes sociales, compasivos rezadores de cadenas de oración, o respingones aspirantes a aristócratas siempre convencidos de que la plebe «se lo busca».

Pero ser pobre y compartir ese mismo credo de la brutalidad es peor, porque te toca ser la víctima sacrificial que permite que el sistema continúe.

Corderos de Dios que libran del sufrimiento a las clases medias para que no tengamos que poner la cuota de muertos, para que nuestra burbuja de paz social permanezca. Es inevitable evocar el referente cuando leo otro expediente de los que me dejó Julián.

Siento un agujero en la conciencia al pensar que tal vez Julián tomó mi lugar de víctima sacrificial: «¿Sobre qué muerto estoy yo viva? / ¿Quién recibió la bala mía, / la para mí, en su corazón?», recuerdo a Fernández Retamar.

En una de las zonas marginales conocida como El Rastro, veinte cuerpos fueron descubiertos gracias a un perro que llevaba en el hocico una pierna humana.

Los sicarios ni siquiera se molestaron en cubrir las bolsas, simplemente las apilaron en la hondonada y las dejaron ahí esperando que a nadie extrañara el olor de carne en descomposición

porque en ese sitio se desechaban también restos de ganado bovino: estiércol, vísceras, grasa y sangre.

La señora Celia soñó un perro negro y moscas, muchas moscas.

Cuando vio el video del perro (sí, negro) que llevaba la pierna en el hocico se desmayó de la impresión, era el mismo perro del sueño. Entonces tuvo la certeza de que su hijo estaba entre los cuerpos del Rastro y así fue.

Cierro los ojos, recuerdo el caso porque ese video circuló en redes sociales y yo no quise verlo.

Fue Verónica quien me sugirió que leyera el expediente de Celia, sé que Verónica sabe más de lo que cuenta, pero no quiso decirme nada, tampoco me dio su teléfono: «Ya te dije que todo está en la fiscalía, pero nada de lo que yo haga va a cambiar esto».

Siento una tristeza seca porque comprendo que ella, como yo, tiene el miedo bien aprendido. Esto es así y no hay nada que hacer.

Pero ¿por qué Verónica quería que leyera el expediente de Celia? ¿Qué hay ahí que no estoy viendo?

Vuelvo a empezar con la carpeta, busco en los documentos «oficiales», veo la solicitud de ayuda monetaria a la Comisión de Víctimas, hay un recuadro para que la víctima haga una narración de los hechos. Ahí, con una letra apretadísima, Celia relata todo, incluido el sueño del perro negro y las moscas; también explica que gana 180 pesos al día y que, desde la desaparición del hijo, ella se hace cargo de su nieta. Ciento ochenta pesos al día.

Ser pobre es poner el cuerpo.

Recuerdo el feroz manifiesto del chileno Pedro Lemebel: «Yo no pongo la otra mejilla. Pongo el culo, compañero».

Para los buenos ciudadanos que arguyen pagar sus impuestos: hay quienes pagan la cuota de muertos para que la violencia social de unos signifique la paz de otros.

Como palabra del Señor.

Qué deslucida va quedando la solemnidad de la foto con la que se registró para los anales de la historia el día que plantaron el ahuehuete entre enérgicos aplausos y ostentosos apretones de manos.

Es evidente que el árbol no está logrando adaptarse y a ojos de todos las ramas quebradizas, resecas, amarillentas, anuncian lo ineludible: se va a morir.

Aunque no quiera, las palabras de Ada saltan como sombras felinas en mi cabeza: «Pero se va a morir, y luego nos vamos a morir todos».

No es que haya rendido mi cordura a una lógica agorera, es que en este país nos estamos muriendo.

No sé si tendría que disculparme por mi pesimismo o aceptar que ser pesimista es la única postura digna que nos queda. Será que el corazón se va desaguando entre masacres, más de cuatrocientas este año, según los recuentos mediáticos, oficiales y no oficiales.

Vivimos en un eterno estado de siniestro. Cuatrocientas masacres al año en un país que se presume pacífico.

La glorieta en Avenida Reforma, que antes fue de la palmera y que hoy tendría que ser del ahuehuete, se ha convertido oficialmente en la glorieta de las y los desaparecidos. Cientos de familias buscadoras tomaron este espacio público como una instalación de protesta, como una forma de resistencia, de memoria. Lo repiten, como un recordatorio del gran fracaso del Estado mexicano y al Estado mexicano, desde luego, no le gusta.

Desaparecido, desaparecida, desaparecido, desaparecido, desaparecido.

Con pretexto de proteger al arbolillo incipiente tapizaron con vallas metálicas la glorieta y es en esas vallas donde ahora se ven las imágenes de cientos de fichas de búsqueda de personas desaparecidas.

Así que cuando quise acercarme a mirar de cerca, ya no pude.

Tuve que conformarme con espiar por una rendija entre los bloques metálicos solo para confirmar que el ahuehuete se está muriendo.

Y precisamente ahí, con la cara pegada a las vallas percibí el mismo aroma, entre acre y amoniaco, intenso, que detecté aquella mañana de búsqueda con Ada, primero levemente en el pueblo y luego con todo su vigor cuando estuvimos frente al árbol infectado con negrilla.

Primero pensé que no me quedaría más remedio que esperar la noche, encapucharme para trepar al otro lado, rogando a los dioses no romperme una rodilla y confirmar mis sospechas pero, por suerte, tuve un momento lúcido y le escribí a un querido amigo fotógrafo para hacer algunas tomas aéreas con su dron. Corrimos con suerte de que no se lo tiraran.

Y sí, no tan crecidos como en los árboles del pastizal, pero ahí estaban: con absoluta nitidez pude ver los brotes del hongo en la parte baja del ahuehuete. Primero tuve el impulso de escribirle a Julián, locura fugaz, para contarle lo que vi en el ahuehuete de Reforma. Me sorprendió que me pasara, pero luego no, soy un animalito de territorios fijos y yo había convertido a Julián en mi interlocutor para esto. Te extraño, carnalito.

Con qué maniaca mezcla de alegría y desasosiego corrí a llamarle a Ada.

Cuando estaba por poner el dedo en el ícono de llamar, en mi pantalla saltó «L llamando», «L llamando», «L…».

Recibir una llamada de L es tan raro que se me encendieron todas las alarmas.

En diez años de relación solo lo hizo el día que le robaron el auto y el día que murió su abuelo. Siempre nos comunicamos por mensaje y esperábamos a estar juntos para conversar lo importante o las tonterías, lo que fuera. Yo tampoco soy de hablar por teléfono, lo evito todo lo que puedo.

Exhalo, me aclaro la voz, me levanto del escritorio, vuelvo a sentarme, inconscientemente me aliso el pelo.

«L llamando…».

Contesto.

Intercambiamos saludos tiesos. Hace dos meses que no hablamos, prometimos respetar el silencio para no entramparnos el proceso de duelo. Pero aquí estamos.

Todo se escucha como un eco. La voz de L me llega de otra galaxia y a mí me incomoda mi desazón, mi dolor cliché que por un segundo aguijonea.

«Quería que supieras por mí».

Ya está, claro. Que esa mitad del cuerpo mío que me permitía dormir por las noches ya es la mitad del cuerpo de otra. Que está «saliendo» con alguien.

Vaya. «Saliendo», qué palabra más cobarde y artera para decir ya no te amo.

Me sorprendió la negativa de Ada a que fuera a visitarla para que me diera la carta que le propuse enterrar en el ahuehuete, me aseguró que aquí no es.

Que tuvo otro sueño, que Marcos le dio detalles y que para nada es la Ciudad de México donde tenemos que buscar.

No sé por qué pensé que se pondría contenta, ya había convencido a un conocido de Reforestando México que forma parte de los especialistas que cuidan el ahuehuete para hallar el modo de depositar la carta.

Pero Ada no quiso, lo único que tengo cada vez más claro es que se puede acompañar un duelo, pero no entenderlo. Así que me tragué mi frustración y no insistí.

También la noté irritada, impaciente, rara.

Eso sí, me dio la orden bien clarita: que los avances del diseño del mapa digitalizado se los mande a Maricela, me dictó el correo electrónico de su hija y luego me mandó una foto de la cuenta de correo anotada en un cuaderno para asegurarse.

Le envío a Maricela el archivo con un escueto mensaje: «Tu mamá me pidió que te lo compartiera, ojalá pronto tenga el gusto de conocerte, abrazo».

Y veo que tengo un correo del editor del periódico con la fabulosa noticia de que esperan mi texto sobre la palmera para la edición especial del domingo, puedo extenderme a un mayor número de caracteres.

No sé ni por dónde empezar a explicarle que la despedida a la palmera se quedó muy lejos, así que me limito a decir que ha pasado mucho tiempo y que el texto irá por otro lado. Recibo por respuesta un emoji de pulgar arriba.

Imposible seguir postergando esa entrega.

Se estima que durante la dictadura argentina más de seiscientos centros clandestinos de detención operaron para torturar y

desaparecer a alrededor de treinta mil personas. Esos sitios han ido haciendo un relato social más allá de la memoria racional y racionalizable. Existen cientos de testimonios de personas que relatan presencias fantasmales en los lugares donde las desapariciones tuvieron lugar.

La «negra energía remanente» que reviste los lugares relacionados con torturas y desapariciones siempre se manifiesta en algún momento. En tanto «energía» ese pasado actúa con fuerza sobre quienes con ella convivimos, interpelando, obligando a decir o a hacer algo. Desde narrativas liminares entre la realidad y la ficción, entre lo verdadero y lo falso, lo experimentado necesita ser dicho, o más bien murmurado.

¿Ese algo que ronda los sitios de memoria podría ser una alianza espectral?, ¿una forma de lo inexplicable que pone la realidad en un frágil contacto con la causa de las víctimas?

Leo esas reflexiones de la antropóloga argentina Mariana Tello a propósito de «La Perla», un sitio que funcionó como centro clandestino de detención durante la dictadura.

Llegué a esta lectura gracias al taller en el que meses atrás participé, impartido por la escritora Layla Martínez, autora de la fascinante novela *Carcoma*, que de alguna manera recupera las voces de las víctimas de la Guerra Civil de España.

Hablamos en aquellas sesiones del fantasma como una metáfora del trauma colectivo, como un retorno de lo reprimido.

Y estos días, frente al terror que sentí, frente a la cosa oscura que evocan los hongos negros en los árboles de zonas que podrían ser fosas clandestinas, me he preguntado si eso silenciado, ese horror de lo imposible, no es otra cosa que el nivel de violencia que ha arrebatado a las víctimas de desaparición un atributo humano esencial al negarles el ritual para honrar la muerte. Me pregunto, en fin, si eso lúgubre podría estar hablando a través de los brotes.

¿Cómo se manifestarían los fantasmas de 120 mil personas desaparecidas? ¿Qué dirían si pudieran hablar los que no tuvieron tiempo de despedirse ni oportunidad de dejar la certeza de un cuerpo para un rito funerario?

¿Estarán los árboles aliándose con las víctimas?, ¿estarán los árboles representando un espectro de las personas desaparecidas?

¿Sería del todo imposible que seres de la sofisticada inteligencia de los árboles ignoraran lo que está pasando en sus territorios?, ¿la violencia atroz con la que han estado alimentando sus raíces?

Es doblemente incómoda la metáfora del ahuehuete moribundo precisamente porque está rodeado de las imágenes de personas desaparecidas por las que el Estado mexicano no ha hecho nada, y en ese sentido son también —como en la dictadura argentina— víctimas de una innegable violencia política.

Quién iba a decirles que su fiesta de reemplazar a la palmera por el símbolo de la esperanza iba a convertirse en un doloroso reclamo.

Yo después de haber visto los brotes de negrilla en el ahuehuete no puedo escribir desde un enfoque que no sea este, tengo que arriesgarme, aunque en el periódico piensen que me volví loca.

Hongos que parecen cuerpos necrosados, árboles moribundos y moscas. Si todavía fuéramos un pueblo más apegado a lo simbólico y menos ultramoderno, estaríamos de rodillas pidiendo misericordia ante la mortandad que se avecina o que quizá ya habitamos si esas seis mil fosas clandestinas son solo el principio.

«He aquí que yo enviaré sobre tu pueblo toda suerte de moscas…».

Pienso en el sueño de la señora Celia, las moscas como anunciadoras de la muerte. Y las moscas de la fiscalía, el terror en la cara de Verónica.

¡¿Por eso Verónica quería que leyera el expediente de Celia?!, ¿por lo que revelan las moscas? «En la fiscalía está todo». ¿Será posible que la propia fiscalía tenga los datos exactos de dónde están los cuerpos? ¿O debo entender otra cosa?

Hijo:

Cómo me gustaría que estuvieras aquí conmigo, acurrucados en el sillón para ver la telenovela y que me regañes porque veo esas historias chafas.

Estoy cansada, mi amor, pero no me rindo porque mi lucha eres tú, ¿cómo me voy a rendir?

Yo sé que tú sabes todo allá donde estás, que nuestros corazones se hablan. Ayer soñé que te acariciaba las manos gorditas que tenías de niño y de repente estaba tocando la corteza de un árbol. Y me devolvías la caricia con esas manitas y yo era un árbol también. Fue raro. Bonito y raro.

Estoy en el sillón y veo las telenovelas.

La otra carta que te dejé me trajo presentimiento, mi chiquillo, y es que a la mejor no voy a estar el día de tu hallazgo, así que pero mejor apúrate y ya dime dónde mero estás, sé que andamos cerca, el hongo de los troncos es como me lo mostraste en sueños.

A la mejor ya no me queda tiempo. No regañes.

El mapa que llevo va quedando chulo… estas semanas tuve que parar porque tu hermana vino para llevarme al doctor, ya ves cómo se pone. Pero avancé algo, tengo una amiguita, una escritora que a veces me acompaña, le cuento cosas de ti que va a poner en un libro. Platico con ella y nos reímos.

Se me están olvidando las cosas, mi amor, el otro día me fui la mañana y cuando volví encontré una olla achicharrada en el fuego, no sabes qué coraje me dio, hice un berrinche de aquellos.

Tu hermana que todo se espanta me ha estado está llevando a que me hagan unas radiografías y otros estudios de cabeza.

Dicen que tengo la enfermedad esa pero yo digo que se me podrá secar el cerebro, pero no el corazón, y ahí nunca voy a olvidar por qué sigo aquí y que mi lucha es encontrarte.

Y tengo una amiga que va a escribir un libro.

Apúrate pues, mi amor, dime dónde estás, ya no falta tanto.

Tu mamá que extraña y te llena de bendiciones,

Ada

Mauricio Aguilar Leroux
Fui desaparecido el 27 de mayo del 2011, en Córdoba, Veracruz. Amo y extraño a mi esposa y mis tres hijos. Exijo justicia a las autoridades para mí y para los miles de desaparecidos en México, ruego a Dios porque nos encuentren.

Ilse Janeth Cervantes Preciado, Renata Janeth Leal Cervantes, José Alberto Leal Uribe, Ernesto Alonso Angulo Lugo
Fuimos secuestrados y estamos desaparecidos desde el día 28 de agosto del 2011 en Córdoba, Veracruz. No nos olvides, hay mucha gente desaparecida como nosotros que lo necesita.

Luis Alberto Navarro Escobedo y Jesús Omar Salaya Montejano
Estamos desaparecidos, tenemos 30 y 31 años. Fuimos privados de nuestra libertad el 23 de mayo del 2010 en Nuevo León por hombres armados identificándose como elementos de Sedena. Nuestras familias nos buscan y luchan contra la ineficacia de las autoridades. Nuestras familias nos esperan, ayúdalas en su exigencia de verdad y justicia para que podamos regresar a casa. Nos necesitamos.

Gustavo Alejandro Salgado Delgado
Fui asesinado en febrero 2015 en Morelos, por exigir justicia, a la edad de 32 años. En México ser consciente de las necesidades y trabajar con pasión a favor de la justicia y la igualdad es atraer las miradas de las bestias, solo seres infrahumanos son capaces de atacar a otro como lo hicieron conmigo, mi cuerpo decapitado y mutilado fue encontrado en un paraje de Morelos. La maldad que pesa sobre nuestro país se llama corrupción e impunidad, el Estado ha construido las condiciones para que este horror continúe, hay que exigir

juntos a los gobernantes que cumplan con nuestro derecho a la seguridad, a la justicia, a la vida.

GAMALIEL LÓPEZ CANDANOSA

Estoy desaparecido desde el 10 de mayo de 2007 en Monterrey, Nuevo León. Soy alegre, amo a mi familia, a mi trabajo como reportero en TV Azteca. Soy músico, me gusta cantar y tengo a Dios en mi corazón. Mi familia me está esperando, mis hijos a los que quiero abrazar, mi esposa a la que amo. Ayúdenme a regresar, somos miles de personas desaparecidas que necesitamos la solidaridad y energía de todos para exigir verdad y justicia a las autoridades para que nos busquen.

Cuando un árbol gigante se suicida

Los cabrones del periódico rechazaron mi texto, no me van a publicar. No lo puedo creer y claro que lo puedo creer.

Pues ya está, publicaré en mi blog. Seremos, como siempre, los lectores y yo.

Me jode porque yo quería que se distribuyera impreso en el mayor número de lugares y porque, a quién engaño, todavía son los grandes medios los que confieren «seriedad» a los temas, por más que estemos hartos de las narrativas a modo que han creado.

Pero ahora tengo libertad absoluta y no comprometo nada más que mi palabra…, cosa que no deja de preocuparme, pero qué remedio.

Tampoco es que la paga del periódico fuera mi principal sustento y lo bueno de ser un bicho solitario que apenas asoma la nariz al mundo es que mis ahorros rinden suficiente. En fin, quizá digo todo esto para calmar la rabia del rechazo, pero es lo que hay.

Estoy nerviosa, vuelvo a escribirle a Ada para que me diga que sí, que quiere que yo cuente esta historia. Sorteo la incomodidad como puedo: «¿Tú también tienes un desaparecido?», escucho todavía cada tanto. Me perturba mi falta de legitimidad para hacer esto, pero prefiero equivocarme haciendo algo que guardar silencio como miles de funcionarios y millones de personas en este país que se levantan cada mañana como si no pasara nada.

Adjunto las imágenes del hongo en los árboles del Mirador y también del ahuehuete de Reforma, agrego ligas a los *papers* científicos que podrían explicar la aparición de la negrilla, el ganado infectado por el zompantle, el verdor desmedido de los bosques por exceso de nitrógeno de los cuerpos en descomposición, la Rhizoctonia y las moscas de humedad y me explayo en un largo

texto detallado sobre mis andanzas y acompañamiento a Ada en su búsqueda.

No cuento nada de Julián, no me atrevo, todavía lo veo frente a mí apagando aquel teléfono y haciéndome un gesto de silencio con la mano, advirtiéndome, también ahora, cuál límite no debo cruzar. Me tallo la cara con furia. «Descansa en paz, carnalito», digo al aire y encajo la certeza de su muerte repentina, prematura, otra vida entregada a la necromáquina que es este pinche país.

Dudo una última vez, sé que publicar es ponerse en riesgo, pero estoy en modo kamikaze. «Quería que te enteraras por mí», escucho la voz de L y me siento temeraria.

A la chingada, que arda todo.

Doy clic en «Entrada nueva», pego el texto, lo releo una última vez. Exhalo.

Presiono «Publicar».

Tarde y destemplada, me voy a dormir.

El texto explotó, se viralizó, estoy apanicada de abrir los comentarios, son cientos. La inseguridad jalonea en mi pecho, en mi vientre. Se me pasó el furor de anoche y ahora tengo miedo: desde los comentarios de quienes van a señalar que escribo apostada en el privilegio, *mea culpa*, hasta la tormenta garantizada de los «pinche vieja puta, te vamos a violar», etcétera, que ya he vivido incontables veces en esa embestida de violencia que son las redes sociales.

No me atrevo a leerlos, prefiero ir al bosque a trotar, además no pierdo la esperanza de encontrarme con mi jardinero, quiero contarle cómo proliferaron los brotes de negrilla, mostrarle todas las fotografías que ahora tengo y que me cuente lo que sabe. Si se deja.

Antes de entrar a Chapultepec me detengo frente a las placas de las víctimas de desaparición, me doy un tiempo para volver a mirarlas.

Fui desaparecido el 27 de mayo del 2011, en Córdoba, Veracruz. Amo y extraño a mi esposa y mis tres hijos…

Pienso en las treinta desapariciones diarias que se registran en el país y me envalentono. Me da igual lo que digan en los comentarios, ignoraré las agresiones mientras pueda. Lo que necesito es encontrar aliados, no puedo seguir sin conversar a profundidad con ingenieros botánicos, averiguar si en la Comisión Forestal hay datos de lo que está pasando, si se han registrado eventos similares, en fin, me agobio de pensar en todo lo que ignoro y que, si no es con especialistas, no podré explicar.

Siento alegría al descubrir que ahí está mi hombre. Avanza más lento que de costumbre con su joroba a cuestas y la manguera como extensión de su cuerpo, atraviesa el jardín de la cueva del Mictlán. Lo saludo a distancia, pero creo que no me ve y me animo a acercarme un poco más. El espacio está vacío, es mi momento.

—¿Cómo está, don?

Me mira con detenimiento, por fin me reconoce e inclina la cabeza sin interrumpir su andar.

—Quería contarle del brote de zompantle y otro hongo, no sé si es el mismo.

No responde, pero me deja caminar junto a él a su ritmo valseado.

Cuando llegamos a la cueva veo que tiene una veladora prendida, pienso en la fecha, aún no es Día de Muertos pero, bueno, en este país siempre es día de muertos.

Salgo de mi lúgubre ironía cuando lo veo, por primera vez en todos los años que llevo corriendo en el bosque, sentarse en un banquito diminuto que parece de estancia infantil. Me sorprende que sus rodillas tengan semejante flexibilidad.

—Mire, acá tengo unas fotos.

Muy despacio, pero sin temblar un ápice, mete la mano en el bolsillo de su mono naranja y saca una lupa que usa para ver bien las imágenes que le voy mostrando.

—¿El hongo del tronco también es zompantle? —pregunto

—Sí, pero ya sazón.

—¿Sazón?

—Que ya está maduro.

—¿Y qué significa?

—No es bueno, esos bosques están enfermos, eso es de antes que vinieran los españoles. Ese hongo anuncia una moridera.

—¿De gente?

No responde, hace un gesto mínimo con la cabeza. Un filón oscuro recorta su cara morena contra la luz de la veladora dentro de la cueva. Tengo un retortijón de panza.

—¿Usted cree que puedo venir a platicar otro día?

—No, muchacha, ya me jubilé. Hoy es el último día que estoy aquí.

Muerde de nuevo esa ansiedad desbocada. Corro de regreso a mi casa.

Busco información digital hasta que me arden los ojos, hasta que me duele el cuello, hasta que me atrevo, incluso, a leer los comentarios de la publicación en mi blog.

Para mi sorpresa, salvo dos o tres mensajes descalificadores, la gente recibe el texto con absoluta curiosidad y hasta diría que con respeto.

Guardo el contacto de un par de personas que dicen ser botánicos y que se muestran interesados en la reacción de los árboles del bosque ante la violencia.

Luego de mucho pensarlo, le mando el texto a Ada, no quiero abrumarla ni que se sienta obligada a leerme. Pero también sería una descortesía no compartirle lo que escribí. Y, bueno, antes o después tiene que saber también de mis sueños, de los símbolos que creo que veo.

Sigo obsesionada con lo que me dijo el jardinero, pero entiendo poco por más que leo documentos al respecto.

Podría buscar a Pilar, una amiga antropóloga y etnohistoriadora brillante, pero me sabe mal porque es más amiga de L que mía y yo insistí en que evitáramos el contacto también con grupos de amigos. Pilar fue su maestra y mentora durante una década, además no la

veo hace tiempo y calculo que debe rondar los ochenta años. Tal vez lo último que le apetece es involucrarse en esta locura.

Después de horas doy con algo en el Códice Florentino y en otro menos conocido, el Códice Xólotl, que cuenta algunas de las andanzas de Nezahualcóyotl. Hay relatos —entiendo que los códices son de hecho escritura y que los tlacuilos (tlacuiloque, sería el plural correcto en nahua) se consideraban escribanos, no solo ilustradores — que aluden al brote del zompantle como anunciación de la tragedia.

Sí, necesito ayuda de expertos en esto.

Qué desorientada y qué sola me siento de pronto.

Ahora comprendo por qué no hay hallazgo que se sostenga en solitario.

Quiero tener con quién compartirlo y hablar un mismo lenguaje, alguien que me diga si ve lo mismo que yo veo o si estoy loca de remate y me estoy volviendo la Jaime Maussan de los árboles (con todo respeto al señor Maussan, aún es posible que el tiempo le dé la razón). Necesito conversarlo con alguien o de verdad voy a tener un brote psicótico.

Mi teléfono anuncia un mensaje.

«Hola, soy Maricela, la hija de Ada, leímos lo que escribiste, está muy contenta, gracias».

¿Por qué no me escribe Ada?

Los colectivos de familias buscadoras han convocado a una marcha alrededor de la glorieta, las autoridades de la Ciudad de México levantan vallas más altas alrededor del ahuehuete para «evitar percances». Hay tensión en el ambiente, todo sumado al periodo electoral que siempre es un despliegue de miserias.

Tal vez he insistido demasiado con Ada y Maricela para que vengan a la marcha y ellas se rehúsan una y otra vez.

Les he ofrecido quedarse en mi casa y regresarlas yo misma al día siguiente de la marcha, pero no aceptan. No entiendo por qué y me siento triste, pero no digo nada.

Hasta que recibo un largo correo de Maricela contándome todo.

Diagnosticaron a Ada con alzheimer y aunque los síntomas no son agudos todavía, Maricela prefiere que se quede allá, en territorio conocido, además tiene varias citas médicas para seguir con los estudios clínicos.

Al principio me sorprende porque Ada me pareció siempre muy lúcida.

Pero de a poco voy repasando detalles que le dan explicación a tantas cosas: la prisa de Ada, «yo ya no tengo tiempo», que me pidiera ayuda para registrar todo en el mapa, los inagotables medicamentos en su casa de los que no quiso hablarme.

¿Contra quién reniego ahora?

¿Contra el cuerpo de Ada por ponerse también en contra suya en su carrera contra el olvido?

¿Qué dimensión política tiene la memoria ahora que las neuronas de Ada empiezan a borrarla?

Hablo con Maricela, que no se despega de su madre, le digo que yo iré a la marcha y llevaré la pancarta con la ficha de Marcos en nombre de ellas. Cuando termina la llamada caigo en cuenta de que todo lo dijimos bajito como si no quisiéramos despertar la tristeza de Ada.

Los colectivos van llegando a la manifestación desde todos los municipios del país, algunos buscan a sus familiares desaparecidos hace tres sexenios, no ha habido gobierno con voluntad para hacerse cargo y el hartazgo es total.

No sé calcular con precisión, pero deben ser alrededor de cien colectivos, se identifican con lonas, pancartas, cartulinas: Colectivo Colibrí, Familiares en Búsqueda, Rastreadoras, Solecito, Hasta Encontrarte, Madres Buscadoras (de uno y otro estado de la República), Tesoros Perdidos, Regresa a Casa, Enlaces Familiares…, rostros y nombres en playeras, pancartas, gorras, lonas, pines prendidos a la ropa, volantes, todos al grito de: «¿Dónde están, dónde están, nuestros hijos dónde están?».

La procesión avanza por avenida Reforma hasta llegar a la glorieta y yo tomo fotos, grabo videos y se los mando a Ada y Maricela.

Otra tormenta de esas caprichosas cae repentina sobre nosotros. La manifestación no se dispersa, en un santiamén aparecen los vendedores de plásticos y cubretodos impermeables.

Algunas pancartas comienzan a borrarse, a desteñirse, a mezclar tintas que van deformando los rostros de las fichas de búsqueda. Me abruma pensar en la historia de cada uno de esos muchachos, de esas chicas recién despuntadas a la adolescencia, a la vida.

Dónde están.

Dónde están.

Nuestros hijos dónde están.

Tomó meses conseguir que en la Comisión Forestal me permitieran solicitar una entrevista con un auditor técnico. Puestos a pelear contra los molinos de viento de la burocracia mexicana no hay dimensión de tiempo comprensible para el entendimiento humano, lo juro.

Pero tengo un auditor técnico que me está guiando para solicitar un diagnóstico fitosanitario de los pastizales que recorrí con Ada y el vivero detrás de la fiscalía, de donde vino la plaga de moscas. Ahí vamos.

Volvió a escribirme L, esta vez para decir que me llegó al departamento que compartíamos el ejemplar de *El general del ejército muerto* que había encargado para Julián, debí elegir el domicilio de entrega anterior sin darme cuenta cuando hice la compra en línea.

Me dan ganas de mandar a la mierda a L, pero hago gala de una madurez esforzada y respondo amablemente que puedo enviar un servicio de mensajería para que me lo traigan. Mi batalla interior es grande porque tengo el impulso de lanzar una estocada hiriente que viene de mi retorcida sombra. Ni modo que L se quedara eternamente enamorado de mí. La verdad es que yo dejé el enamoramiento hace rato y tampoco me siento ya vinculada a él como pareja, pero aquí estoy, regodeándome en mi bien aprendido despecho romántico.

Y, bueno, aprovecho para preguntar si le molestaría que contacte a Pilar para que me ayude con un proyecto. De inmediato responde que por favor lo haga, que a Pilar le va a dar mucho gusto, etcétera.

Cuando me llega el libro con un *post it* de L que dice: «Abrazo!» (así, solo con un signo de admiración) y una carita feliz, me río de mis intensidades. L siempre fue un niño, ese rasgo precioso pero errático y desestructurante fue lo que me hizo tomar la decisión. Gracias, diosas, por mi momento de lucidez.

Desempaco el libro y me lo imagino en la oficina destartalada de Julián. Triste destino el de los libros que no llegan a sus lectores. Suspiro. Estoy a punto de colocarlo en su sitio en el librero, pero me detengo, prefiero dejarlo vagar por ahí un rato, que ruede de una mesilla a la otra, que yo lo vea, que me recuerde a Julián.

Me sorprende el paso del tiempo, la forma en la que este tema ha tomado mi existencia por completo y cómo he sido testigo de los cambios en Ada o, más bien, de la forma en que resiste los cambios, la arremetida que la enfermedad dispara contra ella y la extraordinaria capacidad de Ada para mantenerse lúcida y funcional. Pero contra la certeza de lo inevitable se puede hacer poco y es notorio cómo la tristeza se la está acabando y cuando le da tregua entra en un estado rabioso, que a veces me asusta.

Ada está en el desconcierto, y yo con ella. Puto alzheimer.

Cómo es posible que la memoria la expulse si ella está dedicando sus años a no olvidar, a que nadie olvide que tiene un hijo desaparecido como otras miles de familias mexicanas.

No conozco los argumentos que dan consuelo a un golpe de este tamaño, no conozco las palabras de la maternidad ni la herida de tener un desaparecido. Comulgo con Nona Fernández cuando escribe sobre las víctimas de tortura y desaparición en Chile: «Carezco de palabras y de imágenes para escribir lo que sigue de este relato. Cualquier intento que haga será pobre al querer dar cuenta de ese íntimo momento final de alguien a punto de desaparecer».

Tenemos ahora un ritual bonito con Ada y Maricela, un chat grupal en el que nos mandamos fotos de árboles porque tienen forma de animales, porque son majestuosos o aterradores, porque reventaron el pavimento con una potencia indomable (principalmente los que encuentro yo, que vivo en esta ciudad de asfalto), o porque en su tronco hay grabados mensajes como cartas de amor que ha dejado el paso del tiempo o los gusanos barrenadores o algún osado que atravesó un corazón con dos letras y una flecha… Yo ahora estoy convencida de que el árbol que hace sombra sobre mi terraza me reconoce y me quiere como yo lo quiero

a él. Me atrevo a decir que sé cuál música le gusta y cuál no y que hemos bailado juntos.

Esta riqueza imaginativa que ha derivado de algo tan doloroso ha llenado mis pantallas de todos los verdes de los follajes y las texturas de cortezas en los troncos; el carrusel de fotos de mi teléfono es un tapiz vegetal que me reeduca sobre el mundo en el que vivo. Qué regalo.

Y finalmente busqué a Pilar y ahora tengo una nueva cómplice, que, faltaba más, se ha sumado a este pequeño escuadrón quijotesco admitiendo desde el primer momento su derrota.

Porque es antropóloga y etnohistoriadora, conocedora de la lengua nahua, sí, pero tiene 79 años, «y una cabeza que más o menos», me advierte.

Pero lo cierto es que es pura modestia de su parte porque Pilar es muy aguda, es capaz de atar cabos con una nitidez impresionante, parece una maga… y tiene un sentido del humor maravilloso.

Sale poco desde el año 2020 y la pandemia de covid-19, así que voy a visitarla a su casa y me explica códices y mapas y derivaciones lingüísticas que intento comprender a cabalidad, pero no es fácil. Estamos tratando de hallar indicios de alguna epidemia de negrilla prehispánica y es de lo más complejo. Pilar me ha guiado en un recorrido cautivador por los distintos códices mexicas porque no descarta que ahí pudiera haber una pista mínima de lo que buscamos. Yo me dejo guiar porque no pierdo la esperanza de que hallemos un referente, por pequeño que sea.

Así que después de todo este tiempo, al menos abrí una ventana con los de la Comisión Forestal y Pilar me acompaña en la investigación histórica.

No se va este regusto agridulce porque por más *likes* y lecturas que recibo, en realidad parece que a esta causa solo se suman quienes no tienen nada que perder.

Ya me gustaría que un oligarca de la tecnología o un *influencer* con millones de seguidores quisieran ampliar el mensaje, pero temo que todos estamos tras un muro de limitación cognitiva.

Tal vez nunca vendrán los ultrarricos del mundo a mirar lo que hay del otro lado.

Cuando un árbol gigante se suicida, harto de estar ya seco y no dar pájaros…

GLORIA FUERTES

Es una turbación animal, un despertar de gato que percibe un cambio, de ave que se orienta al rumbo de los vientos.

Esa hora de la madrugada en que parece que los seres humanos no están ahí para machacar el mundo.

Atender al sobresalto y correr olfateando esta ciudad tantas veces amanecida, tantas veces caminada, saber que algo está pasando. Seguir la ruta del olor acre y amoniaco, ese olor.

Llegar hasta ahí y presenciar la *performance* del fracaso.

Nadie preguntó, no hubo obstáculos, quitaron las vallas y desenraizaron al árbol sin que opusiera la menor resistencia. Tres vehículos como tanques de guerra se llevaron al ahuehuete reseco, pelado, muerto. Arrancaron con él a cuestas como víctima propiciatoria de este holocausto.

Adiós, futuro gigante.

Un Gulliver interrumpido, infértil, inútil, que nunca tuvo esperanza, que vino con las raíces infectadas de violencia. Un migrante de tierras heridas, solo, inexperto, alejado de los suyos, rodeado de hormigón, cristales opacos, cláxones iracundos; y al que de nada le sirvieron el voto popular ni la ceremoniosa fiesta de inauguración. Ese árbol desarraigado vino a enseñarnos que la vida no se crea por decreto, que la vida no se sostiene sino desde el corazón del cuidado.

«Aquí van a sembrar un ahuehuete, pero se va a morir…».

Nos desbordamos en el chat. Les mando fotos y videos de lo que presencié en la mañana, el ahuehuete desvencijado como juguete roto, como pino navideño a finales de enero olvidado por los eufóricos que un día lo llenaron de esferas doradas y luces estroboscópicas.

El pimponeo entre las tres es difícil porque Ada y yo no podemos abstraernos de la lectura simbólica, pero Maricela se irrita si su madre y yo nos enganchamos con el tema; la entiendo, es un camino doblemente espinado por la enfermedad que ya veo en el rostro adelgazado de Ada.

Para tranquilidad de Maricela, su madre está cierta de que no es en la Ciudad de México donde hay que buscar a Marcos, sino en su pueblo; pero también ha afianzado la idea de que sus sueños están mostrando un futuro más allá de su búsqueda personal y, a estas alturas, yo ya tengo más credibilidad en este lenguaje, no sé si vegetal o simbólico configurándose nítido ante nosotras, que en cualquier pensamiento hiperracional aprendido hasta ahora.

Las notas en medios y redes sociales arden con el tema del ahuehuete, pero también porque la carne de aquel ganado contaminado siguió comercializándose y ahora en México hay más casos de los que a las autoridades sanitarias les gustaría reconocer, el asunto es serio, hay más de cuarenta personas graves por la colitis hemorrágica y el sistema de salud pública no se caracteriza por su agilidad en la atención.

Un caso en particular, el de un niño de seis años que está en terapia intensiva, tiene en vilo a la opinión pública; aquí y allá se manifiesta la indignación por la cadena de negligencias (o corrupción) que permitió que la carne llegara a puntos de venta.

Y, como si fuera poca la tensión y agitación públicas, el presidente del país y su gabinete azuzan la crispación con la fiesta del nuevo ahuehuete, «hermano» del anterior, que plantarán ahora

en la glorieta que antes fue de la palmera y luego del ahuehuete caído.

Así que este árbol, copia del árbol anterior, viene a rematar esta pasarela de ridículos y solemnidades grotescas que a mí me hacen pensar en los altísimos peinados imposibles de Antonieta de Austria como si bajo ese ornato inflado y extravagante pudiera esconderse la crisis de un imperio, de un sistema.

¿Cuántos eventos públicos y mayorías aplastantes se inflarán como el peinado de Antonieta para esconder debajo la descomposición de un sistema social que sangra, en el mejor de los casos, desprotegido por el Estado y, en el peor, con el Estado como cómplice directo?

Escribo todas estas reflexiones y las publico en mi blog, rápidamente recibo un centenar de comentarios que me preguntan si tendrá relación lo que está sucediendo con los árboles que cerraron las hojas, al principio no entiendo, luego me llega un audio de Ada y una fotografía adjunta.

Es impresionante, en los mismos prados donde anduve con ella, los árboles cerraron las hojas y solo se ve la cara posterior ennegrecida. No es que las hojas se hayan deshidratado o resecado y por ello se rizaran hacia adentro, no: están cerradas sobre sí mismas como las palmas de las manos al unirse en plegaria.

Muy pronto se multiplican las publicaciones de fotografías parecidas a la que me compartió Ada, algunas son de personas de su mismo municipio y otras de municipios aledaños. El tema se vuelve tendencia en las redes sociales.

No quiero sobrerreaccionar, necesito ir a verlo con mis propios ojos y también constatar que la Comisión Forestal ya recibió reportes al respecto.

Mi amigo auditor dice que mañana nos recibirán en las oficinas de la Ciudad de México para programar una visita de auditoría, además un par de especialistas quieren hablar conmigo. Siento un tirón en la nuca, qué rara esta aceleración del proceso, pero me alegra.

Precisamente cuando termino la llamada, aparecen las primeras notas confirmando que el pequeño de seis años murió y los padres

no dudan en exhibir y gritar a los cuatro vientos que su hijo fue víctima de negligencia médica.

No puedo contenerme, una electricidad interior me recorre y me hormiguean las puntas de los dedos por ponerme a escribir.

En un arrebato publico una entrada breve que titulo: «¿Qué saben los árboles?», cuestionando por qué desde hace meses que yo alerté a la Comisión Forestal de la negrilla y aparecieron los primeros casos de colitis hemorrágica en Canadá con carne proveniente de México, ninguna instancia de gobierno hizo nada, por qué ahora los árboles presentan ese otro ¿síntoma? de las hojas empalmadas, cerradas. Remato preguntando si será casualidad que el ahuehuete muerto y retirado en la glorieta de Reforma viniera precisamente del vivero del pueblo de Ada donde empezó también aquella plaga de moscas. El portal de mi blog colapsa por el número de visitas.

Lo sé. A ningún régimen, a ningún gobierno le gusta que le pongan de frente su inutilidad, pero no pude contenerme.

Con el país en duelo por el niño de seis años muerto, no tardan en buscarme de una y otra estación de radio y televisión para entrevistarme al respecto de mi texto publicado. Cada llamada que atiendo y cada cápsula que publican conmigo hablando a la cámara me provoca escalofríos. Recuerdo a Julián y su gesto de guardar silencio. Y a Kadaré. Si es necesario también hay que silenciar a los soñantes.

«A diferencia de muchos aspectos de la vida de las plantas que presentan importantes semejanzas con el mundo animal y para los que existe un historial de estudios, si no extenso, sí bastante consolidado (la inteligencia, la habilidad comunicativa, la capacidad para elaborar estrategias de defensa, el comportamiento, etc.), en el caso de la memoria, no empezaron a realizarse exámenes comparativos hasta fecha relativamente reciente. El primero que lo hizo fue Lamarck. El padre de la biología —en el sentido literal de la palabra, pues fue quien acuñó el término— se interesó, como otros naturalistas de su época, por la vida de las plantas, pero sobre todo por los fenómenos relacionados con los movimientos rápidos típicos de las llamadas "sensitivas" (plantas que reaccionan de un modo inmediatamente evidente a determinados estímulos). Durante gran parte de su carrera demostró un notable interés con respecto al funcionamiento exacto del mecanismo que retrae las hojas de la *Mimosa pudica*, y trabajó para entender qué lo motivaba. Hay que decir, por cierto, que ni siquiera en la actualidad está tan claro.

Se trata de una insólita planta que, como su nombre lo indica, cierra delicadamente las hojas en un movimiento de extremo pudor, cuando estas reciben algún estímulo externo (por ejemplo, cuando las tocamos). Gracias a esta reacción tan rara en el mundo vegetal, esta planta originaria del continente americano despertó gran interés a su llegada a Europa.

El caballero Lamarck profundizó en su conocimiento sirviéndose de innumerables experimentos mediante los cuales estudiaba su comportamiento en situaciones, cuando menos, originales. Lo que más fascinó a Lamarck fue el hecho de que, cuando se las sometía de forma repetida a estímulos de la misma naturaleza, a partir de cierto punto las hojas dejaban de reaccionar e ignoraban los estímulos sucesivos. Lamarck estaba en lo cierto cuando atribuyó esta interrupción al "cansancio"; básicamente, tras haber retraído las

hojas en repetidas ocasiones, la planta se quedaba sin energía para seguir moviéndose […] pero no siempre.

Lamarck dio con un original experimento de René Desfontaines: cargó un buen número de plantas en un carruaje, las llevó a dar un tour por París y vigiló escrupulosamente su comportamiento. Como era de esperar, las plantas cerraron las hojas al notar las primeras vibraciones del carruaje […]. No obstante, mientras seguían paseando, ocurrió algo inesperado. Primero una, luego dos, luego cinco y finalmente todas, las plantas comenzaron a abrir las hojas a pesar de que el carruaje seguía vibrando con la misma intensidad. ¿Qué estaba ocurriendo? […] las plantas se estaban "acostumbrando".

Las indicaciones de Desfontaines eran claras y apuntaban decididamente hacia un comportamiento adaptativo derivado de la memorización de información.

¿Cómo habrían podido las plantas habituarse a los continuos sacudidones del carruaje de no haber poseído alguna forma de memoria? Una pregunta fascinante a la que, durante mucho tiempo, la ciencia se negó a dar respuesta.

En mayo de 2013, una investigadora de la Universidad de Australia Occidental en Perth, Monica Gagliano, se trasladó a mi laboratorio para realizar una estancia de seis meses. Monica era especialista en el comportamiento de las plantas y a mí me parecía fundamental poder demostrar experimentalmente que las plantas están dotadas de una memoria eficaz.

Queríamos saber si las plantas podían *recordar* un estímulo no peligroso al que habían sido expuestas y distinguirlo de otro estímulo nuevo y amenazador.

Hablamos de replicar el caso clásico Lamarck-Desfontaines en 2013 […] preparamos un mecanismo experimental que contemplaba que las plantas fueran sometidas a varias caídas, tras una serie de repeticiones las plantas dejaban de cerrar las hojas. Pero al cambiar el estímulo zarandeándolas, las plantas respondieron cerrando las hojas enseguida. Habíamos conseguido demostrar que las plantas pueden aprender la peligrosidad de un suceso y distinguirlo de otros potencialmente peligrosos».

Stefano Mancuso, *El futuro es vegetal*

Ilusa de mí.

Volví al devoradero de la burocracia pensando que había una oportunidad de hacer algo con la gente de la Comisión Forestal. Es mi sino de niña aplicada, creer que como yo obedezco, el mundo obedece. Tonta irredenta.

Se burlaron de mí, mi amigo no se presentó. Me atendió un mandamás apestoso a loción bajo un chaleco como disfraz de trabajador de la campiña francesa. «Leñador patriarca y burócrata», podría haber dicho en su tarjeta de presentación. Era director regional. Me trató como históricamente los señores expertos tratan a las mujeres: como una desequilibrada emocional.

—¿Ya estás más tranquila? —me preguntó al final, entrecerrando los ojos verdes y vidriosos.

«Más tranquila».

Porque, desde luego, lo mío tendría que ser un desborde emocional de mujer histérica, un desorden hormonal, una bobada de tontita cabeza hueca.

Me advirtió, eso sí, que no me lo tome a mal, pero van a publicar respuestas técnicas y científicas a mis textos para no alimentar las fantasías de «la gente».

La expresión «la gente» me deshilacha la cordura. No la soporto. No puedo con ella.

Ese aire de superioridad siempre me ha detonado una reacción metabólica que crece hasta la taquicardia.

Así que no pude evitarlo y respondí:

—¿Quién es la gente?

—Bueno, la gente.

—¿Usted y yo no somos gente?

—Es un decir, señorita.

Sí, ya sé que es un decir que viene de un pensar. Un pensarse mejor educados, con más mundo y, esencialmente, más personas

que las otras personas.

Mandamás con buena suerte, tal vez solo naciste en un lugar menos jodido que el resto.

Salí de ahí furiosa, principalmente conmigo por creer que se podía convocar a cualquier institución de gobierno a tomarse en serio su trabajo.

De un semáforo al otro, vi que mi teléfono explotaba de notificaciones.

Harta de sentirme hiperestimulada, en un cruce de luces eterno, intenté modificar la configuración para quitar las alertas y leí uno de esos mensajes horribles en mi cuenta de twitter en respuesta a la liga con la publicación de mi texto de la noche anterior: «Te vamos a violar, zorra, mejor cállate, puta». Borré el texto y silencié la cuenta remitente.

Levanté la cara y el conductor del auto a mi izquierda sonrió haciéndome un gesto desde la ventanilla, creí que me preguntaba cómo ir hacia algún sitio y bajé mi vidrio para entender mejor.

Nítidamente leí en sus labios la palabra PUTA que gesticuló sin emitir sonido y luego se puso el dedo índice sobre los labios. De inmediato arrancó.

Sentí la boca seca y la alerta de un miedo conocido.

Pronto empezaron a tocar el claxon los automóviles detrás de mí porque no me movía, pisé el acelerador e instintivamente di vuelta a la derecha, en sentido contrario a donde había ido el auto del tipo del semáforo.

No me di cuenta, avancé kilómetros y kilómetros. Cuando me hice consciente estaba cerca de la casa de Pilar, la historiadora, en el sur profundo de la ciudad.

Lo valoré brevemente: ¿llamo a mis amigos de Artículo 19 y les pido ayuda?, ¿sigo un protocolo de monitoreo?, ¿intento poner una denuncia en la fiscalía para asuntos de libertad de expresión?, ¿recibo la ayuda que ofrece el mecanismo de protección para periodistas y defensores de derechos humanos que viene de la Secretaría de Gobernación, otra cuestionable institución oficial?

No.

Conozco ese camino que una vez transité y seca el alma. Si todo caminara con instituciones independientes habría una esperanza que es la que se siente con Artículo 19, saberse parte de un gremio, hacer público lo que se está viviendo, tener asesoría legal…, pero te das de frente al llegar a la fiscalía y constatar que todo es una burocrática puesta en escena.

Trajinar el miedo de acá para allá en copias certificadas termina por desafinar la cuerda de la intuición y una queda como adormecida en el cansancio. Y luego está el pudor de sentir que lo tuyo no es tan grave cuando hay periodistas cuyas vidas están de verdad en riesgo, y al final te consume el desgaste de la repetición porque no quieres hacer de eso el tema de tus días. Y entonces terminas por preguntarte si lo mejor no sería cerrar la boca, callarte y punto. Una autocensura inducida a la que no es difícil llegar.

Decido apañarme como pueda con esto y estaciono afuera de casa de Pilar, que vive en uno de los barrios residenciales más antiguos y tranquilos. Toco el timbre y espero paciente a que mi amiga cuasi octogenaria —está visto que lo mío son los ancianos— llegue a la puerta y me abra.

Apenas verme Pilar sentenció: —Te pasó algo.

Una vez dentro le conté todo. Mientras movía la cabeza negando con indignación, se paró del sofá y trajo un brandy de la cocina, sirvió dos copitas y me instó a beberlo con, no sé, autoridad de médico.

Nunca había tomado brandy y menos a modo de ansiolítico, me gustó la calidez que se asienta en el vientre, se lo agradecí.

—Bueno, pues te vas a quedar unos días aquí en lo que pensamos qué hacer y mira, ahí en el último estante del librero, hay una cajita con un teléfono nuevo que me regaló mi hijo el 10 de mayo, ni si quiera lo he abierto porque no lo necesito, bájalo y al rato vamos a que te asignen una línea nueva.

Quise negarme, pero lo cierto es que Pilar me ofrecía el mejor plan posible. Estaba bien no regresar a la soledad de mi casa, aunque solo fuera para darle tiempo a mi sistema límbico de superar el miedo, y también era buena idea cambiar de línea telefónica o al menos tener una línea alterna.

Así que me quedé con ella y hoy puedo decir que compartir unos días con esa mujer de 79 años ha sido una de las experiencias más luminosas de mi vida; con ella todo era posible, como una maquinita de trabajo equipada con todos los *softwares*, Pilar encontraba caminos para sistematizarlo todo.

Con su cuerpo esbelto y encorvado iba y venía por toda la casa hasta que se cansaba y se echaba en su sofá y me daba instrucciones para que yo hiciera lo que con su energía ya no alcanzaba.

Arraigada al hábito de la radio se entera del minuto a minuto de lo que ocurre en el mundo, así que la conversación con ella no termina nunca.

Me asombró que ni un segundo se sintiera incapaz de realizar alguna cosa, sin importar que fuera un asunto de sofisticada tecnología hasta un esfuerzo corporal para empujar un pesado ropero o sacar una base de piedra de debajo de la estufa para hornear una pizza, ella lo intentaba todo. Y todo lo conseguía, con menor o mayor éxito.

El primer día, luego de los brandis, me ayudó a transcribir los contactos necesarios para seguir trabajando en esto, el teléfono de Ada, el de su hija, el de la propia Pilar, «ya verás cómo un día, estos extraños artefactos llamados pluma y papel nos van a rescatar a todos», me dijo guiñando un ojo.

Luego fuimos a comprar algunas cosas personales para mi estancia en su casa y, finalmente, a una sucursal de nuestra gloriosa compañía telefónica donde Pilar se entendió mejor con ellos que yo, pudo decirles claramente que no era un asunto de portabilidad, sino que queríamos una línea nueva, punto. «Vamos a llevarnos mi bastón para que nos atiendan rápido». Y sí, con su bastón y sus formas irresistibles, no había quien se negara a darnos paso, por todos lados aparecía algún personaje solícito que abría la puerta y le ofrecía asiento a la señora.

—Es el nepotismo de la decrepitud, querida, algo bueno tenía que traer convertirse en este respetable colgajo —dijo cuando regresamos a su casa. Me reí toda la tarde de su ocurrencia.

Para la cena nos entusiasmamos preparando un salmón, nos terminamos una botella de vino blanco escuchando a Eugenia León cantar «Puro teatro», y luego bebimos no sé cuántos brandis que lamenté horas más tarde porque no sé bajo qué conjuro me dejé convencer por Pilar de cambiar mi apariencia —por seguridad— y le permití que con la rasuradora de su hijo me cortara al pelo a la *brush* (inspiradas en Eugenia León) mientras cantábamos en bucle: «Teatro, lo tuyo es puro teatro, falsedad bien ensayada, estudiado simulacro». Un desastre.

Lo cierto es que me fui a la cama borracha y recién trasquilada pero, para mi sorpresa, por primera vez en meses dormí profundamente.

Cuando desperté con apariencia más de Pancho Villa sin sombrero que de Eugenia León y con las sienes martillándome junto a un dolorcillo en el ojo derecho, Pilar ya estaba como una rosa, recién salida de la regadera, sentadita en la barra de la cocina, con el café puesto, panes en la tostadora y una pila de libros que había seleccionado para que trabajáramos ese día.

Eso sí, me dejó la montaña de sartenes y platos de la cena para que yo los fregara.

—Pero ¿a qué hora te levantas, Pilar?

—Uy, querida, estoy en pie desde las cinco de la mañana, otro lujo de la decrepitud.

Nos disponíamos a trabajar cuando sonó mi línea nueva. Sentí un hormigueo en el abdomen y no me atreví a levantar el teléfono. Mi anfitriona me hizo señas para que se lo pasara, «es Ada».

Sentí alivio y contesté.

—Hola, Ada, qué gusto oírte, ¿cómo estás?

—Hola, amiga, ¿qué crees?, adelantaron la búsqueda programada y va a ser mañana, pero a Maricela se le enfermó el chiquillo, ¿tú puedes acompañarme?

—Claro, me organizo.

Madre mía, mi pelo.

Al amparo de gorras, sombreros y viseras, quince mujeres suben a la camioneta. Sus siluetas son compactas y gruesas. Huelen a limpio y algunas, las más jóvenes, van escrupulosamente maquilladas. Usan botas negras, de caña alta y con suela industrial. Botas de trabajo. O de guerra.

Llevan las playeras con los rostros impresos de sus hijos, hijas, hermanos. Las mujeres buscadoras tienen lo mismo veintitrés años que sesenta y por su semblante cruzan rasgos duros mezclados con suaves gestos amorosos.

También llevan ollas con guisos, grandes topers con ensaladas y frutas, bolsas de pan, tostadas, hieleras, palas, picos, pesadas puntas metálicas para romper concreto y varillas para enterrarlas en los parajes y detectar si en ellas se percibe el olor de un cuerpo en descomposición.

Yo también subo a la camioneta y me siento junto a Ada.

Algunas de las mujeres hablan entre ellas, se conocen de anteriores jornadas de búsqueda; también las hay que van en un silencio absoluto, con los ojillos pardos puestos en algún punto del cielo azul feroz que se mira desde las ventanillas.

Hay un hombre, uno solo. Un padre buscador, tendrá cincuenta años, un cuerpo musculado y correoso, albañil de toda la vida, me dirá después. Hombre callado que sube después que todas y se sienta hasta atrás, que va él porque a su esposa ya se la tragó el alzheimer.

Se me hace un nudo en el estómago, así que este mal que se come la memoria no es cosa solo de Ada. Y qué hacer si el cerebro te traiciona por más que le des la orden de recordar pero él te «protege» haciendo que olvides.

Re-cordis: volver a pasar por el corazón. Tu cerebro dice que no vuelvas a pasar por el corazón, que no recuerdes aquel dolor que te

hizo sentir que dejabas de ser humano para convertirte en un animal herido, reventado de memoria, entregado al desamparo del dolor.

Al frente de nosotras va un vehículo de la Comisión de Búsqueda y detrás vienen unidades con miembros del ejército, de la guardia civil y de la policía estatal.

El plan es parar por tres puntos identificados como zonas rojas.

Cuando llegamos al primero, las buscadoras bajan con sus varillas y sus palas, me dan una. El terreno es muy grande, así que nos organizamos por zonas. Ada queda en un grupo alejado del mío.

Donde estoy yo, a mi lado ese papá buscador, cavando damos muy pronto con ropa enterrada que son claramente prendas de una misma persona, de una mujer: jeans, playera, un bolsito con un frasco de esmalte de uñas, unos tenis —está el par— de talla pequeña y un cinturón.

Entre el papá y yo traspaleamos para ir más profundo, el color de la tierra se nota distinto, la densidad es particular, más floja. Y sí, al meter esa varilla en forma de cruz y sacarla para oler la punta, hay un aroma especial.

Una de las madres que venía callada en la camioneta no lo soporta más y apoya su cuerpo tembloroso contra una pared, tiembla sin poder controlarse, otras mujeres se acercan a auxiliarla.

Todo parece indicar que estamos ante una línea de cuerpos que habrían sido enterrados uno junto a otro, pero es imposible llegar hasta el fondo a golpe de pala y pico.

La treintena de uniformados que nos acompañan —soldados, Guardia Nacional, policía— nos miran hacer recargados en sus vehículos, no mueven un dedo.

Pasan tres, cuatro horas, el sol del medio día empieza a quemar nuestras cabezas. El trabajo físico nos tiene chorreando sudor y el cuerpo empieza a resentir la deshidratación.

Finalmente, el jefe de la Comisión de Búsqueda dice que se requiere una retroexcavadora, es obvio que con las palas no vamos a llegar nunca a la profundidad que necesitamos en esa extensión territorial.

Paramos para comer mientras llega la retroexcavadora que ya han solicitado.

Y soy testigo de un despliegue que me cimbra de ternura y respeto. Esas madres encuentran la forma de hacer del momento una gran comida alrededor de una mesa improvisada.

Extienden telas, servilletas y trapos en el piso, algunas desdoblan banquitos portátiles y ponen las ollas en el toldo de una camioneta, van sirviendo platos con arroz, tinga de pollo, huevos duros, ensalada, ¡tortillas calientes!

Ada recibe aplausos cuando destapa un recipiente repleto de chiles en vinagre, todos estábamos suspirando por el picante.

Esta escena de eficiencia materna es impresionante. Ellas nos alimentan a todos.

Ellas que tienen la inteligencia y la experiencia de cuidar, el desvarío de cuidar cuando deberían ser cuidadas.

Aquí veo a Ada ir y venir muy dueña de sí misma, será porque conoce a estas mujeres de hace años o porque la voluntad es la medicina más benéfica para su enfermedad, quién sabe. Aunque no se me escapa que van tres veces que me dice: «Así pelona te ves más chiquilla, pareces un muchachito», yo me ajusto la gorra y le sonrío.

Uniformados, buscadoras y agregados comemos porque esas mamás están haciendo su trabajo mientras el Estado no hace el suyo.

La verdad es que yo no tengo hambre, pero cuando me pasan el plato, lo recibo y me lo como porque quiero comulgar con ellas. Las miro desde mi sitio un poco marginal y las siento compañeras, pan compartido en medio de la guerra, de su guerra que yo he venido a observar para ver si puedo contar lo que veo.

Finalmente, se oye el sonido de la retroexcavadora que está llegando.

Con la misma velocidad y diligencia que se montó la mesa, ahora levantamos todo para reincorporarnos a la búsqueda.

Ada se me acerca con la cara descompuesta, le pregunto si se encuentra bien, si tiene algún malestar.

Rabia, lo que tiene es rabia, le llegó el pitazo de que esta búsqueda es un montaje.

—Ahora verás cómo la pinche retroexcavadora nomás vino de adorno, nos están distrayendo de otra cosa.

Sus palabras me descolocan, pero no pasa mucho tiempo antes de darle la razón.

En efecto, la retroexcavadora solo trabaja veinticinco minutos y pronto informan que se quedó sin combustible y se tienen que ir.

La desolación cae más a plomo que el sol.

La gente de la comisión da la orden de retirada para alcanzar a cubrir el siguiente punto y yo no me lo puedo creer. Pero si aquí todo indicaba una búsqueda positiva, ¿por qué nos vamos?, ¿por qué carajos nos vamos?

Pero qué importa lo que opine yo o cualquiera, en cuestión de minutos estamos otra vez en la camioneta y todo el mundo en sus vehículos para ir a otra parte.

Desde mi asiento veo que el conductor, que es de la comisión, tiene un formulario donde marca el primer punto de búsqueda como «cubierto».

Ya, estos honorables miembros del gobierno solo están aquí haciendo necropolítica.

El siguiente punto es de una dispersión absoluta, bajamos a dar un paseo alrededor de unos sembradíos sin orden ni concierto, sin un objetivo claro, duramos apenas cuarenta minutos en ese recorrido y volvemos a los vehículos.

El conductor marca como «cubierto» el segundo punto en su formulario.

El tercer punto es una finca abandonada. Está el cascarón de lo que debió ser una construcción imponente y allá vamos.

Un olor fétido potentísimo nos guía a uno de los cuartos altos. La madre temblorosa se descompone nuevamente y sale del sitio para resguardarse en la camioneta.

Subimos a la habitación de donde emana el aroma que nos convoca, cubriéndonos boca y nariz, y encontramos un refrigerador industrial con un toro dentro rebosado de gusanos que se estiran y contraen sobre la carne de la bestia que debe llevar ahí algunos días. Son larvas de mosca. El hedor es repugnante. Es insoportable.

En el piso ruedan algunas osamentas animales, sobre todo cráneos bovinos.

Yo tengo que sacar nervio no sé de dónde para resistir y quedarme. Algunas mamás abandonan, Ada se queda y me explica que desde que entramos era evidente que el aroma era de fauna en descomposición y no de un cuerpo humano. No sé cómo es que lo sabe, pero lo sabe y yo le creo.

Luego de unos minutos y con el pretexto de buscar un cubrebocas que dejé en mi *backpack*, salí de la finca hacia la camioneta. Conforme me fui acercando escuché un lamento reverberante, levanté la cara y me pareció que el cielo se hacía repentinamente más oscuro. Debí detenerme, pero no lo hice, seguí andando hasta llegar a las puertas de la camioneta y la vi ahí, temblorosa y en un llanto como si tocara un instrumento de viento, como solo recuerdo que escuché llorar una vez a un potro herido y moribundo en una carretera de Morelos, como si todo su dolor saliera por una fosa nasal emitiendo una nota de un saxo alto.

Me quedé paralizada, hecha una imbécil ante aquel lamento venido de tan hondo que me pareció divino, profético.

Pude moverme hasta que la vi limpiarse mocos y lágrimas con el dorso de la mano y entonces le ofrecí un pañuelo que me recibió.

Saqué una botella de agua de un paquete que estaba junto a mí, también me recibió el agua y tomó dos tragos.

Me senté a su lado, le dije que yo no la conocía pero que no podía irme sin preguntarle si quería algo, si tenía hambre.

—Algo dulce —respondió.

En mi mochila llevaba un snickers*,* chocolate con cacahuate, con ese clima tal vez era la peor idea…, pero lo aceptó y comió un pedacito.

A poco recobró el color.

Me quedé varada junto a ella. Me estorbaba mi cuerpo que no sabía si llevarme de ahí para dejarla en paz con su dolor o quedarme acompañándola.

Dije mi nombre y pregunté el suyo.

—Me llamo Teresa —dijo, y luego agregó—: ayer enterramos a mi hijo mayor.

Incliné la cabeza, me acerqué a ella y le puse la mano en la rodilla.

Y ahí, apenas audible, con la cabeza casi pegada a la mía me lo fue contando. Acá vino porque busca a un hijo desaparecido hace cinco años, pero a su marido lo mató la diabetes dos años después porque no pudo con la pena, y a su hijo mayor, hace tres días le dispararon afuera de la ferretería donde trabajaba porque se negó a pagar la cuota de extorsión que la maña les pide.

No desaparecen a una persona, desaparecen a una familia entera.

Son pasadas las cinco de la tarde y una a una las mujeres van subiendo con los minutos eternos del día a cuestas. Al final, otra vez, sube el único padre que vino hoy.

El lamento de Teresa se detuvo hace rato, pero yo lo sigo oyendo, algo en mí se aferra a la imagen de aquel sonido del folclore ancestral: —Ay, mis hijos.

Cierra los ojos acurrucada contra la ventanilla y yo me paso a mi asiento para dejarla sola.

El tercer punto de búsqueda es marcado como «cubierto» en el formulario del conductor.

Ada está que bufa del coraje.

Le doy la mano y me la aprieta, respira, se calma.

Luego de rodar durante un rato en un silencio que carcome, una de las mujeres más jóvenes le pide al chofer que ponga música o se van a echar a llorar.

A todo volumen suena un *playlist* que me hace pensar en mi tarde en el Mustang con Julián.

Mientras las mujeres cantan: «Sin ti yo no soy el mismo, eres mi credo, pedazo de cielo», acompañando a K-Paz de la Sierra, Ada saca su teléfono y discretamente lo pone sobre mi muslo con la pantalla desbloqueada.

Es un mensaje de un número sin registro: «Yo sé dónde está Marcos», logro leer el texto incompleto porque Ada guarda rápidamente el teléfono cuando nos alcanzan los de la Guardia

Nacional para decir que se retiran y vemos sus vehículos alejarse en otra dirección.

Verónica levanta la cara y no se alegra de verme.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Tu mamá le dijo a Ada que ahora trabajabas en la clínica…

—Mi mamá no puede cerrar el hocico nunca.

—No te enojes.

—Sí me enojo, es mi trabajo, no quiero pedos aquí.

—Verónica, dame unos minutos. Te espero a que salgas y vamos por una cerveza al Mustang.

—Falta un chingo para que salga.

—No importa, acá voy a estar.

El enojo de Verónica me respira en la nuca mientras la espero en una banca afuera de la clínica de salud.

El tiempo que la espero es dúctil, soy testigo de mi sombra transformándose conforme las horas avanzan, mi torso y mi cabeza van cambiando de longitud e intensidad sobre el asfalto según va moviéndose el sol. Recuerdo los versos de Watanabe y a ese muchacho desesperado porque no puede cuidar el hielo que el heladero le encargó: «Ama rápido, me dijo el sol…». Veo a Ada contra el tiempo y su memoria derritiéndose, contra el olvido en todas sus dimensiones, guardiana del hielo.

Anoto en mi libretita un recordatorio para leerle el poema de Watanabe a Ada, tal vez le guste.

No encuentro dónde estar interiormente, me siento inquieta.

Suena el teléfono que me regaló Pilar, es ella.

Me cuenta que hay una pista soterrada pero esperanzadora, una mínima correspondencia en el Códex Mendoza con el Códice Xólotl. Le llamó a su colega Frances, una arqueóloga de 82 años que trabajó y publicó importantes textos en la década de los noventa a propósito de la vida cotidiana de los mexicas, y que se especializa en interpretar el Códice Mendoza que está digitalizado en una biblioteca de Oxford, Inglaterra.

Dieron con un pictograma donde se ven las vainas del colorín (el zompantle), un personaje arrodillado sobre ellas y otros tres personajes desollados. Muy debajo del zompantle y el personaje arrodillado, una delgada ola caracolea sin fuerza. Me explica Pilar que podría haber relación entre el zompantle y el anuncio de una escasez de agua que traería mortandad, pero no están seguras ella ni su colega. La buena noticia es que Frances seguirá buscando y nos mandará información desde su casa en el sur de California, la mala noticia —dice Pilar siempre con el ácido en la punta de la lengua— «es que Frances está más cerca del Mictlán que yo, la pobre es un cascajo».

Estallan las risas, bendita seas, Pilar.

Cuando me pregunta cómo fue la búsqueda le hago un resumen y le hablo de mi impresión con el llanto de Teresa y la evocación de aquel atávico «Ay, mis hijos», entonces me interrumpe:

—¡Cihuacóatl!, claro, qué tonta, hay que buscar también ahí.

Le pido que me explique, no sé quién es Cihuacóatl. «La Llorona», responde Pilar, ese era otro de los presagios recurrentes para anunciar mortandad, y el paralelismo con estos tiempos no puede ser más provocador: una mujer llora clamando por sus hijos: «Mis hijos queridos, ya nos perdimos»…, el lamento de Cihuacóatl preguntando a dónde llevar a sus hijos muertos anunciaba el final del mundo mexica y la gestación de un mundo nuevo. Rascando por ahí podemos encontrar algo, me asegura.

Recién termino la llamada con Pilar y trato de ponerme la cabeza en orden, Verónica se aparece frente a mí.

—Acompáñame a fumar un cigarro.

Echamos a caminar calle abajo y se detiene frente a una ventana con un letrero de cartón atravesado en la herrería: «Dulses y cigarros. Traiga cambio».

Luego de llamar un par de veces, asoma lo que adivino es un rostro de mujer en penumbra, y Verónica pide dos marlboro rojos. Sale una mano que los entrega y recibe el dinero de mano de Verónica, por un segundo se me ocurre que estamos frente a la *bocca della Verità* para recibir un augurio, pero lo cierto es que así es el miedo cuando vives en un pueblo tomado por la violencia,

mejor no mirarlos a los ojos nunca, mejor que ellos nunca te miren a ti.

Verónica me ofrece un cigarro, lo rechazo, no fumo.

—Mira, yo nomás hablo contigo porque le caías bien a Julián, pero no quiero que me metas en problemas.

—Lo entiendo, pero es que no me puedo resignar a que Ada no encuentre a su hijo. No sé si sepas, pero no anda muy bien, le diagnosticaron alzheimer.

—No sabía…

—Verónica, el mensaje que recibió Ada decía que buscáramos donde empezó la plaga de moscas y tú me hablaste de eso en el Mustang.

—Pues sí, pero no soy la única que tiene ojos, ¿qué chingados te hace pensar que solo lo sé yo?

—Nada, pero tenía que arriesgarme, yo creí que se referían a los expedientes o a que hay datos en las oficinas, pero ahora me voy a volver loca de pensar que el cuerpo de Marcos pudiera estar ahí mismo, junto a la bendita fiscalía.

—Ya te dije que no es conmigo. Además, en unos días me voy al otro lado, una prima me consiguió un jale. Así que olvídate de mí.

—Cuídate mucho, Verónica. Este es mi teléfono, si quieres contarme algo o si necesitas cualquier cosa y yo puedo ayudar, aquí me encuentras.

Recibe el papel y lo guarda con la misma prisa que se lanza a caminar y cruza la esquina, se detiene en la parada del transporte. La veo quieta unos minutos, esperando. Pero sé que ya no debo acercarme.

Cuando le llamo a Ada para contarle que no obtuve nada me sugiere que vayamos a ver a Mónica, después de todo era su esposa y Julián debió decirle algo.

Me cuesta negarme a la petición de Ada y acordamos vernos en la que fuera casa de Julián.

Cuando tocamos la puerta me siento fatal. No tengo vena para dos intromisiones el mismo día, pero ahí estamos. Ada no tiene que explicarme nada para que yo comprenda su prisa, su desespero de guardiana del hielo.

Mónica abre apenas la puerta, pero cuando reconoce a Ada la saluda con un código que solo ellas comparten. Yo me hago un pasito a la izquierda y descubro que el semblante de Ada se ilumina, sin pedir permiso le arranca de los brazos a Mónica a un crío que apenas llegará a los tres meses.

Es un bebé diminuto y precioso.

La potencia de la genética con que ese rostro pequeñito replica la cara de Julián me golpea con fuerza.

En cuestión de segundos estamos dentro de la casa, sentadas en la sala de Mónica, desbaratadas de ternura frente al niño.

—Es todita la cara de Julián —sentencia Ada con cariño.

—Sí, ni cómo negar la cruz de su parroquia.

Yo las miro, apenas intervengo en la conversación que va de amamantar, cólicos y pezones agrietados y todos los misterios de las madres tocadas con su bendita locura. Vuelvo a recordar el tango aquel y pienso que claro que sí, los hijos somos también invención de nuestras madres locas e imaginativas, narración suya además de seres de carne y hueso.

Como ya es tarde, Ada no quiere demorar en decirle a Mónica a qué hemos venido. Con la misma naturalidad que le quitó a Juliancito de los brazos a su mamá, ahora me lo pasa a mí, que torpemente lo sostengo mientras ella saca su teléfono del bolso para mostrarle a Mónica el mensaje anónimo que recibió con la pista para localizar el cuerpo de Marcos.

—Yo qué más quisiera, pero te juro que no sé. Julián nunca me contó nada, era su manera de protegerme. A veces me emperraba con él porque lo sentía lejos, como si no confiara en mí, pero mira lo que son las cosas, Ada, ahora que nació este chamaco, se lo agradezco porque con nosotros no se ha metido nadie, porque obvio saben que yo no sé una chingada.

—Pero ¿nunca trajo a tu casa alguna copia de un papel, algo?

—Nunca de los nuncas, se ponía bien loco protegiendo todo lo que tuviera que ver con su trabajo. Hasta tenía dos teléfonos, yo creía que era porque me andaba poniendo los cuernos por ahí el sinvergüenza, pero nunca lo caché y ahora pues yo creo que ya me voy a quedar con la duda para siempre.

Yo me levanto como resorte, qué ansiedad que Mónica descubra en mi gesto que yo sí sé de la infidelidad de su difunto marido con Verónica. (Ay, carnalito, tenías que ser un cabrón).

Me paseo arrullando al niño como si tuviera toda la experiencia del mundo criando.

La conversación entre ellas sigue, Ada empieza a estar muy irritada, desde que la diagnosticaron a menudo se enoja y se pone agresiva.

—Bueno, ¿y a ti no te importa ni saber por qué mataron a Julián?, no la chingues, Mónica.

—No es que no me importe, pero no quiero saber. Quiero que este niño tenga una oportunidad de vivir.

Mónica se levanta y me quita al bebé de los brazos.

—No quiero saber porque necesito que la puta fiscalía me siga pagando la pensión de viudez para poder largarme de este pinche pueblo de mierda. Así que tampoco quiero que se pongan a averiguar qué pasó con Julián, sí me entienden, ¿verdad?

Ada se resigna, le da un abrazo débil a Mónica y se para en la puerta. Yo le agradezco que nos haya recibido y le prometo que no vamos a agitar las aguas preguntando nada de Julián.

Diré tu nombre para traerte, vendrás
por la raíz, por el humor del tronco, por los círculos de tus años, por
las hojas vendrás al cimbrearse altos los que hablan de ti
OLVIDO GARCÍA

Del aroma de esta mujer que empieza a ser una con el musgo, que viene a sembrar un mensaje más, los árboles saben.

De hojas que se abren sobre las ramas para recibirla como antes se cerraron para evitar el peligro, para no absorber por sus poros la espesura de la bencina residual de aquellos cuerpos calcinados, para no transmutar los vapores que dañan, que intoxican y envenenan desde las raíces hasta la más tierna de las hojas.

Con poca energía y menos cordura esa mujer logró colarse ahí y esos titanes verdes la reciben, altos y sensibles, paralíticos, pero no sordos ni ciegos. Los árboles oyeron, ellos vieron y tienen memoria de aquellos brazos y piernas, de aquellas cabezas, de aquel olor a muerte.

El ritual se repite una vez más, la reverencia de ella, el saludo, las manos hundiéndose en la tierra para cavar esa madriguera y depositar el mensaje en el árbol elegido. Las piernas de Ada que fallan, una caída y la sensación de que los árboles le ayudan a levantarse.

La despedida honorable que esta mañana un águila real sobrevuela silbando una nota sostenida y limpia.

Hijito:

Mi amor, han pasado tantas cosas que no hallo pro dónde empezar a contarte contarte.

Me quedo muchas veces en el pueblo de tu herman porque ni mi casa y además por andar allá lejos estoy lejos de donde andas tú y no puedo buscarte todos los días

Me pongo estoy de malas.

Tomo las pastillas con la enfermedad, no me gusta.

Qué feo hacerse vieja. Vieja y loca. Tu hermana me pone papelitos en la cocina y en las pastillas muy triste no creas,

También me río como el otro día me puse los zapatos al revés.

Hijito:

Estoy esbelta como artista de telenovela.

¿Te acuerdas esa vez que dijiste que me parecía a la de la tele? ay mi niño.

Todos los sueños se han cumpliendo. Sueño la cisterna escondida de los árboles, voy a buscarte.

Mi amor, ya te extraño mucho.

Tu mamá que siempre siempre te lleva en el corazón. Tomo las pastillas.

Y aunque todo se olvide nunca me voy a olvidar de ti.

Ada

El silencio del hotel es peor que la ocasión anterior. En esta bóveda sin ruido mi desorientación parece más grande y mis intentos más absurdos.

Verónica no dijo nada, Mónica tampoco. Siento que Ada está a punto de entrar en un viaje sin retorno a la demencia por su enfermedad, yo no he servido de mucho.

No tengo trabajo y mis ahorros ya están raquíticos.

Debería empezar a preocuparme por mí misma, aceptar esos encargos de guionista para teleseries de ficción mediocres que nadie verá. Ahora mismo recuerdo a un querido amigo periodista que me confesó que todas las noches se planteaba rutas de salida para dejar el oficio, y sigue ahí después de veinte años.

La adicción de perseguir no *la* verdad, sino *una* verdad, no tiene cura. Pero yo sí que estoy doblemente jodida porque ni periodista soy y heme aquí, yonqui de su mismo pabellón.

Rumiando mis ansiedades abro una cerveza y el último de los expedientes que me dejó Julián, no había vuelto a ellos porque me distraje con los otros temas, entre la Comisión Forestal, los códices y los enfermos graves de colitis hemorrágica, que —destino maldito en México— se olvidaron sepultados bajo la tragedia de un grupo de migrantes que murieron calcinados en una estancia de las oficinas de migración. En este país una tragedia sepulta a la otra a un ritmo constante.

Poco a poco me hundo en la lectura del último expediente.

La señora Paula perdió a su hijo cuando él vino de Guatemala a México intentando cruzar no a Estados Unidos, sino a Puerto Rico, buscando a su padre. Otro más de la legión de hijos abandonados.

No comprendo por qué no fue directo de Guatemala a Puerto Rico, el expediente es confuso y las declaraciones de Paula también, pero logro sacar en claro que una motivación importante era reunir dinero trabajando aquí.

Ese muchacho llegó al sur de México con apenas diecisiete años y se empleó como ayudante de albañil, así, en ese oficio itinerante, se encontró un día en el pueblo de Ada, conoció a Marcos y a otros chicos que se buscaban la vida aquí y allá.

Paula se comunicaba con su hijo a través del chat de facebook, así sabía dónde andaba, cómo y con quién; así también le avisaba de los depósitos monetarios que le hacía para que ella se ocupara de atenderse una esclerosis múltiple que la había dejado inhabilitada; así Paula registró y guardó pantallas del chat con su hijo donde este le hablaba del «Jilguerito» y otro compa con el que a veces iba a unos jales, a poner lonas y baños temporales para grandes fiestas.

Con el tiempo, Paula empezó a recibir mensajes de su hijo cada vez más esporádicos, extraños, inconexos. Dejó de hablar de aquellos amigos y empezó a nombrar a otros muchachos, otros sobrenombres.

Así pasaron algunos meses hasta que una mañana el hijo le escribió a Paula para decirle que se iba a la frontera, que allá había una chamba de buena paga. Y durante un buen tiempo solo hubo silencio.

Paula temió lo peor y viajó a México —en silla de ruedas— para reportar la desaparición de su hijo y abrir una carpeta de averiguación, esa carpeta se quedó empolvándose en la fiscalía. Paula regresó a Guatemala y recorrió reptando el pasillo de la Catedral de Esquipulas para pedirle al Cristo Negro que le devolviera a su hijo migrante, a su hijo perdido. Le ofreció al Cristo Negro su cuerpo a cambio de la vida de su hijo: «Que yo lo vea». Y se dedicó a resistir, como pudo, hasta que llegara el día de volver a verlo.

Casi dos años después su hijo volvió a contactarla, dejaba un centro comunitario en Tijuana donde había logrado rehabilitarse del consumo de cristal y regresaba al pueblo del Jilguero. Paula respondió al chat «eres un milagro», también le dio el teléfono del padre ausente en Puerto Rico, que de hecho es ciudadano norteamericano.

Veo las pantallas de la conversación impresas en el expediente y me siento tan dentro y tan fuera de mí misma, no concibo que esta mujer y su hijo hayan tenido que llorar con las yemas de los dedos,

tecleando emoticones que representan el llanto. La conversación termina amorosa, el muchacho le habla del jale que tienen esa noche, va a conseguir unas bases para montar lonas para una fiesta.

Entonces sí desapareció.

La misma noche que Marcos, yendo al mismo sitio.

Más que en la entereza, pienso en el potente amor que debía tener este chico dentro de sí para llevarse a sí mismo a una rehabilitación, él solo, fuera de su país, lejos de su familia, tan joven. Cuánta sangre amorosa en el cuerpo, cuántas ganas de vivir.

Así, un año después de aquella primera vez, Paula vino nuevamente a México. Como entregó las conversaciones con su hijo donde él mismo habla de su adicción al cristal que casi lo mata, de inmediato lo archivaron en el baúl de las víctimas que se lo merecían, las que llevan el membrete de «en algo andaban».

Después no hay nada, sellos, formatos, condena al olvido.

Me aseguro de haber leído hasta la última página, aquí no hay ningún sueño de Paula como en los otros expedientes. No entiendo por qué me lo dio Julián.

Vuelvo a la primera hoja, repaso todo. No hay ningún sueño aquí, solo la pesadilla de la realidad.

¿Por qué Julián me entregó este expediente?

Échame un cable, carnalito, digo mientras levanto mi cerveza al cielo, si total ya hablo con árboles y símbolos prehispánicos en sueños, por qué no he de hablar con fantasmas.

Pilar y yo hemos adoptado una rutina cariñosa y salpicada de neurosis mutuas.

A mí no me gusta hablar cuando escribo, y ella tiene que repetir todo lo que anota en voz alta, mientras lee susurra las palabras sin tregua. Y cuando empieza a escribir se vuelve un recital con el que yo no puedo concentrarme en lo mío.

Así que hemos acordado que yo trabajo en el comedor y ella en su estudio, donde calienta más el sol. El problema es que cada quince minutos me pega gritos desde arriba para comentar cualquier cosa.

Me enfado, pero se me pasa pronto, entiendo la necesidad de interactuar esos últimos años para saber que aún está en el mundo. Intuyo que antes o después yo también llegaré ahí.

Así que mientras estoy escribiendo una nueva entrada para el blog narrando lo que viví en esos tres puntos de búsqueda coreográfica, me llega un grito de Pilar que me hace saltar de la silla.

—¡Encontré algo, veeen, corre!

Y allá voy, me la encuentro a media escalera agitando uno de mis expedientes en la mano.

—Aquí tienes el argumento infalible para que la fiscalía responda a la petición de Ada y organice la búsqueda que ella necesita.

—¿Qué, qué es?

—El muchacho ese, el guatemalteco, si el papá es puertorriqueño de nacimiento, y entiendo que sí por lo que dice la mamá en el chat del facebook, entonces es gringo.

—¿Ajá…?

—Cómo que ajá, burra, que pueden armar un caso, pedir ayuda a las autoridades de allá y presionar desde ahí, que se involucre la agencia gringa y sigan el protocolo para ciudadanos norteamericanos desaparecidos fuera de su territorio.

—¿La USAID?

—Sí, esa, o la que toque, averigüemos bien.

—Eso si encuentro al papá y quiere involucrarse.

—Pues ya le estás llamando a la mamá.

—¡Claro!, por eso Julián me dejó esa carpeta…

—Yo creo que sí, márcale a Ada, a la mejor ella tiene datos de la señora Paula.

Un poco atragantada de esperanza escribo al chat con Ada y Maricela, les pregunto si podemos hablar porque creo que encontré algo. No pasan muchos minutos y Maricela responde que sí, están juntas.

Claro que Ada sabe del muchacho de Guatemala, claro que lo recuerda, pero si ella misma me habló de él aquella vez en su casa… claro que cree que es posible que estén juntos él y Marcos, en el mismo sitio. Nos venimos arriba las tres imaginando que podemos conseguir algo por este camino.

Pero luego Ada empieza a desvariar y confunde al muchacho de Guatemala con otro desaparecido en los años setenta.

Maricela intenta regresarla al presente y por momentos reconecta.

—Sí, sí, el guatemalteco amigo de Marcos, con el que se iban a montar los equipos para la fiesta.

Entonces yo, borracha de entusiasmo y de torpeza, y habiendo leído lo que leí en el expediente de Paula, pregunto sin pensarlo:

—¿Marcos consumía cristal?

Apenas digo la última sílaba de la pregunta me estoy arrepintiendo. La respuesta de Ada me atraviesa como un dardo:

—Pero qué pendejada estás diciendo, ya sabía yo que no se podía confiar en una loca que está más loca que yo y que vive sola, que no tiene hijos ni pareja ni perro que le ladre, una dizque escritora chilanga consentida que no sabe qué hacer con su soledad y que piensa que nos puede rescatar, ¿verdad? Y ni creas que se me va a olvidar porque piensan que estoy loca, no estoy loca…

—Mamá… —alcanza a decir Maricela, pero Ada se levanta y se aleja.

Igual me llega su voz que golpea certera: «Pinche gente pendeja que no entiende nada, ella qué va a saber, solo yo sé lo que traigo dentro…».

Maricela me pide que la disculpe y yo le digo que hablemos después.

Camino a la cocina para sacar un agua mineral del refrigerador y me llega un tufo sucio, descompuesto, de comida vieja.

Qué le voy a hacer, me dolió lo que dijo porque distingo la erosión de personalidad que está haciendo el alzheimer en Ada, pero el zarpazo tocó el nervio y dolió más porque tengo que admitir que esa mujer me dijo la verdad.

Escritora chilanga privilegiada que no sabe qué hacer con su soledad.

Pilar remolca sus casi ochenta años y me alcanza en el piso de la cocina donde me he sentado a llorar buscando que ella no me vea; para colmo de mi situación esperpéntica, Pilar confiesa:

—Vas a tener que levantarte porque quiero darte un abrazo, pero no puedo agacharme yo.

Me río y me levanto, y me abandono al llanto abrazada por esa mujer que con su escaso cuerpo me contiene.

Maricela logró rastrear el contacto de la mamá del muchacho puertorriqueño. Y no, el padre no ha querido responder ni involucrarse. No me extraña. Pero con la ayuda del colectivo de abogadas que siguen acompañando a Paula, logramos meter una solicitud a la oficina de asuntos internacionales en Estados Unidos, pasamos de una asistente virtual a hablar con un funcionario de carne y hueso y conseguir un sello de «recibido».

Y a estas alturas ese logro me parece como haber conquistado junto a Alejandro Magno el imperio persa. Porque con eso podemos volver a tocar a las puertas de la fiscalía y presionar para que se autorice una búsqueda donde Ada quiere, que es justamente al lado del vivero que colinda con sus oficinas. El mismo colectivo de abogadas está llevando ambos casos.

Todo lo hablo con Maricela porque no me he atrevido a volver a contactar a Ada. Maricela se disculpa conmigo un día sí y otro también y me pide que comprenda que su mamá está cada vez más deteriorada por la enfermedad, siempre digo que entiendo y que está todo bien.

Pero sé que tengo que disculparme con Ada por haber hecho aquella pregunta de ese modo, como si no supiera yo que es una forma de estigmatización, que toda familia que busca a una persona desaparecida tiene el derecho y la necesidad de asumir una presunción de inocencia que, en efecto, muchas de las veces se puede comprobar y es incuestionable. En un país con más de 120 mil desaparecidos no puede ser que todos «anduvieran en algo», que todos «anduvieran en malos pasos». Como si no supiera que el reclutamiento forzado y la esclavitud de jóvenes inocentes se ha convertido en el *modus operandi* de los cárteles mexicanos. Tengo que disculparme.

Pero por miedo a que Ada vuelva a tirarme un dardo como aquel, no me había decidido a hablar con ella, hasta hoy que Maricela me

contó lo de la caída. Hace unas semanas, a Ada le fallaron las piernas y se cayó mientras enterraba otra carta para Marcos, pero no dijo nada, esta madrugada tuvieron que hospitalizarla porque el golpe fue importante y al parecer se lesionó el hígado.

—Háblale, le va a dar gusto —remata Maricela.

Así que me trago mis temores y hago una videollamada.

Ada se ve como a través de un vidrio grueso. Yo siento el corazón bajo otro vidrio empañado cuando le pregunto cómo está y me responde que si supe que Marcos está desaparecido, que si ya me contaron. Me lo pregunta varias veces al principio de la conversación como si no supiera que yo sé, como si hubiera olvidado del todo quién soy y que mi relación con ella surgió precisamente por la desaparición de Marcos.

Juego con un anillo que llevo en la mano izquierda. Ay, Ada.

—Soy yo, estamos buscando juntas, te acompañé a dejar la carta en el Mirador, ¿te acuerdas?

—Sí. Oye, ¿te vas a casar?

—No, cómo crees —respondo riendo.

—Voy a preparar un chicharrón en salsa verde cuando te vea.

Este vaivén de olvido y memoria es un desconcierto que cala profundo. Le digo que sí funcionó la estrategia de solicitar la intervención de las oficinas gringas, que ahí vamos, avanzando.

Guarda silencio y luego me da las gracias, después dice: «Perdóname, me dijo Maricela que fui grosera contigo». Lo dice como una niña pequeña que se disculpa después de un berrinche.

Respondo que no tengo nada que perdonarle, que yo me equivoqué, que la quiero mucho, que está todo bien.

No sé cómo seguir.

—Quedó muy bonito el mapa, ya tiene la foto de Marcos, el mapa que tú hiciste del bosque, ¿te acuerdas? —vuelvo a tirar del hilo.

—Cómo no me voy a acordar, ni que fuera tonta.

Nos reímos, la oigo cansada y me despido con ese pretexto, pero la verdad es que no sé cómo sostener esta conversación.

Subo al estudio de Pilar y le propongo salir a cenar, nos vendrá bien cambiar de ambiente. Se entusiasma de inmediato y sugiere un

restaurante italiano medio desvencijado que sigue sirviendo buenas pastas y está cerca de su casa.

Mientras intento arreglar mi desastre de pelo de «muchachito», le aconsejo que lleve el bastón para chantajear al personal y sonríe complacida.

—No es necesario, querida, el dueño es mi amigo y a ese carcamán no puedo engañarlo.

Las mesas las ocupan personas mayores, en este contexto me siento de una juventud desbordante, todos aquí me llevan treinta años o más. Pienso que se acaba el mundo como lo conocimos, de verdad se acaba.

Observo con atención, estos viejos y viejas alrededor mío comen con poco interés, pero hablan entre ellos con una avidez como si se les fuera la vida. Y sí, se les va.

Nadie toma *selfies* aunque tienen los teléfonos junto a ellos. Hablan, hablan y se ríen. Lo que habría dado para que Ada pudiera envejecer así.

Pilar está contenta, cuando llegamos al postre pide dos *limoncellos* para la digestión.

—Uf, está fuerte esto —digo.

Pilar levanta su copa y la mide con el índice y el pulgar: —Es chiquitita, no te rajes.

—Que Ada no se muera sin encontrar a Marcos, por favor, por favor, por favor —digo mirando a los ojos a Pilar. Las dos estamos con los ojos arrasados de lágrimas.

Mi teléfono alterno vibra, cuando logro sacarlo del bolso veo un mensaje de texto de un número con prefijo de Estados Unidos: «En el vivero junto a la curva, hay una cisterna subterránea, se asoman las puntas de las varillas, atrás la tierra está floja, ahí».

Con el «licenciado» recién nombrado con el cargo de fiscal regional y ya en otra ciudad, la muerte de Julián y el ruido que hizo la epidemia de moscas, la fiscalía está en la mira pública y se aterran ante la posibilidad de involucrar a las autoridades gringas.

Maricela y yo no damos crédito cuando nos confirman que se hará una búsqueda con la Comisión Estatal exactamente donde queremos, ahí, donde me llegó el mensaje anónimo que, la intuición me lo dice, debió enviar Verónica.

A esta búsqueda no va Ada, que sigue en el hospital. Tampoco yo porque las abogadas sugieren mantenerme lejos, ya que la pista llegó a mi teléfono y me convendría no estar ahí si algo pasara pues existe la mínima posibilidad de que yo sea un canal de comunicación para nuevas pistas anónimas.

Como esta prospección es «espontánea» y no programada, no se despliega toda la coreografía de vehículos y uniformados.

Solo el personal esencial de la Comisión Estatal, un par de unidades de la policía local, Maricela y otras cuatro mujeres del colectivo que la acompañan están ahí. Esta vez también hay retroexcavadora.

Y ahí están las varillas que señalan la ubicación de la cisterna.

Y ahí está la cisterna.

Y esta vez la búsqueda es positiva.

La cisterna es un crematorio clandestino y está llena de restos humanos, pero no solo eso.

A unos tres metros de la cisterna, un árbol con las hojas cerradas y cubierto de negrilla ha extendido sus raíces expuestas lateralmente casi hasta tocar con la cisterna. Ahí, bajo el árbol, hay otros cuerpos.

Maricela mira a las otras mujeres temblar y se da cuenta de que ella misma es un temblor desaforado, busca su teléfono y llama a su madre al hospital, intenta controlarse, pero le castañean los dientes cuando por fin es capaz de articular:

—Mami, es positiva.

FERNANDA RUBÍ SALCEDO JIMÉNEZ
Fui secuestrada el 7 de septiembre de 2012 en Orizaba, Veracruz, a la edad de veintiún años. Me gusta cocinar y mi sueño es estudiar para chef; además me encantan la música, las mariposas y las estrellas. Mis personajes favoritos son Elmo, Taz y Mimí. Amo a mi familia y los extraño tanto como ellos a mí. Que mis raptores y secuestradores sean movidos a misericordia; que la sociedad civil se entregue en conciencia y solidaridad a la lucha de nuestras miles de familias buscando. Pido que lo que me pasó a mí nunca te pase a ti. Que nos encuentren.

MARAZUBA TERESA GÓMEZ MONTES
Fui secuestrada y estoy desaparecida desde el 29 de noviembre del 2010 en Durango, Durango. Estudié una licenciatura en Derecho para ayudar a personas indefensas como tú o como yo, ahora es a mí a quien se llevaron a ninguna parte. Nos secuestraron en Durango, cuatro compañeros en el ejercicio de su trabajo, Mara, Elberth, Vicente y Gustavo. Yo tenía veinticuatro años, mamá y papá me han buscado, sus corazones se están ahogando en sufrimiento, pasará el tiempo y me seguirán buscando hasta el último día. Ayúdanos a exigir justicia para los que no hemos podido regresar a nuestras casas con nuestras familias.

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad con profunda tristeza devela esta placa al cumplirse dos años de los cobardes asesinatos de:

JUAN FRANCISCO SICILIA ORTEGA, JAIME GABRIEL ALEJO CADENA, JULIO CÉSAR ROMERO JAIMES, JESÚS CHÁVEZ VÁZQUEZ, ÁLVARO JAIMES Y MARÍA

del Socorro Estrada Hernández. Por ellos, presentes de corazón.

Miguel Ángel Hernández Sánchez
Desaparecido desde el 25 de agosto del año 2019 en Reynosa, Tamaulipas; era enfermero. Coincide con un periodo de desapariciones de otros profesionales de la salud como enfermeros y paramédicos. En agosto 2024, Laura Sánchez, madre de Miguel Ángel, en silla de ruedas por la diabetes, hipertensión y distrofia simpática que la aquejan, se plantó en el asta bandera del Zócalo de la Ciudad de México junto a otras mujeres para protestar por la inacción del gobierno ante la crisis de personas desaparecidas.

Carlos Palomares Maldonado
Está desaparecido desde el 22 de septiembre de 2010 en la Ciudad de México. Carlos salió a entregar unas figuras de colección de la saga *Star Wars* para intercambiarlas por un auto, jamás volvió. Desde entonces, Ana, su madre, lo busca. En agosto del 2024, Ana también se plantó en el asta bandera del Zócalo de la Ciudad de México para protestar por la inacción del gobierno y las autoridades ante su caso.

Roberto Quiroa Flores Valdez
Fue desaparecido el 10 de marzo del 2014 en Reynosa, Tamaulipas. Su madre, Icela Valdez, logró ingresar a la conferencia mañanera del presidente López Obrador en el año 2019; ella se arrodilló frente al mandatario y el presidente le prometió que él le entregaría a su hijo, una fotografía de aquel momento se volvió famosa. En agosto del 2024, casi al final de la gestión, Icela se plantó junto a otras mujeres en el Zócalo para impedir que se izara la bandera pues considera que el gobierno está en guerra con las madres buscadoras a las que

ignoró todo el sexenio, Icela tenía la esperanza de que el presidente volviera a recibirla o enviara a alguien de su gabinete a escuchar sus demandas. Pasaron veinte días y nadie fue a escucharlas, tuvieron que abandonar el plantón por las dificultades de acampar en temporada de lluvias y los problemas de salud que las aquejan.

Colectivo 10 de Marzo, Desaparecidos México,
Unión de Madres Buscadoras.

Extraña cosecha

Nadie regresa igual luego de contemplar una masacre, ni quien la atestigua, ni quien la perpetra. Nadie ni nada regresa, tampoco la tierra, tampoco el aire, tampoco la memoria. Me pregunto cuánto se muere de la humanidad cada vez que la humanidad mata.

¿Cómo es que estos árboles reaccionando al entorno han empezado a dar señales de llegar al límite antes que nosotros?

Más de cien kilos de restos óseos a medio calcinar hallaron en la cisterna que no era cisterna. La exhumación está hecha y ahora se espera que empiece el proceso para la validación de ADN e identificación de los cuerpos, será largo. Y aunque no se le puede llamar paz cuando se vive acribillado de dolor y espanto, Ada y las otras mamás están en un lugar distinto, como el del guerrero que llega a la última prueba. No sé qué digo, pero quiero decir que las veo transitar del dolor incierto al dolor certero, saben que están cerca de un final de camino.

Maricela se ahogaba contándome del olor y yo me erizaba viendo las fotografías que me envió.

«Nunca voy a dejar de oler a eso, a pelo chamuscado, a animal quemado… creo que no voy a volver a comer nunca».

Me gustaría llevarla a una cascada o a un río para que meta los pies, acunarla, cantarle una canción que la consuele contra el mundo.

La cuerda eterna de las asociaciones se activa, piel adentro escucho la voz de Billie Holiday cantando *«Strange Fruit»*.

Southern trees bear strange fruit
blood on the leaves and blood at the root.
Black bodies swinging in the Southern breeze
strange fruit hanging from the poplar trees.

Entonces le digo a Maricela que un día la humanidad se avergonzará de esto, que un día será imposible que vuelva a pasar. Sé que estoy mintiendo porque quién puede asegurarlo, pero quiero creerlo y que ella lo crea. Creer no es mentir.

Los chopos del sur, con su fruta extraña,
sangre en las hojas y sangre en la entraña.
Cuerpos negros mece la brisa queda,
qué fruta extraña entre la arboleda.

En medio del desconsuelo Maricela me relata el pasmo de todos al ver el tronco totalmente cubierto de negrilla y luego los dos cuerpos enterrados bajo ese árbol que parecía querer levantar las raíces y mostrar lo que ocultaba.

Escena gentil del sur indulgente,
bocas torcidas, un ojo saliente.
Las dulces magnolias sueltan su aroma
carne que arde, apesta y se asoma.

La pregunta que nos hacemos las dos, que nos hierve en la cabeza es: ¿cómo pudo ignorar el personal de la fiscalía lo que pasaba a poco más de un kilómetro de ellos?, ¿es negligencia o complicidad?, ¿no están dispuestos a detener al crimen organizado simplemente porque no están dispuestos a detenerse a sí mismos?

Pienso en todas esas personas. Morir así, necroproductos derivados de una guerra que ni era suya, ignorados por un sistema que también está untado de sangre, que no quiere saber y no quiere que se sepa.

Un sistema desplazado por un árbol con más vocación de verdad que todo el palabrerío oficial y vacío que seguimos escuchando.

Bocas de cuervos la fruta devoran,
la lluvia la moja, vientos desfloran,
la fermenta el sol, el árbol desecha.
Es una extraña y amarga cosecha.*

Pilar y Frances han llegado a una conclusión sobre el pictograma del zompantle en los códices, resulta que no presagiaba puramente una mortandad nueva, como dijo mi jardinero, más bien daba testimonio de una guerra pasada, el chispazo de Pilar pensando en Cihuacóatl la llevó a comprender la premisa de la repetición. La extinción de un pueblo y su renacer. El llanto de Cihuacóatl anuncia el dolor antes de que suceda porque ya lo vivió, porque ya lo conoce. Todo presagio viene de observar las repeticiones del pasado.

Así que ahí donde habían caído y enterrado muchos cuerpos, los colorines mostraban un cambio que sí, podría haber sido un hongo de raíz, zompantle. Un proceso de descomposición que alteraba la tierra y por lo tanto al sistema radical de los árboles, una necrosis celular diferenciada.

La publicación del crematorio clandestino hace mucho ruido, pero pasa pronto; siento una rabia que me abrasa, no puedo creer que estemos hechos a la medida de tanta brutalidad, que nos arrullemos al conteo de los desaparecidos.

Con la explicación y los documentos que me dio Pilar, recuerdo aquella pancarta que nos robó el aliento en la primera gran marcha contra la desaparición de los muchachos de Ayotzinapa en el año 2014:

¿Qué cosecha un país cuando siembra cuerpos?

Y así titulo una entrada que publico en mi blog donde, concluyo, tendría más sentido hablar con los árboles para encontrar una salida a esta dantesca realidad. Porque quién iba a decirnos que diez años después habría un Ayotzinapa casi en cada municipio de este país. Que más de quinientos años después seguiríamos oyendo el lamento de Cihuacóatl y relatando nuestra historia de guerras sobre guerras y muerte sobre muerte con códices y sin ellos.

Habría que hablarle a cada árbol, ese *axis mundi*, que acaso contiene más humanidad que nosotros y desde luego más memoria, para convocar su compasión. Escribo sobre los árboles sobrevivientes de la bomba nuclear en Hiroshima, que los japoneses llaman *hibakujumoku*, árbol bombardeado, y que llevan en la corteza la memoria de ese horror, pero renacieron sobre las partes quemadas. Las personas sobrevivientes son llamadas *hibakusha*, y existen como prueba de las cuotas de brutalidad que puede alcanzar esto que llamamos «civilización humana». Cuando pienso que en Hiroshima y Nagasaki murieron alrededor de 210 mil personas, casi el mismo número de hombres y mujeres asesinados durante el último sexenio en este país, necesito levantarme de la silla porque me ahoga la imagen que explota en mi cabeza.

Queda confiar —remato— no en las autoridades, no en la justicia, no en la historia, no en la sociedad insolente, solo en los árboles.

Pilar lee mi texto y mueve la cabeza.

—Ya sé, soy como el poeta que escribe todas las mañanas el mismo verso, a ver si cambiando una coma logra un portento.

—No es eso —responde—, me preocupa tu tono furibundo después de lo que ya sabemos.

Y sí, apenas publico la entrada llueven los comentarios coincidentes, indignados y también los ofendidos, los violentos.

En una sincronía casi exacta, llega un mensaje SMS a mi antigua línea: «Te dijimos que te callaras, puta, atente a las consecuencias», y otro a la línea alterna con aquel prefijo de Estados Unidos: «Agáchate unos días, por seguridad».

Así que no me queda más remedio que hablar con mi amiga Tamara, una vieja conocida en la comunidad de los Wahgoshig al norte de Canadá, para pedirle asilo. Por supuesto responde que me espera con los brazos abiertos.

Llamo a Ada y Maricela para despedirme de ellas, pero me quedo triste, me sabe mal no poder darles un abrazo.

Ada me dice que si supe que ya encontraron a su niño. Me doy cuenta de que, aunque su memoria está cada vez más fuera de este plano, hay un relumbrón de alegría en esa cara adelgazada que me

da cierta tranquilidad. Aunque no han recibido los resultados de las pruebas de ADN, Maricela me cuenta que su madre le asegura que uno de los cuerpos del árbol es Marcos, no tiene la menor duda: lo sabe porque ya no sueña con él.

Los árboles me recuerdan a él. Largos y afilados. Tratando de ascender, rasgando sin saberlo el cielo con su mano. Plena mansedumbre.
Los árboles son como muchachos bien criados.

El llanto de un árbol consuela los esfuerzos de mi fe
MARGARITA PINTADO

Hay quienes lo explican como un fenómeno del cambio climático y quienes aseguran que solo se trata de una plaga, pero no deja de haber un desconcierto, un misterio que impresiona. El fenómeno de los árboles cerrando las hojas, empalmándolas, se replicó en buena parte del país, ya no solo es el pueblo de Ada y otros aledaños, ya es en siete estados. Nadie entiende a ciencia cierta a qué se debe, pero hay imágenes apocalípticas de bosques enteros con las hojas oscuras y plegadas sobre sí mismas. Parece que esos bosques estuvieran de luto, rezando.

Ahora sí la Comisión Forestal exhibe un interés burocrático y televisivo, aseguran que desde meses atrás analizaban la situación y que están por llegar a un diagnóstico definitivo. Entre los cariacontecidos que se presentan para dar un mensaje tranquilizador durante la perorata mañanera del presidente veo a mi «amigo», aquel técnico que me entregó a la burla de sus jefes y que nunca más volvió a contestarme el teléfono. Mejor me río.

Es un lugar común, pero la distancia me aligera, hay cierta levedad en estar lejos, me gusta este frío del bosque canadiense y jugar con la hijita de Tamara me equilibra, me trae de vuelta a la posibilidad del bienestar comunitario que a veces parece tan lejano.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento en calma a lo largo del día y la noche, no estoy al borde de los ataques de pánico y no se dispara mi ansiedad ni cuando L me llama porque Pilar le contó

que estoy aquí y se preocupó por mí. Hablamos desde un buen lugar L y yo, confirmo que ya me siento lejos de él piel adentro y me hace bien constatarlo. Es un buen tipo, genuinamente espero que tenga una buena vida.

Además, Tamara insistió y hace dos noches realizaron un ritual de la comunidad Algonquin —los Wahgoshig pertenecen a ella— donde pidieron a los espíritus que me protejan y me lleven por el buen camino, el camino del corazón. Honrar a los árboles, me dice Tamara, ya es una forma de respeto que los espíritus ven con buenos ojos y por la que, asegura, me bendicen.

Cuando me descubro tratando de racionalizar, me alejo de inmediato de ese registro mental y me entrego a este credo que mi amiga y su gente me proponen y que, mientras estoy aquí, me sienta increíblemente bien.

Me tomo una foto caminando en este bosque con la cabeza cubierta por una gorra de punto que Tamara me regaló y me sorprende mi propio rostro, soy otra persona. Se la mando a Maricela junto con un mensaje donde le cuento que estoy bien y en respuesta me envía fotos alucinantes de los «árboles en plegaria» (así nos referimos a ellos), intercambiamos mensajes fluidamente hasta que por un rato ella deja de contestar.

A las dos horas me manda un mensaje que desata en mí todas las emociones: «Sí es Marcos, ya tenemos resultados del perfil genético!!!».

Antes de que yo pueda responder cualquier cosa, Maricela inunda mi pantalla con una explosión de emoticones que van del llanto a los corazones, los soles, los destellos y de nuevo el llanto.

«Es él, es mi hermanito».

hijo:

Hijito:

te soy gracias mi amor y tu hermana. Dios con nosotros

«Los recuerdos vegetales pueden atravesar generaciones, ya que los vástagos de padres estresados heredan una mayor capacidad de generar diversidad genética cuando se reproducen, aunque la generación siguiente viva en condiciones favorables. Parte de la inteligencia de una planta existe no dentro de su cuerpo sino en relación con otras especies. Las puntas de las raíces, en especial, conversan con especies de toda la comunidad de los seres vivos […] Estos intercambios químicos sitúan la toma de decisiones en la comunidad ecológica y no en una especie concreta. Las bacterias producen pequeñas moléculas que sirven de señales, lo que permite que las células tomen decisiones colectivas.

Casi el noventa por ciento de todas las especies vegetales establece uniones subterráneas con hongos. Esta red de comunicación también incluye a las hojas. En ellas las células de las plantas no solo olisquean el aire para calibrar la salud de sus vecinos, sino que también transmiten olores.

Virginia Woolf escribió que la "vida real" era la vida común, no las pequeñas vidas separadas que vivimos como individuos. Su esbozo de esta realidad incluye los árboles y el cielo, junto a los humanos. Sostener que los bosques piensan no es un antropomorfismo. Los pensamientos de un bosque surgen de una red viva de relaciones, no de un cerebro como el humano».

David George Haskell, *Las canciones de los árboles*

Al final la desmemoria de Ada se le echó encima y la cubrió por completo.

Esta mujer con la piel distensa y esa boca fina, plácida y sin color que yace en la modesta cajita es la misma que un día vi caminar con su pala a cuestas. Lo creo, pero no me resigno.

No sé cómo voy a hacer para seguir en esto sin volver a conversar con ella, no sé si podré acostumbrarme.

Tomé el primer vuelo de regreso en cuanto me avisó Maricela que, curiosamente, no llora. Aquí nadie llora. Hay un vaivén de platos desechables con guisos como manjares que las otras mujeres del colectivo de búsqueda trajeron.

Disfagia, el cerebro de Ada olvidó la diferencia entre deglutir y respirar. Sus pulmones colapsaron.

—Hasta eso lo agradezco, fue rapidísimo —dice Maricela.

Que su madre no se esforzó en toser o hiperventilar, sencillamente se entregó, «se apagó y dobló la cabeza como pajarito».

Veo las cervezas en una cubeta con hielos y varias botellas de caribe cooler que, en honor a su madre, Maricela trajo. Destapo una y brindo con ella.

—Sabe horrible, es muy dulce, yo no sé cómo mi mamá tomaba esto.

—Es pecado capital burlarse del chupe del difunto —dice una de las señoras del colectivo.

Las risas suenan cálidas como un relámpago de gracia.

Ni tan tremenda la muerte, me resigno, jodido lo otro, el infierno de la incertidumbre que esta mujer tuvo que llevar en el cuerpo durante años. No lo digo porque no me atrevo, pero sé que se abrió una grieta de alegría entre tanto dolor porque pudo encontrar a su hijo.

Como si me leyera el pensamiento, Maricela señala la fotografía de Ada junto a Marcos que asoma a un lado de las flores y las velas, luego choca su botella con la mía.

—Ya van a descansar juntos.

Pilar y yo nos abrazamos tan fuerte que siento que le voy a romper esa finísima espalda.

Llegó el momento de volver a mi departamento y decidir qué hacer, no puedo seguir refugiándome aquí y allá toda la vida. No voy a regresar corriendo a Canadá por miedo a las amenazas, ya una vez lo hice, pero sé que no es alternativa para mí estar fuera de México. Y en el fondo creo que el hostigamiento en los mensajes tiene el objetivo de provocar mi autocensura más que ser una amenaza con posibilidades reales de materializarse.

—Tengo que contarte algo —dice Pilar.

—Cuéntame.

—Bueno, igual es puro chisme y no te importa…

—Ya dime.

—Recibí la invitación a una boda…

Me extiende un sobre que entre risas abro, anticipando de lo que se trata. L se va a casar.

—Wow. Tanto que nos cagamos él y yo en la jodida institución del matrimonio.

—Querida, si no fuera por los incongruentes no habría humanidad.

—Eso sí, pues qué bien por ellos.

—O qué mal por ellos —remata Pilar siempre puntillosa.

Volvemos a reírnos, ella insiste en que esa es mi casa, que puedo quedarme cuanto quiera, pero yo sé que es tiempo de recuperar mi espacio sola.

Por suerte se acerca el final del contrato de alquiler y creo que lo más sensato será mudarme, una vez más, a un departamento nuevo en este laberinto que es la Ciudad de México.

Meto la llave con miedo, pero me encuentro que está todo intacto, cada cosa en su sitio, mis libros exactamente como los dejé

y, sobre ellos, el mapa que había rediseñado de las búsquedas de Ada y que ya no pude llevarle.

Contagiada sin remedio de la manía de Pilar, sintonizo la radio y escucho que el ahuehuete copia del árbol anterior también está muerto, los expertos han aconsejado retirarlo.

Somos un país condenado a repetir la historia.

Me cambio de ropa para salir a correr y llevo conmigo una carta que le he escrito a Ada y también su mapa. Es un día atípico y un horario atípico, el bosque de Chapultepec está semivacío y yo tengo ganas de correr hasta que se me descoyunte el esqueleto.

Así que corro y corro y lloro y me falta el aire y sigo corriendo y recordando mi sueño de anoche con un bosque andante.

Finalmente me rebasa el cansancio y paro.

Me adentro para alejarme del perímetro donde suelen apostarse los soldados que vigilan el bosque y busco dónde enterrar la carta junto con el mapa porque no sé qué otra cosa hacer o más bien porque no encuentro cosa más sensata por hacer que esta.

A lo lejos se oyen las trompetas de la infantería del colegio militar que está a pocos kilómetros, inevitablemente me siento inquieta y me da una taquicardia, pero me sobrepongo. Si alguien pregunta, diré que es un ritual de amor como tantas veces he visto a la gente venir a enterrar amuletos que cubren con pétalos de rosas sin ser cuestionados porque para las manías románticas siempre hay simpatizantes.

Cuando me acuclillo frente al árbol elegido y levanto una piedra afilada dispuesta a cavar, percibo ese olor acre, amoniaco. Alzo la mirada y los veo: uno, dos, tres … imposible contarlos desde aquí, son muchos y todos son ahuehuetes, en la base del tronco alojan pequeños pero tupidos hongos oscuros que parecen una variación de la negrilla.

Me sube a la garganta aquel regusto amargo.

Querida Ada:

Primero soñé contigo, tu cara sencilla y esa sonrisa amplia que pocas veces te vi desplegar completa. Tu melena gris y negra al aire, un pelo como corona de reina.

Tal vez es que mi cuerpo se quedó con necesidad de un último contacto o yo no sé, pero ese abrazo que me diste anoche se sintió tan real que no habrá en el mundo quien me convenza de que no fue verdadero, que no viniste a verme desde algún universo lejano.

Y luego fueron los árboles rugiendo, resoplando, dejando de ser mudos.

Pude oírlos con el pecho, con las plantas de los pies. No me repongo de los silbidos sinfónicos, del movimiento sísmico de la tierra y sus raíces que sentí nítidamente durante el sueño.

Lo mudo rompió el silencio, los árboles articularon lo imposible.

Mi lengua tenía que decir lo que escuchaba, pero no sabía cómo, y me vi repitiendo esa frase: «Mi lengua no sabe cómo decir que se acerca el bosque andante».

Te vi ahí, Ada, hablando palabras que tampoco comprendí, y todo aquello mezclado con la frase del bosque andante, y de pronto un teatro lleno de luces, aquel teatro de mi adolescencia cuando jugaba a ser actriz y memorizaba las líneas de Shakespeare y las recitaba temblando.

Y era todo confuso y claro a un mismo tiempo.

Lo feo hermoso y lo hermoso terrible.

Y tu lengua a una con el coro del bosque marchando. Luego las raíces llenas de negrilla y la textura del hongo una misma con los cuerpos y todo avanzando, lenguas, ojos, troncos, hojas, manos.

Vi a las madres extendiendo los brazos, encontrando a sus hijos que reptaban a tientas como recién nacidos que rompen aguas en vientres de barro.

Y eran tantos, miles, tantos.

Y el bosque asediando un edificio, un castillo, una mole de piedra que se cimbró frente a la marcha del bosque movilizado.

Lo feo hermoso y lo hermoso terrible.

Entonces desperté arrancada de golpe de todo aquello.

Lo sé, Ada, por los que faltan tenemos que seguir buscando.

* * *

---

* La versión al español de «*Strange Fruit*» es de Julia Santibáñez.

Esta es una lista de personas desaparecidas, cuyos nombres sus familiares han hecho públicos en diferentes medios o directamente con fichas de búsqueda en las calles.

AGUASCALIENTES
Gerardo Cabrera Reveles desapareció el año 2022. Héctor Hugo Molina Galván desapareció el año 2009.

BAJA CALIFORNIA
José Miguel Martínez Villanueva desapareció el año 2020.

CHIAPAS
Fidencio Gómez Santiz desapareció el año 2016.

CHIHUAHUA
Guadalupe Ortíz Hernández desapareció el año 2018.
María Olga Navarro Fierro desapareció el año 1977.
Marco Harvey Almeida Picó desapareció el año 2018.
Lorenzo Soto Cervantes desapareció el año 1978.
Jorge Varela Varela desapareció el año 1977.
Francisco Mercado Espinoza desapareció el año 1977.
Luis Benito Espinoza Lucero desapareció el año 1977.

CIUDAD DE MÉXICO
Natali Carmona Hernández desapareció el año 2019, ya fue encontrada sin vida.
Jussel Armando García Hernández desapareció el año 2021, ya fue encontrado sin vida.
Rodrigo Ricardo Rico Fernández desapareció el año 2019.
Victoria Lizbeth Posadas Silva desapareció el año 2021.

Francisco Albavera Trejo desapareció el año 2012.
Wenceslao José García desapareció el año 1975.
Santiago García Loaiza desapareció el año 2019.
Rafael Castro Hernández desapareció el año 1976.
José María Valverde Solís desapareció el año 2015.
Gilberto Martínez González desapareció el año 2021.
Dulce María Sánchez Dávila desapareció el año 2021.
Leonardo Sandoval Cazares desapareció el año 2022.
Dora Elba Solís Parrilla desapareció el año 2010.
Teodulfo Torres Soriano desapareció el año 2013.
Sofía Lorena Meneses Méndez desapareció el año 2018.
Saúl Meza Enríquez desapareció el año 1977.
Rafael Ramírez Duarte desapareció el año 1977.
Nancy Jaqueline Moreno Becerril desapareció el año 2007.
Luis Axel Guzmán Zárate desapareció el año 2021.
Leticia Galarza Campos desapareció el año 1978.
José Alberto Herrera Brindis desapareció el año 2014.
Jesús Fabricio Mohedano Patiño desapareció el año 2019.
Jael Monserrat Uribe Palmeros desapareció el año 2020.
Geovanny Benítez Ricardo desapareció el año 2006.
Elena Liliette Álvarez López desapareció el año 2017.
Carlos Palomares Maldonado desapareció el año 2010.
Bryan Quintero Apodaca desapareció el año 2016.
Alicia de los Ríos Merino desapareció el año 1978.
Óscar Manuel González Andrade desapareció el año 2022.
Victoriano Rodríguez Zurita desapareció el año 2022.
Viviana Elizabeth Garrido Ibarra desapareció el año 2018.
Tania Karina Domínguez Morales desapareció el año 2019.
Noemí Elizabeth Ramírez Neria desapareció el año 2016.
Nelson Mario Quezada Aguirre desapareció el año 2019.
Mariela Vanessa Díaz Valverde desapareció el año 2018.
Marcos González García desapareció el año 2020.
Luis Ángel López Guzmán desapareció el año 2018.
Karla Elena Ramírez Murrieta desapareció el año 2020.
Irvin Arturo Juárez Martínez desapareció el año 2019.
Guadalupe Pamela Gallardo Volante desapareció el año 2017.

Guadalupe de la Cruz Díaz desapareció el año 2019.
Francisco Tinoco Rodríguez desapareció el año 2021.
Fernando Javier Chong Santiago desapareció el año 1982.
Felipe de Jesús Olvera Martínez desapareció el año 2019.
Eduardo Ramírez González desapareció el año 2020.
Edgar Guzmán Zaldo Álvaro desapareció el año 2020.
Cristopher Aguilar Hernández desapareció el año 2020.
Carlos Giovanni Salazar Valencia desapareció el año 2022.
Leonel Báez Martínez desapareció el año 2019.
Jesús Armando Reyes Escobar desapareció el año 2019.
Ángel Gerardo Ramírez Chaufon desapareció el año 2019.

COAHUILA
Even Cerda Gómez desapareció el año 2022, ya fue encontrado sin vida.
Cosme Humberto Alarcón Balderas desapareció el año 2011, ya fue encontrado sin vida.
Luis Enrique Ramírez Romero desapareció el año 2018.
Moisés Estudillo Madrigal desapareció el año 2022.
Luz Adriana De la Rosa Cariaga desapareció el año 2021.
Antonia Rocha Alvizu desapareció el año 2021.
César Eduardo Téllez Ferrel desapareció el año 2021.
José Manuel Rodríguez Rodríguez desapareció el año 2021.
Jovanna Dibanhi Aguilar Pérez desapareció el año 2021.
Liliana Leticia Ríos Villela desapareció el año 2017.
Laura Valeria Ramos Ríos desapareció el año 2017.
Valente Rodríguez Tovar desapareció el año 2017.
Jonathan Alexander Gutiérrez Duarte desapareció el año 2017.
Luz María Rodríguez González desapareció el año 2017.
Wendy Juliana Robledo Mancha desapareció el año 2013.
Jesús Gerardo Martínez Sánchez desapareció el año 2012.
Pablo Alfonso Macías Peña desapareció el año 2012.
José Gilberto Rodríguez Pérez desapareció el año 2012.
Omar Yair Velázquez Luna desapareció el año 2012.
Mónica Isabel Esquivel Castillo desapareció el año 2011.

Maura Azucena Jaso Rojas desapareció el año 2011.
Alfredo Flores De Jesús desapareció el año 2011.
Jesús Fernando Castillo Gallegos desapareció el año 2011.
Ulises Orlando Sánchez De la Rosa desapareció el año 2011.
Flor Estela Rodriguez Villarreal desapareció el año 2010.
Noé Martínez Carranza desapareció el año 2010.
Sotero Guzmán Loera desapareció el año 2010.
Mayra Alejandra Flores Calvillo desapareció el año 2010.
Jaime Bretado Ávalos desapareció el año 2009.
Lidia Ávalos Águila desapareció el año 2009.
Adriana Elizabeth Saucedo Martínez desapareció el año 2009.
Arturo Rentería Rodríguez desapareció el año 2009.
Sandra Yadira Puente Barraza desapareció el año 2008.
Ofelia Ramírez Martínez desapareció el año 2007.
Alejandro de Jesús Rada Valdés desapareció el año 2011.
Jeancarlo Román de la Cruz desapareció el año 2021.
Pedro Ramírez Ortiz desapareció el año 2008.
Víctor Manuel Domínguez Domínguez desapareció el año 2018.
Valentín Hilario Luis García desapareció el año 2011.
Thania Sánchez Aranda desapareció el año 2012.
Servando García Campos desapareció el año 2009.
Sergio Ramiro Guerrero Almaraz desapareció el año 2009.
Rubén Limón Ramos desapareció el año 2011.
Raúl Ignacio Reyes Cepeda desapareció el año 2009.
Rafael Zavala Martínez desapareció el año 2010.
Rafael Zavala Contreras desapareció el año 2010.
Wilfredo Álvarez Valdéz desapareció el año 2011.
Elsa Judith Pecina Riojas desapareció el año 2011.
Perla Liliana Pecina Riojas desapareció el año 2011.
Óscar Germán Herrera Rocha desapareció el año 2009.
Noé Soto Barrios desapareció el año 2010.
Mario Alberto Morales Cano desapareció el año 2010.
Manuel Hernández Vargas desapareció el año 2011.
Luis Carlos Burciaga Ramos desapareció el año 2009.
Juan José Flores Herrera desapareció el año 2012.
Juan de Dios Delgado Alvarado desapareció el año 2010.

Juan Antonio Ornelas Solís desapareció el año 2009.
José Juan Peña Espiricueta desapareció el año 2011.
José Francisco Juárez Adriano desapareció el año 2008.
José de Jesús Lara García desapareció el año 2011.
José Antonio Flores Medina desapareció el año 2012.
Lauro Cantú Villareal desapareció el año 2010.
Jorge Arturo Cantú Villareal desapareció el año 2010.
Jonathan Michel Maldonado Silos desapareció el año 2010.
Jesús Ricardo Gámez Delgado desapareció el año 2018.
Jesús Manuel Rivera Rendón desapareció el año 2009.
Jesús Daniel Flores García desapareció el año 2010.
Jesús Antonio Mena Contreras desapareció el año 2010.
Javier Burciaga Vázquez desapareció el año 2008.
Jaime César Álvarez García desapareció el año 2012.
Iván Baruch Núñez Mendieta desapareció el año 2011.
Israel Torres Lazarín desapareció el año 2009.
Hugo Marcelino González Salazar desapareció el año 2009.
Héctor Rangel Ortiz desapareció el año 2009.
Héctor Armando Tapia Osollo desapareció el año 2010.
Gerardo Villasana Hernández desapareció el año 2008.
Ezequiel Castro Torrecillas desapareció el año 2009.
Edson Amadeo de la Rosa García desapareció el año 2009.
Daniel Zavala Martínez desapareció el año 2011.
Daniel Roberto Dávila Montalvo desapareció el año 2009.
Daniel Durán Espinoza desapareció el año 2009.
Daniel Cantú Iris desapareció el año 2007.
Cruz Martín Batres Ramírez desapareció el año 2012.
Claudia Rizada Rodríguez desapareció el año 2011.
Cirilo Iván Díaz Ventura desapareció el año 2010.
Carlos Manuel García Villegas desapareció el año 2011.
Carlos Gerardo García Zapata desapareció el año 2008.
Carlos Eduardo Contreras Bustamante desapareció el año 2010.
Esteban Acosta Rodríguez desapareció el año 2009.
Gerardo Acosta Rodríguez desapareció el año 2009.
Gualberto Acosta Rodríguez desapareció el año 2009.
Brandon Esteban Acosta Herrera desapareció el año 2009.

Blanca Medina Saucedo desapareció el año 2012.
Armando Salas Ramírez desapareció el año 2008.
Antonio Jaime Aldaco Juárez desapareció el año 2010.
Pablo Ponce Guerra desapareció el año 2010.
José Leopoldo Cortés Cortés desapareció el año 2010.
Javier Huerta Ontiveros desapareció el año 2010.
Javier Hernández Huerta desapareció el año 2010.
José Luis Hernández Gómez desapareció el año 2010.
Alberto Hernández Guerra desapareció el año 2010.
Agustín Hernández Guerra desapareció el año 2010.
José Antonio Robledo Fernández desapareció el año 2009.
José María Artemio Plancarte Sagrero desapareció el año 2009.
Víctor Adrián Rodríguez Moreno desapareció el año 2009.
Víctor Manuel Guajardo Rivas desapareció el año 2013.
Antonio de Jesús Verástegui Escobedo desapareció el año 2009.
Sergio Arredondo Sicairos desapareció el año 2009.
Octavio Rafael Villar Piña desapareció el año 2009.
Heber Eusebio Reveles Ramos desapareció el año 2009.
Antonio Verástegui González desapareció el año 2009.

COLIMA
Salvador Cervantes Rangel desapareció el año 2019.
Leslie Alejandra Flores Larios desapareció el año 2017.
Daniel Gerardo Hernández Hernández desapareció el año 2022.
Víctor Manuel Ávalos Arres desapareció el año 2021.
Ventura Romero Hernández desapareció el año 2023.
Teófilo Arreola Ochoa desapareció el año 2021.
Paola Rodríguez Mora desapareció el año 2021.
Esteban Josué López Cárdenas desapareció el año 2019.
Luis Alberto Vizcarra Ramírez desapareció el año 2020.
José Adolfo Calleros Alcaraz desapareció el año 2021.
Horacio Sinai Marín Romero desapareció el año 2022.
Fidel Alberto Alcaraz Reyes desapareció el año 2022.
Edgar Alejandro Arroyo Valdéz desapareció el año 2019.
Bryan Alexander Mejía López desapareció el año 2018.

Jonathan Alejandro Cárdenas Ramírez desapareció el año 2019.
Jesús Cuevas Brambila desapareció el año 2017.
Crispín Torres Rocha desapareció el año 2018.
Josué Aarón Villa Huerta desapareció el año 2018.
María Genoveva Caro Zanic desapareció el año 2016.
Ricardo Rafael Cruz Hernández desapareció el año 2020.
Raúl Leonardo González Barajas desapareció el año 2020.
Christian Omar Terriquez Mayoral desapareció el año 2019.

DURANGO
Ricardo Reyes Rodríguez desapareció el año 2009.
Marazuba Teresa Gómez Montes desapareció el año 2010.
Santana Cruz Reyes desapareció el año 2010.

ESTADO DE MÉXICO
Rafael Piña Castro desapareció el año 2021.
Yair Octavio Colín Arenas desapareció el año 2022.
Guillermo Gabriel Ramírez López desapareció el año 2022.
Juan Manuel Chávez Gutiérrez desapareció el año 2009.
Reyna Karina San Román Aguilar desapareció el año 2012.
María José Monroy Enciso desapareció el año 2010.
Guillermo David Ramírez Pelcastre desapareció el año 2017.
Diego Maximiliano Rosas Valenzuela desapareció el año 2015.
Raúl Gómez Chávez desapareció el año 2019.
Cristian Gómez Chávez desapareció el año 2019.
Armando Guzmán Cruz desapareció el año 1974.

GUANAJUATO
Luis Antonio Rodríguez Vargas desapareció el año 2020.
Oscar Miguel Ángel Flores Aguirre desapareció el año 2020.
Ricardo Rosales Mina desapareció el año 2020.
Víctor García Navarro desapareció el año 2018.
Ramón García Peña desapareció el año 2018.
Juan Carlos Pérez Villanueva desapareció el año 2020.
Jesús Alberto Medina Montes desapareció el año 2019.

Lucio Uriel López Cruz desapareció el año 2017.
Salvador González Rodríguez desapareció el año 2018.
Daniel Alejandro González Rodríguez desapareció el año 2018.
Brian Jesús Ortiz Cervantes desapareció el año 2018.
Juan Daniel Benítez Pérez desapareció el año 2023.
Fernando Moreno Álvarez desapareció el año 2020.
Alejandro Silva Anguiano desapareció el año 2021.
Ricardo González Maldonado desapareció el año 2020.
Rey Daniel Estribero Valtierra desapareció el año 2019.
Oscar Santa Rosa Lerma desapareció el año 2019.
Oscar Manuel López Espinoza desapareció el año 2020.
Nancy Cecilia Arana Martínez desapareció el año 2018.
Marco Antonio Montoya Juárez desapareció el año 2017.
Luis Fernando Reynoso Mancera desapareció el año 2022.
Luis del Carmen Rojas García desapareció el año 2021.
Luis Ángel Nolasco Rojas desapareció el año 2017.
Julio Cesar Arredondo Gardea desapareció el año 2022.
Juan Enrique Rodríguez Cervantes desapareció el año 2021.
Juan Carlos Perea Alanis desapareció el año 2019.
Juan Carlos Gasca Yerena desapareció el año 2018.
Juan Carlos Aguayo Landín desapareció el año 2017.
José Trinidad Cárdenas Ramírez desapareció el año 2021.
José Obedt Vega Girón desapareció el año 2020.
Donald Elías Gutiérrez Casco desapareció el año 2018.
José Miguel Ramírez Camargo desapareció el año 2021.
José Guadalupe Ojeda Jaralillo desapareció el año 2022.
José Adrián Rendón Razo desapareció el año 2022.
Jorge Ismael Peralta Martínez desapareció el año 2018.
Jorge Herrera Estribero desapareció el año 2019.
Jorge Evaristo Ortega Millán desapareció el año 2022.
Jonathan Eduardo Cuesta Nieto desapareció el año 2020.
Ismael Durán Martínez desapareció el año 2022.
Héctor Yahir Campos Olmos desapareció el año 2022.
Gerardo García Freyre desapareció el año 2022.
Esteban Herrera Avila desapareció el año 2020.
Edgar Tierrablanca Guerra desapareció el año 2019.

Edgar Segura Álvarez desapareció el año 2020.
Edgar Giovanni Cuarenta Zuñiga desapareció el año 2019.
Daysi Angelina Álvarez Ordaz desapareció el año 2019.
Mario Daniel Zarazua Hernández desapareció el año 2017.
Mariela Martínez Morín desapareció el año 2021.
Juan Javier Navarro García desapareció el año 2021.
Juan Heriberto Patiño Terán desapareció el año 2021.
Daniel Patiño Mandujano desapareció el año 2021.
César Guadalupe Sánchez Arteaga desapareció el año 2020.
Ángel Gustavo Rentería León desapareció el año 2015.
Jorge Cristian Muñoz Salazar desapareció el año 2020.
Ángel Daniel Muñoz Salazar desapareció el año 2020.
Alexis Bárcenas Correa desapareció el año 2019.
Alejandro Hernández Calderón desapareció el año 2019.
Alejandro González Peña desapareció el año 2021.
Alejandro Frías Lira desapareció el año 2022.
Alan Gastón Rendón Granados desapareció el año 2020.
Agustín Jamaica Ochoa desapareció el año 2020.
Abril Alejandra Flores Serroque desapareció el año 2021.
Iván Núñez Solórzano desapareció el año 2018.
Jhonatan Guadalupe Romero Gil desapareció el año 2018.
Luis Enrique Valdez Olmedo desapareció el año 2019.
Gustavo Navarrete González desapareció el año 2019.
Lorena Ramírez Rosas desapareció el año 2023.
Estela Estephanya González García desapareció el año 2022.

GUERRERO
43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, desaparecidos
el 26 de septiembre del año 2014.
Abel García Hernández
Abelardo Vázquez Penitén
Adán Abrajan De la Cruz
Antonio Santana Maestro
Alexander Mora Venancio, ya fue encontrado sin vida.
Benjamín Ascencio Bautista

Bernardo Flores Alcaraz
Carlos Iván Ramírez Villarreal
Carlos Lorenzo Hernández Muñoz
César Manuel González Hernández
Christian Alfonso Rodríguez Telumbre, ya fue encontrado sin vida.
Cristián Tomás Colón Garnica
Cutberto Ortiz Ramos
Dorian González Parral
Emiliano Gaspar de la Cruz
Everardo Rodríguez Bello
Felipe Arnulfo Rosas
Giovanni Galíndez Guerrero
Israel Caballero Sánchez
Israel Jacinto Lugardo
Jesús Giovanni Rodríguez
Jhosivani Guerrero de la Cruz, ya fue encontrado sin vida.
Jonás Trujillo González
Jorge Álvarez Nava
Jorge Anibal Cruz Mendoza
Jorge Antonio Tizapa Leguideño
Jorge Luis González Parral
José Ángel Campos Cantor
José Ángel Navarrete González
José Eduardo Bartolo Tlatempa
José Luis Luna Torres
Julio César López Patoltzin
Leonel Castro Abarca
Luis Ángel Abarca
Luis Ángel Francisco Arzola
Magdaleno Rubén Lauro Villegas
Marcial Pablo Baranda
Marco Antonio Gómez Molina
Martin Sánchez García
Mauricio Ortega Valerio
Miguel Ángel Hernández Martínez
Miguel Ángel Mendoza Zacarías

Saúl Bruno García

OTRAS PERSONAS DESAPARECIDAS EN EL ESTADO DE GUERRERO
Víctor Ayala Tapia desapareció el año 2010.
Gregorio Alfonso Alvarado López desapareció el año 1996.
Rubén Antonio Rivera Álvarez desapareció el año 2020.
Ulises Del Carmen Evangelista desapareció el año 2017.
Cándido Hernández Salazar desapareció el año 2023.
Fortunato Casimiro Calvario desapareció el año 2023.
Pablo César Maganda Hernández desapareció el año 2007.
Norberto Jiménez Heredia desapareció el año 2010.
Jesús Francisco Gutiérrez Cortez desapareció el año 2013.
Emerson Manuel Luna González desapareció el año 2013.
Alejandro Jaimes Quezada desapareció el año 2016.
Álvaro Rayón Muñoz desapareció el año 2022.
Víctor Manuel Zavala Hernández desapareció el año 2017.
Vicente Iván Suástegui Muñoz desapareció el año 2021.
Sabino Alvarado Justo desapareció el año 2015.
Rodolfo Mena Martínez desapareció el año 2011.
Plácido Secundino Jiménez desapareció el año 2022.
Pedro César Mejía Diego desapareció el año 2017.
Óscar Luis Hernández Cortéz desapareció el año 2016.
Luis Geovanny Rodríguez de Aquino desapareció el año 2016.
Luis Ángel Tornez Manrique desapareció el año 2017.
Luis Alberto Garcia Rangel desapareció el año 2019.
Lucila Mendoza García desapareció el año 2022.
Lucila Josefina Fernández López desapareció el año 2020.
Karla Emilia Pérez Ortega desapareció el año 2015.
Juan Sebastián García Antúnez desapareció el año 2011.
José Rafael Reyna Mendoza desapareció el año 2015.
José Ismael Martínez Retana desapareció el año 2017.
José Carlos Palma García desapareció el año 2016.
Johnnattan Munivez Mayo desapareció el año 2008.
Jesús Pineda Mejía desapareció el año 2016.
Jazael Huerta Bustos desapareció el año 2019.

Jassiel Vladimir Florean Pablo desapareció el año 2019.
Jhan Harry Gallego Alzate desapareció el año 2021.
Isaac Cedomio Velázquez desapareció el año 2018.
Hermenegildo García Carbajal desapareció el año 2022.
Gerardo Lozano Salinas desapareció el año 2019.
Eduardo Enrique López Huerta desapareció el año 2020.
Cristo Jhobab Corona Blas desapareció el año 2018.
Claudia Getzemani Aparicio Encarnación desapareció el año 2016.
Cecilia López García desapareció el año 2014.
Bryan Tolentino Mujica desapareció el año 2021.
Bibiana Chiñia García desapareció el año 2022.
Argenis Federico Gómez Pérez desapareció el año 2020.
Antonio Ortiz Chamu desapareció el año 2019.
Alejandro Cisneros Suárez desapareció el año 2015.
Alberto Blas Clemente desapareció el año 2018.
Alberto Arce Flores desapareció el año 2013.
África Leonor Peláez Galeana desapareció el año 1990
Adrián Marcelo Guzmán Nava desapareció el año 2021.
Aarón David Parra Nogueda desapareció el año 2016.
Jonathan Daniel Justo Bello desapareció el año 2020.
Venustiano Guzmán Cruz desapareció el año 1976.
Timoteo Vázquez Santiago desapareció el año 1977.
Simplicio Robles Zamora desapareció el año 1974.
Silverio Flores Cristino, no hay certeza del año de su desaparición.
Santiago Longares Guillen desapareció el año 1977.
Salomón Ríos García desapareció el año 1978.
Said Blanco Paco desapareció el año 1974.
Rubén Izazaga Piedra desapareció el año 1975.
Ricardo García Martínez desapareció el año 1974.
Raymundo Morales Gervacio desapareció el año 1974.
Pedro Mesino Benítez desapareció el año 1974.
Pedro de Jesús Onofre desapareció el año 1974.
Pedro Angulo Barona desapareció el año 1974.
Octaviano Gervacio Benítez desapareció el año 1974.
Matilde Santiago Vázquez desapareció el año 1973.
Marcelo Serafín Juárez desapareció el año 1974.

Marcelo Bahena Benítez desapareció el año 1977.
Marcelino Flores Zamora desapareció el año 1974.
Macario Acosta Serafín desapareció el año 1974.
Julio Galindo Romero desapareció el año 1977.
Juan Zamora Hernández desapareció el año 1974.
Maurilio Castro Castillo desapareció el año 1974.
Juan Onofre Campos desapareció el año 1974.
Juan García Fierro desapareció el año 1974.
José Pérez Martínez desapareció el año 1978.
José Flores Serafín desapareció el año 1974.
Jerónimo Parra Barrientos desapareció el año 1974.
Israel Romero Dionisio desapareció el año 1974.
Isidro Leyva Fierro desapareció el año 1977.
Heriberto Valdovinos Nario desapareció el año 1977.
Francisco Hernández Valle desapareció el año 1974.
Francisco Argüello Villegas desapareció el año 1979.
Félix Robles Zamora desapareció el año 1979.
Félix del Valle Bello desapareció el año 1974.
Esteban Organista Zamora desapareció el año 1974.
Esteban Gómez Valle desapareció el año 1974.
Emeterio Benítez Radilla desapareció el año 1974.
Eduardo Juárez Juárez desapareció el año 1975.
Domitilo Barrientos Blanco desapareció el año 1972.
Diógenes Hernández Martínez desapareció el año 1974.
Cirino Hernández Flores desapareció el año 1985.
Bernardo Reyes Félix desapareció el año 1972.
Ausencio Bello Ríos desapareció el año 1974.
Asunción García Juárez desapareció el año 1977.
Alberto Cedillo Cruz desapareció el año 1974.
Lucio Cabañas Tabares desapareció el año 1974.
Rodolfo Molina Martínez desapareció el año 1974.
Delfino Mata Castro desapareció el año 1978.
Cutberto Ortiz Cabañas desapareció el año 1974.
Carmelo Juárez Bello desapareció el año 1974.
Rosendo Radilla Pacheco desapareció el año 1974.
Agustín Flores Martínez desapareció el año 1974.

Adauto Olea Hernández desapareció el año 1974.
Ascención Hernández Radilla desapareció el año 1974.
Tomás Vergara Hernández desapareció el año 2012.
Yatzil Martínez Corrales desapareció el año 2010.
Andrés Ayala Silva desapareció el año 2022.

HIDALGO
Juan Mario Anaya Martínez desapareció el año 2018.
Ricardo Orozco Cesar desapareció el año 2016.

JALISCO
Alan Elohim González Carrizales desapareció el año 2017.
Alberto Iván Cruz Martínez desapareció el año 2020.
Jonathan Oswaldo Rodriguez Orozco desapareció el año 2023.
Rubén Arreola Marroquín desapareció el año 2021.
Misael Santos León desapareció el año 2014.
Marco Fregoso Morales desapareció el año 2015.
Juan Pablo Romero Ríos desapareció el año 2019.
Juan Carlos Zaragoza Gaona desapareció el año 2015.
Juan Carlos Oblea González desapareció el año 2016.
José Luis Cortes Brambila desapareció el año 2017.
José Gerardo Preciado Torres desapareció el año 2014.
Jorge Abraham Chávez Morán desapareció el año 2017.
Alfonso Puebla Valdivia desapareció el año 2020.
Luis Alfredo Sánchez Rivera desapareció el año 2020.
Héctor López Agraz desapareció el año 2020.
Blanca Estela Rivera Flores desapareció el año 2012.
Humberto Barajas Centeno desapareció el año 2019.
Francisco Oswaldo Rodríguez González desapareció el año 2019.
Fanny Areli Quezada Sotelo desapareció el año 2021.
Melba Guzmán Ramírez desapareció el año 2021.
José Luis López Moreno desapareció el año 2016.
Erick Jhonatan López García desapareció el año 2016.
Daniel Rodríguez Ruíz desapareció el año 2016.
César Alain Guerrero Medina desapareció el año 2018.

Carlos René Rojas Dominguez desapareció el año 2019.
Carlos Eduardo González Aragón desapareció el año 2019.
Bryan Estrada Rodríguez desapareció el año 2018.
Bryan Gabriel Ángel García desapareció el año 2019.
Alejandro Trinidad Escobedo desapareció el año 2013.
Alejandro Israel Candelario Plascencia desapareció el año 2013.
Emmanuel Meza Águila desapareció el año 2018.
Abraham Meza Águila desapareció el año 2018.
Aarón Sánchez Mendoza desapareció el año 2017.
Mauricio Cruz Núñez desapareció el año 2021.
Oscar Antonio López Enamorado desapareció el año 2010.
Gerardo López Lemus desapareció el año 2022.
Gerardo Antonio Manjarrez Santiago desapareció el año 2021.
Geovany Alejandro Molina Reyes desapareció el año 2022.
Felipe de Jesús Madrigal Godínez desapareció el año 2022.
Estefanía Guadalupe Ahumada Salmerón desapareció el año 2021.
Elda Adriana Valdez Montoya desapareció el año 2020.
Diana Carolina Gutiérrez Ramírez desapareció el año 2021.
David Briseño Delgadillo desapareció el año 2023.
César Leal Cortés desapareció el año 2015.
César Jiovanny Calderón Jiménez desapareció el año 2022.
Carlos Maximiliano Romero Meza desapareció el año 2020.
Carlos Felipe Montaño Hernández desapareció el año 2022.
Brayan Ulices Delgadillo Covarrubias desapareció el año 2023.
Arturo Macias Gaytan desapareció el año 2023.
Alejandra Guadalupe Campos Lomelí desapareció el año 2022.
Miguel Ángel Chávez Cárdenas desapareció el año 2014.
Diego García Chavira desapareció el año 2013.
Jorge García Barreto desapareció el año 2013.
Salvador Nápoles Vargas desapareció el año 2018.
Tania Berenice Quezada Rosas desapareció el año 2018.

MICHOACÁN
Marwuan Uriel Andrade Martínez desapareció el año 2021, ya fue encontrado sin vida.

Fabián Mendoza Rosales desapareció el año 2008.
José Francisco Paredes Ruíz desapareció el año 2007.
Luis Enrique Castañeda Nava desapareció el año 2012.
Diego Antonio Maldonado Castañeda desapareció el año 2012.
Ana Belém Sánchez Mayorga desapareció el año 2012.
Edgar Rafael González Ceja desapareció el año 2011.
Antonio Díaz Valencia desapareció el año 2023.
Ricardo Arturo Lagunes Gasca desapareció el año 2023.
Rodrigo Gerardo Estrada Medina desapareció el año 2019.
Reina Santana Rangel desapareció el año 2022.
Héctor Manuel Olivares Morales desapareció el año 2020.
Ulises Campos Guipo desapareció el año 2018.
Alia Vanessa Uribe Calderón desapareció el año 2013.
Solón Adenauer Guzmán Jiménez desapareció el año 1974.
José de Jesús Guzmán Jiménez desapareció el año 1974.
Francisco de Asís Manuel desapareció el año 2010.
Amafer Guzmán Cruz desapareció el año 1974.
Johana Jazmín Rizo Jasso desapareció el año 2022.

MORELOS
Héctor Alejandro Martínez Cobo desapareció el año 2023.
Juan Rubén Ángeles Zaragoza desapareció el año 2019.
José Rodolfo Ramírez Manzano desapareció el año 2019.
Adalberto Boyas Pacheco desapareció el año 1988.
Dereck Jair Eslava Jiménez desapareció el año 2022.
Verónica Montiel Hernández desapareció el año 2014.

NAYARIT
Santiago Eloir Pérez Reyes desapareció el año 2017, ya fue encontrado sin vida.
Óscar Gabriel Tovar Barajas desapareció el año 2017, ya fue encontrado sin vida.
José Manuel Galindo Cruz desapareció el año 2017, ya fue encontrado sin vida.
Uzziel Rogelio Flores Torres desapareció el año 2017.

Ulises Ramón Alvarado Cedano desapareció el año 2012.
Regino Ernesto Gutiérrez Serrano desapareció el año 2020.
Rigoberto Acuña Pérez desapareció el año 2013.
Porfirio Acuña desapareció el año 2018.
Óscar Eduardo Flores Muro desapareció el año 2019.
Oscar David Padilla Silva desapareció el año 2019.
María Nayeli Díaz Lozano desapareció el año 2018.
Miguel Ángel Tapia Ávila desapareció el año 2019.
Martín Ortiz Ruíz desapareció el año 2019.
Martín Alfonso Córdova Peña desapareció el año 2019.
Luis German García de León desapareció el año 2018.
Luis Eduardo Betancourt González desapareció el año 2015.
Luis Ángel Bernal Páez desapareció el año 2017.
Luis Alberto Reyes Murillo desapareció el año 2019.
Julio Alexis Ortega Martínez desapareció el año 2017.
Julio Cesar Canchola Rosales desapareció el año 2019.
Juan Pablo García Jiménez desapareció el año 2020.
Juan Luis Rivas Peña desapareció el año 2021.
Juan Jesús Herrera Chávez desapareció el año 2020.
Juan Gerardo Martínez López desapareció el año 2019.
José Ramón Solís Valdovinos desapareció el año 2017.
José María Esparza Estrada desapareció el año 2017.
José Manuel Salinas Arriaga desapareció el año 2009.
José Manuel Pereida Romero desapareció el año 2020.
José Manuel Araiza Coronado desapareció el año 2020.
José Luis Barrios Calderón desapareció el año 2020.
José Francisco Cano Delgado desapareció el año 2020.
José Fernando Arciniega Bernal desapareció el año 2019.
José de Jesús Estrada Medina desapareció el año 2018.
Valeria Lizbeth López Núñez desapareció el año 2021.
María Avelina Núñez Gutiérrez desapareció el año 2021.
José Alberto Mendoza Álvarez desapareció el año 2018.
José Adriel Ortiz García desapareció el año 2017.
Jorge Manuel Robles Carrillo desapareció el año 2017.
Jorge Luis Ulloa Zúñiga desapareció el año 2017.
Jorge Luis Fregoso Sandoval desapareció el año 2017.

Jorge Alberto Zamorano Bobadilla desapareció el año 2012.
Jonathan Ramírez Tovar desapareció el año 2017.
Joan Ezequiel Padilla Bironche desapareció el año 2018.
Jesús Selene González Rodríguez desapareció el año 2017.
Jesús Rocha Aguirre desapareció el año 2017.
Jesús Marín Acosta desapareció el año 2018.
Jesús Eduardo Mercado Izais desapareció el año 2017.
Javier Chávez Rentería desapareció el año 2020.
Jaime Salas Ramírez desapareció el año 2017.
Ismael Isiordia desapareció el año 2017.
Héctor Raúl Bautista Vera desapareció el año 2019.
Gregorio Flores López desapareció el año 2018.
Francisco Javier Rodríguez García desapareció el año 2011.
Francisco Javier Flores Ramírez desapareció el año 2010.
Francisco Javier Castillo Peña desapareció el año 2018.
Fernanda Montserrat Alvarado Trejo desapareció el año 2020.
Fermín Carrillo Sánchez desapareció el año 2019.
Erica Yadira Uribe Torres desapareció el año 2018.
Epifanio Martínez Carrillo desapareció el año 2018.
Enrique Brahms Burboa desapareció el año 2017.
Emmanuel Pérez Cortez desapareció el año 2020.
Efraín Hernández Núñez desapareció el año 2018.
Edwin José Ramírez Arjona desapareció el año 2019.
Francisco Javier Pérez Partida desapareció el año 2018.
Edwin Javier Pérez Aguilar desapareció el año 2018.
Edgar Rafael Del Río Fernández desapareció el año 2020.
Edgar Daniel Ceja Montoya desapareció el año 2020.
Edgar Antonio Rivera Villanueva desapareció el año 2019.
Edgar Adrián Flores Ruíz desapareció el año 2017.
Dania Michelle Torres Campos desapareció el año 2017.
Cristian Amadeo Salcido desapareció el año 2014.
César Rafael Pérez Pérez desapareció el año 2013.
Cesar Pérez Márquez desapareció el año 2013.
Carlos Sajid Jacinto Navarro desapareció el año 2020.
Carlos Francisco Javier Jiménez González desapareció el año 2020.
Briana Nereyda Chávez Peña desapareció el año 2020.

Adrián Valdivia Rodríguez desapareció el año 2017.
Bryan Eduardo Arias Garay desapareció el año 2018.
Pedro Zavala Rodríguez desapareció el año 2018.
Miguel Ángel Gómez Dueñas desapareció el año 2018.
Jonatan Félix Peña González desapareció el año 2011.
José Manuel Becerra Contreras desapareció el año 2018.
Rafael López Velarde desapareció el año 2018.
Amaury Alejando González Cepeda desapareció el año 2018.

NUEVO LEÓN
Brenda Damaris González Solís desapareció el año 2011, ya fue encontrada sin vida.
Yolanda Martínez Cadena desapareció el año 2022, ya fue encontrada sin vida.
Yajaira Lizbeth Sandoval de la Cruz desapareció el año 2021, ya fue encontrada sin vida.
Yesenia Camacho Torres desapareció el año 2021.
Yarely Anaheim de León Gaytán desapareció el año 2021.
Verónica Salas Cisneros desapareció el año 2010.
Sergio David Peña Moreno desapareció el año 2011.
Sergio Peña Cerda desapareció el año 2011.
Ricardo Antonio González Benavente desapareció el año 2019.
Patricia Martínez Salas desapareció el año 2011.
Olegario Cantú Gómez desapareció el año 2014.
Octavio Pineda González desapareció el año 2014.
Noé Gutiérrez Silva desapareció el año 2020.
Nelson Raúl Dávila Suárez desapareció el año 2020.
Neftalí Heruvey Gutiérrez Moreno desapareció el año 2017.
Miguel Ángel Galo Rodríguez Romero desapareció el año 2011.
Merelyn Guzmán Jerónimo desapareció el año 2011.
Mario Alberto Martínez López desapareció el año 2011.
María Inés González Carranza desapareció el año 2016.
María Cristela Benítez Peña desapareció el año 2011.
Luis Adrián Oyervides Reyes desapareció el año 2020.
Leonardo Gutiérrez Castillo desapareció el año 2014.

Karina Abigail Ortiz Mercado desapareció el año 2022.
José Luis Alcalá Jiménez desapareció el año 2010.
José Daniel Alcalá Sandoval desapareció el año 2010.
José Anwar Serna Pérez desapareció el año 2017.
Johan Lee Rafael Herrera Viera desapareció el año 2016.
Jesús Gutiérrez Pérez desapareció el año 2014.
Jesús Gutiérrez Castillo desapareció el año 2014.
Heriberto Díaz Amaya desapareció el año 2011.
Héctor Urrutia Correa desapareció el año 2010.
Guadalupe Gómez Peña desapareció el año 2014.
Francisco Villarreal Guajardo desapareció el año 2016.
Edmundo Uvalle López desapareció el año 2010.
Edilberto Gutiérrez Pérez desapareció el año 2014.
Edgar Andrés Varguez López desapareció el año 2010.
César Arturo Salazar Jasso desapareció el año 2011.
Carlos Antonio Gómez Reta desapareció el año 2019.
Avril Andrea Zúñiga Monsalvo desapareció el año 2022.
Alejandro Garza Cárdenas desapareció el año 2021.
Samuel Issac Hernández Rodríguez desapareció el año 2021.
Daniel Eli Hernández Rodríguez desapareció el año 2021.
Adalberto Hernández Rodríguez desapareció el año 2021.
Liliana Aidé Martínez Salas desapareció el año 2011.
Leticia Guadalupe Barrera Rodarte desapareció el año 2019.
Larissa Lizbeth Villarreal Luis desapareció el año 2012.
Javier Arnoldo Méndez Sánchez desapareció el año 2021.
Gustavo Sánchez Millán desapareció el año 2021.
Arnoldo Sánchez Serrato desapareció el año 2021.
Coral Safiro Gutiérrez Niño desapareció el año 2021.
Cruz Elvira Hernández Garza desapareció el año 2021.
Cinthya Janett Villarreal García desapareció el año 2021.
Blanca Vianney Sánchez García desapareció el año 2021.
Juan Antonio Gutiérrez Hernández desapareció el año 2019.
Juan Hernández Manzanares desapareció el año 2011.
Roberto Adonay Bardales Jiménez desapareció el año 2013.
Simón José García desapareció el año 1975.
Kristian Karim Flores Huerta desapareció el año 2010.

Alejandro Alfonso Moreno Baca desapareció el año 2011.
Roy Rivera Hidalgo desapareció el año 2011.
Mario Ángel Sánchez de la Garza desapareció el año 2019.
Griselda Mayela Álvarez Rodríguez desapareció el año 2020.

OAXACA
Lauro Juárez Jiménez desapareció el año 2007.
Gabriel Alberto Cruz Sánchez desapareció el año 2007.
Edmundo Reyes Amaya desapareció el año 2007.
Virginia Ortiz Ramírez desapareció el año 2007.
Daniela Ortiz Ramírez desapareció el año 2007.
Carlos René Román Salazar desapareció el año 2011.
Aldo González Aguirre desapareció el año 2013.
Zayra Leticia Morales Loyola desapareció el año 2020.
César de Jesús Luna Hernández desapareció el año 2019.
Alexis Marín Ramírez desapareció el año 2017.
Víctor Pineda Henestrosa desapareció el año 1978.
Juventino Cruz Cruz desapareció el año 2021.
Luis Alberto Hernández López desapareció el año 2020.

PUEBLA
José María Sedano Posadas desapareció el año 2008.
Michell Jiménez Toxtle desapareció el año 2016.
Juan José Morales Del Moral desapareció el año 2020.
José de Jesús Corral García desapareció el año 1976.
Edwin Ariel Reyes Tlalolini desapareció el año 2018.
Tomás Pérez Francisco desapareció el año 1990.
Sergio Rivera Hernández desapareció el año 2018.
Lilith Solares Hernández desapareció el año 2023.

QUERÉTARO
Juan González Hernández desapareció el año 2006.

QUINTANA ROO
Fernando Serrano Trujillo desapareció el aoñ 2021.

Josué Abisai May Huchin desapareció el año 2022.
Mario Antonio de la Cruz Miranda desapareció el año 2017.

SAN LUIS POTOSÍ
José de Jesús Narváez Hernández desapareció el año 2022.
Andrés Guadalupe Rojas Velázquez desapareció el año 2022.

SINALOA
Adrián Humberto Escalante Barreras desapareció el año 2018.
Ricardo Sarabia Parente desapareció el año 2022.
Reyes Yosimar García Cruz desapareció el año 2017.
Javier Ernesto Vélez Pulido desapareció el año 2020.
Miguel Guillermo Vergara Delgadillo desapareció el año 2013.

SONORA
Judith Esmeralda Burrola Amaya desapareció el año 2020.
Claudia Daniela Rodriguez Burrola desapareció el año 2020.
Pablo Gutiérrez Durán desapareció el año 2019.
José Antonio López Hernández desapareció el año 2023.
Cesar Manuel Miranda Martínez desapareció el año 2018.
Jesús Gustavo Muñoz Budar desapareció el año 2022.
Armando Rodríguez Torres desapareció el año 2016.
Xavier López Saucedo desapareció el año 2019.
Milton Javier Aguilera Gómez desapareció el año 2019.
Jonathan Romero Valadez desapareció el año 2021.
Fernando Valadez Kinijara desapareció el año 2015.
Adolfo Corral Cota desapareció el año 1977.
Yajaira Sugey Parra Hernández desapareció el año 2021.
Gustavo Salvador Artiga Castañeda desapareció el año 2015.
Héctor Manuel Dubon Ramírez desapareció el año 2021.
Jhonnie Oswaldo Paz Hernández desapareció el año 2021.
Jordín Ariel Castillo Ramírez desapareció el año 2021.
Iván Alfredo Estrada Ávila desapareció el año 2020.

TABASCO

Ximena Torres Hernández desapareció el año 2018.
José Eduardo García Torres desapareció el año 2021.

TAMAULIPAS
Nemorio Vizarretea Vinalay desapareció el año 2010.
Luis Vizarretea Salinas desapareció el año 2010.
Juan Carlos Vizarretea Salinas desapareció el año 2010.
Juan Antonio Feria Hernández desapareció el año 2010.
Isauro Rojas Rojas desapareció el año 2010.
Gregorio Hernández Rodríguez desapareció el año 2010.
Fidel Espino Ruiz desapareció el año 2010.
Benito Salinas Robles desapareció el año 2010.
Andrés Vizarretea Salinas desapareció el año 2010.
Adelaido Espino Carmona desapareció el año 2010.
Omar Aaron Estrada Ponce desapareció el año 2018.
Geovany Hernández Rodríguez desapareció el año 2021.
José Francisco Castillo Flores desapareció el año 2021.
Abraham Eliud Gil Herrera desapareció el año 2020.
Rogelio Elizondo Estrada desapareció el año 2011.
Anderson Magdiel Reyes Ortega desapareció el año 2020.
Carlos Rafael Medina Martínez desapareció el año 2012.
Julio González Flores desapareció el año 2011.

VERACRUZ
Rafael Hernández Hernández desapareció el año 2016.
Alfredo Espinoza Hernández desapareció el año 2011.
Ecain Guadalupe Vázquez González desapareció el año 2022.
Christian Iván González Rueda desapareció el año 2022.
Ángel Jaret Ramos Mayo desapareció el año 2016.
Gabriel Antonio Gómez Cañas desapareció el año 2011.
Tomás Elvira Escarola desapareció el año 2020.
Rubén Román Pérez desapareció el año 2021.
Rogelio López Villarreal desapareció el año 2009.
Roberto Pardo Rodríguez desapareció el año 2020.
Perla Paola Toscano Cobos desapareció el año 2017.

Perla Del Villar Cruz desapareció el año 2011.
Pedro García Hernández desapareció el año 2015.
Orlando Estrada González desapareció el año 2020.
Olga Lidia González Simbrón desapareció el año 2021.
Nayeli Romero Díaz desapareció el año 2021.
Natan Jesús Armando Hernández Gallegos desapareció el año 2018.
Mónica Sofía Rodríguez Silva desapareció el año 2016.
Manuel Alejandro Galindo Espinoza desapareció el año 2011.
Kassandra Lozada Romero desapareció el año 2021.
Julio César Díaz Jardines desapareció el año 2014.
José Carlos Patiño Gutiérrez desapareció el año 2015.
Jorge Mercado Cruz desapareció el año 2016.
Jesús Omar García Francisco desapareció el año 2019.
Javier Édgar Castillo Acosta desapareció el año 2009.
Javier de Jesús González Miranda desapareció el año 2020.
Jassiel Pérez Acosta desapareció el año 2020.
Guillermo Quijano Marín desapareció el año 2012.
Francisco Javier Urrutia Escudero desapareció el año 2010.
Francisco Javier Cabrera Mar desapareció el año 2011.
Francisco Galindo Cruz desapareció el año 2016.
Edgar Ricardo Mendoza Ramírez desapareció el año 2019.
Édgar Álvarez Flores desapareció el año 2020.
Daniel Hernández Hernández desapareció el año 2020.
Crescencio Vera Vidal desapareció el año 2021.
Cielo Cristal Guzmán Jiménez desapareció el año 2016.
Christian Téllez Padilla desapareció el año 2010.
César de Jesús Santos Olmedo desapareció el año 2011.
Brandon Isaac Hernández Blanco desapareció el año 2012.
Argenis Yosimar Pensado Barrera desapareció el año 2014.
Ángel Raymundo Castro Ortiz desapareció el año 2015.
Alicia González Juárez desapareció el año 2020.
Marco Antonio Taylor De la Cruz desapareció el año 2018.
José Miguel Ángel Rodríguez Hernández desapareció el año 2016.
Alfredo Hernández Abaroa desapareció el año 2016.
Margarito Díaz Fuentes desapareció el año 2011.
Iriana Yset Luna Espíritu desapareció el año 2011.

Ivonne Amador Espíritu desapareció el año 2011.
Guillermo Muñoz Roa desapareció el año 2011.
José Rafael Rivera Rivera desapareció el año 2008.
Wilker José Ríos Carrasco desapareció el año 2017.
Alfredo Daniel Espinoza Téllez desapareció el año 2011.
Luis Humberto Morales Santiago desapareció el año 2016.
Alberto Uriel Pérez Cruz desapareció el año 2016.
Rubí Hernández Hernández desapareció el año 2020.
Blanca Rubí Cedeño Carmona desapareció el año 2019.
Luis Fermín Arroyo Ruiz desapareció el año 2018.
Alfredo Tlaxcalteco Calte desapareció el año 2010.
José Abel Durán Prieto desapareció el año 2015.
Ramón Molina Hernández desapareció el año 2014.
Fausto Luis Rosas Sayago desapareció el año 2011.
Llexy Karen Sánchez González desapareció el año 2011.
Jorge Daniel Sierra Arriola desapareció el año 2010.
Julián Rosado Domínguez desapareció el año 2013.
Luis Alberto Torres Castillo desapareció el año 2011.
José Manuel Hernández Ortiz desapareció el año 2013.
Marco Ernesto Hernández Ortiz desapareció el año 2017.
Jorge Barrera Fernández desapareció el año 2011.
Cirilo Manolo De Ocampo Contreras desapareció el año 2010.
Mario Alberto De Ocampo Contreras desapareció el año 2010.
Luis Alberto Calleja Martínez desapareció el año 2010.
Abraham Elester Torres Barradas desapareció el año 2015.
Jairo Jhovany Polanco Blanco desapareció el año 2015.
Vanessa Nahomí Morales García desapareció el año 2012.
Aristeo Hernández Facundo desapareció el año 2017.
Rafael Espinosa Gutiérrez desapareció el año 2013.
Soledad Castillo Montero desapareció el año 2010.
Xóchitl Celeste Castañeda Hernández desapareció el año 2013.
Martin Aguilar Guevara desapareció el año 2016.

ZACATECAS
Manuel de Jesús Cruz Delgado desapareció el año 2016.

Jesús Ramírez Cervantes desapareció el año 2023.
Edgar Benjamín Tejada Rodríguez desapareció el año 2022.
José Francisco Álvarez Solís desapareció el año 2016.
José Javier Martínez desapareció el año 2010.
Mario Alberto Reyes Mata desapareció el año 2010.
Sergio Sánchez Pérez desapareció el año 2010.
Alan Josué Bocanegra López desapareció el año 2010.
Ernesto Cordero Anguiano desapareció el año 2010.
Juan Diego Cordero Anguiano desapareció el año 2010.
José Diego Cordero Anguiano desapareció el año 2010.

En marzo del año 2025, meses después de haber entregado este texto para su proceso editorial, el colectivo Guerreros Buscadores de Jalisco hizo público el hallazgo de un centro de reclutamiento y exterminio en Teuchitlán, Jalisco. Restos óseos humanos y más de mil trescientas prendas fueron encontradas ahí: más de doscientos pantalones, 150 pares de zapatos, 170 mochilas, entre otros objetos personales que, todo apunta, pertenecieron a víctimas de desaparición. Algunas personas sobrevivientes de ese centro dieron testimonio anónimo de las brutalidades ahí cometidas. Ante el horror de las dimensiones del hallazgo, el Comité contra la Desaparición Forzada de la ONU solicitó al gobierno mexicano la activación de un mecanismo para llevar a la Asamblea General de Naciones Unidas el urgente tema de las desapariciones forzadas en México, pero el gobierno mexicano se negó tajantemente. Otra dolorosa ironía de incuestionable mexicanidad: *Teuchitlán* es un vocablo náhuatl que puede traducirse como «lugar cerca de Dios».

Lamento profundamente no conocer los nombres de las víctimas de desaparición forzada que probablemente saldrán a la luz a partir del descubrimiento de Teuchitlán para incluirles en esta lista y no haber tenido tiempo de conversar con sus familias, el hallazgo llegó cuando este libro ya estaba formado para imprenta y solo fue posible agregar este apunte.

Agradecimientos y nota de la autora

Queridos lectores:

Es 22 de noviembre del año 2024 y este relato es ficción, pero no es ficción que el Registro Nacional de Personas Desaparecidas registra 125 mil personas desaparecidas y no localizadas en México. Solo en el año 2023 desaparecieron casi doce mil personas. No es ficción decir que en este país desaparece una persona cada 45 minutos.

Para construir esta historia hablé con diversos colectivos de familias buscadoras y atestigüé una jornada de búsqueda. Estas familias buscan a «sus tesoros», como les llaman ellos, desde 2008 hasta ahora; así que han pasado por tres administraciones de gobierno federal y todas han sido omisas e indolentes. Todos los gobiernos han protegido a las fuerzas de seguridad involucradas en casos de desaparición forzada. Todos los gobiernos han sido insuficientes ante el crimen organizado.

Recuperé eventos reales de hallazgos de fosas clandestinas —se tiene conocimiento de alrededor de seis mil fosas— por todo el territorio nacional, de las que existen abundantes y serias publicaciones periodísticas.

Escribí esta ficción con amor y respeto y con el deseo de preservar la historia de este doloroso momento que, quién lo duda, el relato oficial podría empeñarse en desaparecer.

Quiero agradecer especialmente a Alma Lilia Tapia y su colectivo de búsqueda por permitirme acompañarlas, a Sergio Beltrán y el proyecto de memoria *Bosque de la esperanza* por las entrevistas con Araceli Arroyo, Blanca Ríos, Lilia Almanza y Ana Ruth Cuéllar.

Gracias a Jaqueline Palmeros por conversar conmigo y enseñarme que las y los desaparecidos son de todos.

Gracias a Jorge Verástegui —que busca a su hermano Antonio Verástegui González y a su sobrino Antonio de Jesús Verástegui Escobedo— por dejarme estar cerca del colectivo Glorieta de Las y Los Desaparecidos y por compartir conmigo algunos nombres de las víctimas de desaparición.

A Laura Sánchez Martínez, Ana María Maldonado y María Icela Valdez por compartirme sus testimonios aquellos días de plantón, bajo el asta bandera afuera de Palacio Nacional.

Gracias a cada persona que me dio su testimonio anónimamente y a cada persona que me dio su consentimiento para incluir en este libro los nombres de sus familiares desaparecidos.

A los periodistas Daniela Rea (mi manis) y Raymundo Sandoval por monitorearme durante aquellos días de riesgo. A los periodistas Almudena Barragán y Pablo Ferri por compartirme sus contactos para acercarme a las madres buscadoras.

Gracias a Julia Santibáñez por traducir los versos de *«Strange Fruit»* al español con tal entrega y talento.

A Marcela Azuela por su lectura, sus reflexiones y su profunda mirada. También a Elvira Liceaga por las conversaciones constantes sobre este proceso de escritura. A Maryan Escobar Manrique por abrir un diálogo conmigo sobre su experiencia en las búsquedas.

A Marcela Ferrer y a María Eugenia Bermúdez por la generosidad para compartir la hermosa pintura de Rufino Tamayo en la portada de este libro.

A Jose Álvarez por estar conmigo amorosamente en este complicado proceso y por regalarme a Federico, mi árbol compañero. Por arropar y respetar con tanto cariño mi proceso de escritura.

Al Dr. Jorge Pérez Alarcón por su acompañamiento terapéutico y humano.

Siempre gracias a Mayra González, Andrés Ramírez y Roberto Banchik de editorial Alfaguara por apostar por mí. A Txell Torrent y Marta González de la agencia MB por ilusionarse desde el primer minuto con esta historia. A Nayeli García por su talento, sus observaciones finas y correcciones en esta novela.

A las escritoras Dolores Reyes, Laura Ferrero y Pilar Quintana por prodigarse en la lectura de este libro y regalarme espléndidas palabras de apoyo.

Gracias a Regina Mitre por prestarme su casa, a mi hermana Eliud por cocinar para mí con tanto cariño para que yo pudiera escribir.

A mi sobrina Mada por aguantar el spam a su cuenta de correo para respaldar mis ansiedades.

Y de nuevo a ustedes, lectores:

Gracias a cada uno que, al acercarse a esta historia, leyó los nombres de algunas de las personas desaparecidas en este país. Ahora somos parte de la memoria viva que habita en nosotros.

Como dice Bradbury en *Fahrenheit 451,* al referirse a quienes memorizaban los libros destinados a la hoguera: conocemos las barbaridades que hemos cometido y mientras recordemos eso, tal vez algún día dejaremos de vivir en esta brutalidad. Y cuando nos pregunten qué estamos haciendo, podremos decir: «Estamos recordando». Es así como venceremos.

Ciudad de México, 22 de noviembre de 2024.

Bibliografía

Aquí algunos de los títulos a los que hago referencia y también otros títulos que, aunque no menciono, fueron esenciales en mis lecturas y entendimiento para escribir este texto.

1. Beruete, Santiago. *Verdolatría. La naturaleza nos enseña a ser humanos.*
2. Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451.*
3. Brito Guadarrama, Baltazar. *El Códice Mendoza.*
4. Despret, Vinciane. *A la salud de los muertos.*
5. Dobles Yzaguirre, Julieta. *Legado del cas (Psidium friedrichsthalianum).*
6. Fernández, Nona. *La dimensión desconocida.*
7. Fuertes, Gloria. *Poemas variados. En los bosques de Pennsylvania.*
8. García, Olvido. *Dentro del animal la voz. Diré tu nombre.*
9. Getty Research Institute y Paul Getty Trust. *Códice Florentino Digital.*
10. González, Ángel. *Bosque.*
11. Haskell, David George. *Las canciones de los árboles.*
12. Kadaré, Ismaíl. *El general del ejército muerto*.
13. Kadaré, Ismaíl. *El palacio de los sueños.*
14. London, Jack. *El vagabundo de las estrellas.*
15. Magaloni Kerpel, Diana*. Albores de la conquista.*
16. Mancuso, Stefano. *El futuro es vegetal.*
17. Mancuso, Stefano. *El increíble viaje de las plantas.*
18. Mancuso, Stefano y Alessandra Viola. *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal.*

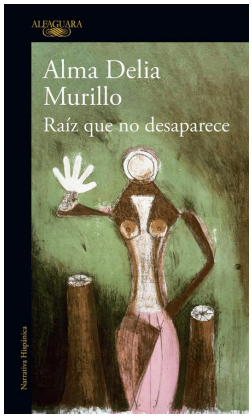
19. Martínez, Layla. *Carcoma.*
20. Meeropol, Abel. *Strange Fruit.*
21. Maté, Gabor. *Cuando el cuerpo dice no.*
22. Pintado, Margarita. *Una muchacha que se parece a mí.*
23. Reguillo, Rossana. *Necromáquina.*
24. Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España.*
25. Shakespeare, William. *La tragedia de Macbeth.*
26. Tello Weiss, Mariana. *Historias de (des)aparecidos, (Estudios en Antropología Social, 2016).*
27. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. *Códice Xólotl, edición digital en PDF, edición, estudio y apéndice de Charles E. Dibbe.*
28. Universidad Nacional Autónoma de México. *Visión de los vencidos. Introducción, selección y notas: Miguel León- Portilla. Versión de textos nahuas: Ángel Ma. Garibay K. Ilustraciones de los códices: Alberto Beltrán.*
29. Vallejo, César. *Poemas humanos. El libro de la naturaleza.*
30. Verástegui, Jorge. *Memoria de un corazón ausente.*
31. Walsh, Rodolfo. *Operación masacre.*

Índice

Adiós a la palmera desgarbada
Esas plantas se están defendiendo de algo
¿Tú crees que los árboles nos hablan?
Cuando un árbol gigante se suicida
Extraña cosecha

Lista de personas desaparecidas
Agradecimientos y nota de la autora
Bibliografía

Raíz que no desaparece_Sinópsis



Cuando Marcos era pequeño le dejaba cartas a su madre antes de ir a la escuela. Ahora se aparece en sus sueños, porque le quiere contar a qué lugar lo llevaron… cuando lo desaparecieron. Ada está en una carrera contra el tiempo, porque teme morir antes de encontrarlo, pero de una cosa está segura: tiene que buscarlo en un árbol.

En el corazón de la ciudad, cortaron la palmera y en su lugar sembraron un ahuehuete que ha muerto por razones extrañas. Y la escritora quiere escribir sobre eso, denunciarlo. Así es como se cruza en el camino de Ada y de otras madres buscadoras que también sueñan dónde están sus hijos. Y aunque la fiscalía quiere enterrar los expedientes de los sueños, esas coordenadas indican a dónde fueron los desaparecidos con una precisión inexplicable. Los árboles lo ven todo. Testigos de la muerte que se acumula en sus raíces a manera de fosas clandestinas, y que se manifiesta en sus troncos y hojas, se convertirán en traductores de la búsqueda, en interlocutores entre la memoria, la ausencia y la esperanza. ¿Y si lo que ha sido silenciado estuviera hablando a través de los árboles? Alma Delia Murillo narra la tragedia colectiva de nuestros desaparecidos y lo hace con indignación y dolor, pero también con amor, lucidez y un humor vital que empuja a seguir leyendo.



© Ana Hop

Alma Delia Murillo (Ciudad Nezahualcóyotl, 1979) ha publicado La cabeza de mi padre (2022), Cuentos de maldad (y uno que otro maldito) (2020), El niño que fuimos (2018), Las noches habitadas (2015) y Damas de caza (2010). También es guionista y autora de la columna sabatina «Posmodernos y Jodidos» que puede leerse en almadelia.mx; con regularidad publica columnas de opinión en diversos medios nacionales e internacionales.

Es amante irracional de la Ciudad de México, las palabras y el sentido del humor. Aunque estudió Literatura Dramática y Teatro en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), es una godínez rehabilitada luego de veinte años de trabajar en el inenarrable infierno de los corporativos.



Raíz que no desaparece

Edición en formato digital: julio, 2025

D. R. © 2025, Alma Delia Murillo
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

D. R. © 2025, derechos de edición para América Latina en lengua castellana
excepto Puerto Rico:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Femme en Mauve [Mujer en Lila],
litografía, 1969 © D.R. Rufino Tamayo / Herederos /
México / 2025 / Fundación Olga y Rufino Tamayo, A.C.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de

sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 9786073860383

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Table of Contents

Raíz que no desaparece
Dedicatoria
Adiós a la palmera desgarbada
Esas plantas se están defendiendo de algo
¿Tú crees que los árboles nos hablan?
Cuando un árbol gigante se suicida
Extraña cosecha
Lista de personas desaparecidas
Agradecimientos y nota de la autora
Bibliografía
Índice
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos